

AUTOBIOGRAFÍA EN CLAVE LITERARIA

GERMÁN MARIÑO

JULIO DE 2017

INDICE

	PÁGINA N°
AUTORETRATO	5
RETRATO CON ESPEJO	6
PERFIL	8
LARGO	9
MIS PADRES Y HERMANOS	11
ENTREVISTA CON PAPÁ	12
EDGAR	20
LOS CUBIERTOS DE PLATA	21
MIS PARIENTES	24
VACAS LOCAS	25
CARTA A PAPÁ	26
EL CUCHILLO	28
MI CASA Y MI BARRIO	31
MÍCHICA-MÍCHICA	32
EL COLEGIO	36
EL CARRO DE BALINERAS	37
LOS PERROS	40
LA ADOLESCENCIA	43
SORPRESA	44
ALZANDO PESAS	45
MI PRIMER MATRIMONIO	48
OLAYA HERRERA	49
CON MONSERRATE A MIS ESPALDAS	52
LA UNIVERSIDAD	54
CHITA	55
DE LA UNIVERSIDAD JAVERIANA	57

MIS PRIMEROS TRABAJOS	61
CONOCIENDO A UN DESCONOCIDO	62
HOMENAJE A JAVIER DE NICOLÓ	64
TRES HERMANOS	68
 NICARAGUA, NI CARAGÜITA	 70
EL MUNDO AL REVES	71
¿POR QUÉ PERDIERON LOS SANDINISTAS LAS ELECCIONES?	73
OLOR Y HORROR	77
SER O NO SER	80
 MI PATRIA ES AMÉRICA	 87
BRASILIA	88
GUATEMALA: TIERRA DE ÁRBOLES	89
LAS PUERTAS DE BUENOS AIRES	95
 MI SEGUNDO MATRIMONIO	 96
LAS FRASES DE JUAN JOSÉ	97
LA FERIA DE LA CIENCIA	101
SALUDO ENCUESTRO PRE ICFES	105
 LA MACARENA	 106
BOMBA EN EL BARRIO LA MACARENA	107
SUDANDO LA GOTA GORDA	112
LA PLAZA DEL BARRIO LA PERSEVERANCIA	114
EL HOMBRE Y EL PERRO	116
 EN BUSCA DEL PARAISO PERDIDO	 119
CHIGUA – CHIA	120
 DIMENSIÓN EDUCATIVA	 134
DIMENSIÓN EDUCATIVA 40 AÑOS	135
TACUEYO	138
METIÉNDOSE EN ZONA ROJA	140
 MÁS TRABAJOS	 147
ME SALVÉ POR UN PELO	148
SU PLAZO ACABA MAÑANA	150

LAS PIEDRAS DEL TUNJO	154
INFORME DE EVALUACIÓN DE ALGUNOS PROYECTOS DEL CINEP	158
ALGO MÁS	165
LAS AYUDITAS DE LOS MUERTOS	166
MOMPOX: UNA CIUDAD DONDE TODAVÍA ALQUILAN BICICLETAS	170
SEMANA SANTA EN LA LAGUNA DE TOTA	172
ESMAD	177

AUTORETRATO

RETRATO CON ESPEJO

Ya tiene sus años; sesenta y pico. Es blanco, tanto, que ha padecido de varias dermatitis porque el sol no perdona. A veces se acuerda de su perro bóxer blanco, un color insólito en los de su raza pero que lo hacía lucir fiero y majestuoso. Cachetes fue el nombre con que lo bautizó su hijo cuando estaba pequeño. Decían que era albino y tocaba gastarle más dinero en pomadas que en comida pues cada nada se le enrojecía la piel.

Sus manos comienzan a llenarse de pecas cafés. Iguales a las de su abuelo. Por eso resolvió echarse cremas. Seguramente a estas alturas ya no le sirvan para nada. Pero eso de embadurnarse cuando joven era cosa de mujeres. En su época, los “varones” no se permitían tales excentricidades.

Tiene los ojos verdes. Exceptuando su hermano gemelo, todos en la familia los tienen oscuros. Tampoco sus hijas, que siempre que pueden refunfuñan diciendo que en lugar de los ojos verdes del papá, lo que sacaron fueron sus orejas.

Midió 1.80 pero con la edad ya ha “descendido” 2 centímetros. Siempre fue el más alto del curso.

Como fue deportista, cuando joven era esbelto. Jugó muchos años tenis durante los fines de semana y básquet en el colegio. Hoy día es diagnosticado como obeso, lo cual lo ubica potencialmente como alguien con riesgo cardiovascular. Cuando era adolescente, durante algunos meses alzó pesas pero en su cuerpo no quedó reflejado su esfuerzo. Tímidamente se ampliaron sus pectorales pero nunca fue fácil distinguir si era músculo o gordura.

Sus dientes están bien encajados a pesar de que en su época no existían los braquets. Le sacaron pocas muelas y ya atajaron las caries. Tiene, sí, una boca pequeña lo que se encarga de recordarle su hija odontóloga cada vez que asiste a su consultorio. Parece como la de un ratón, comenta.

No tiene cejas ni arrugas fruncidas que puedan indisponer a sus interlocutores. No es busca pleitos pero le encanta la polémica. No traga entero. En los cines foros se torna desesperante porque siempre, siempre plantea un nuevo desenlace para las películas. Aspira a tener un humor negro típico de los “rolos” de Bogotá, la capital. Tuvo acné juvenil, con el milagro que afectó muy poco su cara. El acné fue violento en la espalda y sucumbió con los años.

Siempre la ha gustado tener el pelo largo aunque nunca fue hippy. Encaneció desde muy joven. A los 30 su cabeza estaba llena de mechones blancos. Tiene mucho pelo. Hoy día se hace cola de caballo. A mucha gente no le gusta. A él le encanta: le dan identidad. Lo diferencia. Le prefiere corta; no como la de los indígenas Otavaleños.

Actualmente camina despacio, sin prisa. No es una opción propia; sus medicamentos son beta bloqueadores. Pero no le importa; cada vez que puede, con cualquier pretexto, emprende unas largas caminatas. Lo hace por ejemplo para ir a peluquearse donde Arnoldo, que queda cerca de lo que fue su oficina durante 30 años. Camina 15 cuadras a pesar de tener una peluquería a la vuelta de la esquina. También le encanta pasear por el jardín botánico así deba recorrer varios kilómetros en carro para llegar a él.

Tiene anteojos. Ahora ya necesita dos: los de cerca y los de lejos. Dicen que se joroba un poco. Se dejó la barba muchos años y cuando se la quitó, para que no dijeran que era el abuelo de su hijo de 5 años, su hijo dijo sorprendido: me cambiaron a mi papá.

PERFIL

Nace en Bogotá en 1948. Tiene un hermano gemelo. Educador... que sigue creyendo que también debe ser educado. Posee una biblioteca tan grande que hace rato no le cabe en ninguna parte; mucho menos en la cabeza. Miembro fundador de Dimensión Educativa, una ONG privada....pero de secretaria y de mensajero. Escribe "sobre todo lo que hace"; que no es lo mismo que "escribir sobre todo". Ha trabajado en muchos países a punto de llegar a creer, que como dice Bolívar, mi "Patria es América". Ha trabajado (Talleres, Conferencias...) en tantos lugares de Colombia que se encuentra a punto de convertirse en socio honorario de Avianca, Satena y la Flota Magdalena. Ha colaborado con toda clase de siglas jeroglíficas: desde ANUC, CRIC y CINEP, pasando por CERLALC, SENA, ICBF e IDIPRON, hasta OEI, CEAAL y UNICEF. Durante algunos periodos ha sido parte del comité editorial de la Revista Educación y Cultura de FECODE (más siglas) y del Periódico de MALOKA. Forma parte de equipo que ganó el premio UNESCO a la alfabetización. La UNAD le otorgó el reconocimiento de Paulo Freire. Tienes dos matrimonios, tres hijos y un perro. Aunque ciertamente es un hipocondríaco también forma parte del club de los hipertensos.

LARGO

Siempre he sido el alto del grupo; tanto, que en el colegio me apodaron “largo”. Largo significa tener que ubicarse de último en la cola del curso de primaria donde me encontraba. Largo es hacerse en la parte de atrás cuando van a tomar la fotografía de un grupo. Largo es calzar una o dos tallas más que los demás. Largo implica tener que soportar el apretón de las bancas de los buses que parecen diseñadas para japoneses.

Largo también significa ser una “pelota” pa’ jugar futbol, porque los demás jugadores parecen como ratones que se escabullen con el balón por entre las patas de una jirafa. Largo es tener que optar por el básquet, donde los largos están como pez en el agua. Pero el básquet desintegra los largos de la mayoría de grupo, que es capaz de hablar de futbol horas y horas sin parar.

Largo es tener que madurar biche porque uno aparenta más años de los que tiene. Por eso hay que fumar a escondidas antes que los chiquitos. Y tener novia antes que los demás compañeros. Y saber bailar. Y hablar de putas aunque no se haya conocido ninguna.

En la banda de guerra del colegio, los largos no pueden postularse para tocar corneta; ni siquiera tambor. Indefectiblemente son enviados a hacerse cargo de los bombos, esos tambores enormes que si no los carga un largo, terminan por apachurrar a su tamborero. Y los bombos tienen un sonido ronco y estridente. Y cubren gran parte del cuerpo no dejando ver sino la cabeza del que los toca

A los largos no les hacen bullying los compañeros de grado pero tienen que defender su hombría con los grandes, con los de cursos más adelantados. “A la salida nos vemos” hay que pronunciarlo contra los que son de la misma altura para no terminar siendo señalado como matón.

*Muchos largos son medio bobos.
Muchos largos son flacos.
Muchos largos son flacos y largos y medio bobos.*

Sobre los largos existen más estereotipos que sobre los demás, simplemente por ser largos.

Lo único bueno de ser largo es que uno puede entrar a películas para mayores.

MIS PADRES Y HERMANOS

ENTREVISTA CON PAPÁ

14 Abril del 2000, Washington, EEUU

Germán: Cuéntame un poco tu historia.

PAPÁ: Te quiero contar primero la historia de mis Papás. Papá era nacido en Duitama y Mamá era nacida en Venezuela, de un sitio llamado La Grita. Papá nació el 7 de Junio de 1868 y Mamá nació el 28 de Agosto de 1885. La mayor parte de la familia de Mamá vivía en Venezuela, pero los padres de ella vinieron a vivir a Colombia, a Duitama y ahí se conocieron con Papá y se casaron el 5 de Agosto de 1905. Allí nacimos la mayoría de los hijos, en Duitama, pero vivimos en diferentes partes siendo muy pequeños.

Papá tenía muy buenas propiedades de huertos de manzanos, pero llegó un momento en que hubo una epidemia que se llamaba “pulgo”, que prácticamente acabó con todo. Entonces, él conservaba las propiedades, pero ya no producían manzanas. Le gustaba la agricultura y también la ganadería y tomó en arrendamiento una finca llamada El Jardín; se la arrendó Guillermo Solano.

Después encontró una hacienda que se llamaba El Manzano, que quedaba entre Paipa, Sotaquirá y Tuta y nos vinimos a vivir allí, al Manzano, y duramos mucho tiempo.

Era una finca sumamente grande, y tenían muchos arrendatarios pero, vivían en condiciones muy difíciles; en esa época ellos no tenían derecho a opinar, ni nada, era gente analfabeta. Entonces papá empezó a poner una escuela para que vinieran los hijos de los trabajadores. Construyó un tramo provisional, ahí eran los hombres y en una casa vieja venían las mujeres, ahí, a estudiar y trajo un profesor y una profesora.

Estaban, contentos con esto, pero el gobierno, que era lo que llamaban la Hegemonía Conservadora que hacía más o menos 25 años estaban en el mando, no querían que hubiera escuelas particulares o escuelas distintas a las escuelas públicas, pero a las públicas la gente de la finca no podía ir porque quedaban sumamente lejos.

Germán: ¿Esa hacienda era alquilada?

PAPÁ: Era alquilada, era de un señor Adolfo Jiménez que vivía en Nueva York, él es el padre de Antonio Puerto. El señor Jiménez era viudo y la señora había muerto y el cadáver de ella lo tenían embalsamado ahí mismo en la hacienda en un cuarto grande que era como una especie de capilla y ahí había que mantenerlo.

Germán: ¿Y el cadáver estuvo ahí cuánto tiempo?

PAPÁ: Cuando nosotros llegamos a vivir ahí, hacía unos años que estaba embalsamada y al tenían ahí, con la orden de construir en un sitio especial un monumento que él le iba hacer; él dejó el plano para que lo hicieran y los trasladaran allí.

De repente regresó Adolfo Jiménez y terminaron el contrato de arrendamiento con papá porque él iba ponerse al frente del negocio y nosotros nos vinimos para Bogotá.

En Bogotá vivimos un poco de tiempo, pero Papá como seguía con el deseo de trabajar en agricultura tomó una finca en Sotaquirá que se llamaba Albania. Entonces, estábamos en Bogotá, pero él atendía también asuntos en Albania; íbamos por temporadas allá. Pero, cuando terminó el contrato de arrendamiento de Albania, porque ya Rafael estaba trabajando, Rosana ya era mayor y nosotros en el colegio, entonces él resolvió volverse para Duitama y allá estuvimos durante mucho tiempo. Siempre tuvieron abierta la casa que era en la acera de la plaza de Duitama.

Germán: ¿La que era la frente de la catedral?

PAPÁ: Sí, era una casa muy grande que tenía todas las comodidades.

Germán: Yo fui a pasar vacaciones en esa casa cuando era chiquito.

PAPÁ: Luego cada uno se fue independizando. A Rafael lo trajeron a Bogotá, estudió en el colegio de los Salesianos, en el León XIII; Rosana estuvo en Tunja en el colegio de las monjas; Luis estuvo, no me acuerdo, tal vez en Chiquinquirá; yo estuve en Tunja y luego en Bogotá.

Ya en Bogotá, ya se había casado Rosana con Arturo Muñoz, yo me vine y vivía en la casa de Rosana y Arturo. Estaba estudiando. Antes de eso, Luis y yo mientras estudiábamos vivimos en una pieza en la casa de los La Rotta.

Yo estudiaba en el Colegio Universitario, que era de un doctor Botero. Estaba estudiando y allí ya más o menos faltaban dos meses para terminar el bachillerato, cuando me sentí muy malo de los ojos. Fui donde el doctor Abelardo Archila que era el oculista y él me dijo que yo no podía seguir estudiando porque estaba a punto de perder los ojos. Me mandó para la óptica alemana y ellos dijeron lo mismo; entonces, me suspendieron. Me pusieron unos lentes que eran extremadamente fuertes, entonces, yo no podía estudiar.

Pero así estuve como un año y medio y no mejoraba, entonces, conseguí un puesto en la sección de arquitectura del municipio; era Director del Departamento el profesor Bruner, muy buena persona. Lo había llevado el gobierno para la construcción del estadio y para las obras del centenario.

Allí estuve trabajando relativamente bien. Era alcalde Jorge Eliecer Gaitán. Yo tenía que ir frecuentemente a la oficina de él y él subía frecuentemente al Departamento de Arquitectura para distintas cosas. Él vivía impresionado con los lentes tan fuertes que yo tenía y un buen día me hizo ir a la oficina para decirme que iba a ver un simposio de médicos en Bogotá y que a la alcaldía le habían dado tres cupos para mandar enfermos, que él me había hecho inscribir ahí. Entonces fui ahí, estaba un médico, no me acuerdo el nombre, que era español y él me examinó, y me dijo que tenía un debilitamiento de los nervios ópticos, que por consiguiente lo único que podía hacer era o el descanso o que en los Estados Unidos estaban preparando un remedio sacado de la zanahoria, de la corteza de la zanahoria que lo utilizaban los soldados que manejaban los cañones que daban un fogonazo y ese fogonazo dañaba los ojos; que entonces lo que se podía hacer mientras se

conseguía el remedio, porque todavía no estaba en el comercio, era que yo tomara todos los días agua de zanahoria rayada con la corteza.

En ese momento yo me había casado con Inesita y ella se propuso todos los días a darme el agua de la zanahoria y cada año iba yo al examen médico y me iban disminuyendo cada vez la capacidad de los anteojos, hasta que llegó el momento en que casi solo eran de tres o cuatro dioptrías.

Regresamos a Bogotá y nosotros no teníamos comunicación con los hermanos de Inesita; pero una noche estábamos en la casa de la carrera 18ª con calle 53 – 74

Germán: Sí, yo sé dónde es porque ahí vive una amiga de Graciela, era una calle cerrada.

PAPÁ: Estando ahí, sentimos mucho ruido y una gritería tremenda y eran los hermanos de Inesita borrachos. Venían tomando y gritando que saliera, que me iban a dar mi merecido. Yo le dije a Inesita: yo salgo a ver lo que quieren, pero ella no me dejó e intervino Guillermo Esguerra que era vecino y nadie me dejó salir. Ellos me dijeron hasta misa, hasta que se largaron.

Germán: Guillermo Esguerra era vecino, ¿ahí se conocieron?

PAPÁ: Ahí nos conocimos, precisamente esa noche.

Así pasó el asunto y ellos nunca me trataron, nunca me aceptaron. Yo como trabajaba en el Municipio y Graco trabajaba en el Municipio, frecuentemente pasaba yo donde estaba él, todos me volvían la espalda. Con Inesita se trataba la hermana, Anita, pero con ellos de lejos.

Así pasaron alrededor de 22 ó 23 años y ellos nunca me aceptaron a mí. Pero un buen día, ya había empezado la violencia, la violencia estaba tremenda; ellos tenían una finca que se llamaba Carimagua, esa finca estaba dotada de todo, incluso tenía hasta campo de aviación para aviones pequeños y ahí aterrizaban y siempre vivían muy bien provistos. Entonces los guerrilleros de esa época (Tirofijo) que estaba obrando por los llanos, llegaba a que les dieran ganado, a que les dieran comida, a quedarse y los Solano pues tenían que permitirles porque no había otro remedio, matar la res y se estaban ahí dos o tres días. Pero de repente llegaba el ejército y hacía lo mismo, tenían que darles la alimentación, tenían que matarles reses y se estaban otros días.

Entonces los acusaron a ellos de que estaban auxiliando a los guerrilleros, pero ellos no podían negarse a que se hospedaran allí. Le siguieron un consejo de guerra especialmente a Hernando que era uno de los mayores; él estaba allá cuando fueron a revisar la finca y le iban a seguir consejo de guerra y a fusilarlo en Villavicencio. Ellos tienen un hermano medio, era hijo natural de Graco, que se llamaba Jorge Infante, que es el padre de Ariel Infante y él era muy amigo del Ministro de Guerra en esa época, él habló con el Ministro de Guerra y el Ministro dio la orden de que lo soltaran.

A los pocos días Inesita me llamó a la oficina para decirme que Graco, el mayor, la llamaba para decirle que lo estaban persiguiendo y que le tocaba esconderse, que venía que el único lugar donde

no lo buscarían era allá, que si le podíamos dar habitación. Ella me llamó a la oficina y yo le dije: “Qué se puede hacer”. Cuando yo llegué a la casa estaba Graco y los demás: estaba Hernando y Alfonso. Ninguno me saludó a excepción de Graco que me dio la mano, comieron ahí en la casa, siguieron viniendo, pero a mí no me saludaban. Solo Graco se quedó a vivir en la casa.

Germán: ¿Cuánto tiempo estuvo Graco?

PAPÁ: Yo creo que a lo menos un (1) año.

Germán: ¿Un (1) año viviendo en la casa?

PAPÁ: Fue que se enfermó mucho, allá iba el médico: El médico no podía poner el carro al frente de la casa, sino lo estacionaba a una o dos cuerdas y se iba a pie.

Graco nos tocó atenderlo durante toda su enfermedad hasta que murió.

Pero antes de eso, ellos tenían unos contratos por allá en el Carare y mataron a Hernando en Cimitarra. Él iba manejando y un cliente se le atravesó y creo que se bajó Hernando y tuvieron una discusión y el otro sacó un cuchillo y le perforó el intestino.

Germán: Hernando murió pero papá y mamá ayudaron a los hijos que eran dos niñas y dos niños.

PAPÁ: Era Gloria, Iria, Hernando y Junio que era pequeño y nosotros con Lucy, pero ella y Junio que ya estaban aquí en los Estados Unidos, les ayudaron para la educación. Ellos mandaban algunos dólares a Bogotá, yo los cambiaba y atendíamos a los colegios.

Volviendo a lo de nuestro matrimonio hubo cosas muy curiosas. Un buen día, estando Graco en la casa, ya enfermo y todo, dijo que quería ir a visitar a un señor que vivía cerca de Mesitas del Colegio; fuimos con él en forma de paseo. Llegamos donde el señor, nos bajamos, él lo saludó, me presentó a mí y luego entonces, el señor preguntó que quién era la otra señora y entonces, Inesita le dijo: “Pues yo soy la hermana” y él le dijo: “Pero cómo es posible, si usted nos ha dicho Graco que no tenía sino una hermana que era Ana María, ahora por qué le resulta otra”. Graco todo ofuscado, pero ellos decían que solamente Ana María era la hermana de ellos.

Germán: Ahora cuéntame de los trabajos que tuviste

PAPÁ: Cuando nos casamos yo trabajaba en el Municipio, como secretario de la sección de arquitectura. Los sueldos no eran malos, no eran buenos, pero vivíamos con eso. Un buen día nos encontramos en el parque con Guillermo Esguerra y me dijo que por qué no trataba de salirme de lo oficial y trabajaba con los particulares, que había oportunidad de ir a trabajar a Armero.

Yo iba como cajero, para atender el asunto del control de la planilla de los obreros y del pago del dinero. Me pareció que era un buen trabajo; me ofrecieron buenas condiciones y me fui.

Al poco tiempo, Don Juancho Sáenz que era el administrador quiso irse para Bogotá, entonces, resolvieron que me nombraban a mí como administrador.

Pasó el tiempo y yo empecé a ver que realmente la mayoría de las crías de ganado eran de las vacas de los dueños pero resultaban con el fierro del mayordomo y empecé a chequear. Me lo eché de enemigo. Yo tenía que salir frecuentemente a chequear todo el asunto, muy temprano montaba, siempre los obreros o alguna persona me acompañaba, pero a mí no me daba realmente miedo porque no veía realmente ninguna razón, pero llegó el momento en que yo le dije a Roberto, Roberto creo que era como se llamaba, Roberto González, que le iba a decir a los dueños todo lo que pasaba y les informé a ellos. Bajó el gerente y le pidió la renuncia, que se fuera. Por fin se fue y entonces resolvieron que se bajara Inesita a la finca.

Nos bajamos a vivir a una casa sumamente grande y muy bonita, con piscina y un poco de cosas y estuvimos viviendo como un año y pico, pero había el inconveniente tremendo que venía la familia a pasar temporada, venían todos los Holguín, el doctor Delgado y la familia y todos venía a pasarla ahí. Entonces querían que Inesita se hiciera cargo, que les arreglara la alimentación y todo y realmente a mí no me gustaba nada. Le dije un buen día a Guillermo que realmente prefería retirarme, entonces, resolvieron que nos construían una casa independiente y construyeron una casa que era exclusivamente para nosotros en un sitio muy bonito cerca de la fábrica y nos trasladamos allá.

Los contratos eran todos para sembrar caña, para desyerbar y luego para cortarla y para todos esos asuntos y en eso había un cliente, un antioqueño de apellido Cadavid y él era quién tenía en esa época todos los contratos porque ya había empezado la fábrica a producir. Pero encontró que no se podía producir panela porque la tierra era como salobre. Ahora han comprobado que todo eso era petróleo; entonces, la caña cogía sabor de petróleo y le daba ese sabor a la panela. Bueno, pero como había que atender el ganado, yo seguí.

Un buen día yo estaba en el casino con los empleados y me cogió la noche, pero yo estaba a caballo. Para llegar a donde estaba durmiendo había que atravesar una corraleja. Cuando yo llegué a la corraleja, entonces el caballo se rechazaba, yo llegaba hasta la puerta y el caballo se devolvía, yo miedoso y todo trataba de obligar al caballo y el caballo se rechazaba, cuando menos pensé vi la luz de un carro que venía, eran unos empleados que se habían venido y enfocaron en el sitio en que yo estaba y vimos que unos clientes corrían escondidos, de tal manera que ahí me tenían un atentado tremendo. Lógicamente los empleados insistieron que me devolviera para el casino pero, yo no quise porque si a estos clientes se les demuestra miedo es peor, pero los empleados estuvieron dando vueltas toda la noche.

Después nos fuimos para la casa eso y duramos bastante tiempo.

Germán: ¿Cuántos años?

PAPÁ: Tres años, ya estaba Octavio y María Inés. Octavio estaba de cinco o seis años, peor aprendió a montar a caballo. Había unos policías que eran los de la vigilancia, ellos tenían que recorrer toda la finca; entonces a Octavio la compramos un caballo y una silla y se lo llevaban los policías y montaba bastante bien.

Pero empezó a haber violencia y le dije a Inesita: “Esta cosas se está poniendo aquí difícil”, y me tocaba andar armado, cosa que no me gustaba. Llegó don Harold Eder a una visita, se hospedó en la casa nuestra, muy atento y muy correcto y me insistió en que no me retirara, peor nosotros insistimos en que realmente la cosa se estaba poniendo muy delicada y nos fuimos para Bogotá.

En esa época ya nos habíamos amistado con Alfonso y llegamos a la casa de Alfonso Solano, a una piecita; nosotros le pagábamos a él, mientras empezaba la construcción de la casa de la carrera 21.

A pocos días que llegué allá encontré puesto en una fábrica de ladrillos, para administrar una fábrica de ladrillos, cosa que en mi vida había visto yo, pero me asesoré de unos clientes que manejaban un chircal en San Cristóbal. Por a, b ó c yo los conocí y me daban instrucciones y empecé a organizar la fábrica. Y realmente salió adelante y estaba muy bien, pero entonces empezaron los problemas con los obreros. Hubo que ajustarles el sueldo y estaba saliéndose adelante pero, los dueños no tenían capital (eran Davia, los Esguerra y los Sáenz).

Germán: Eran parientes de los de la hacienda de Armero?

PAPÁ: Todos eran parientes. Yo había trabajado con los Sáenz entonces ellos me ofrecieron ese asunto ahí. Estuve yo trabajando un poco de tiempo en la fábrica, hasta que llegó el momento en que empezaron las urbanizaciones alrededor de lo que era la fábrica y eso se empezó a valorizar, por allá en el sur. Entonces yo les dije que me parecía un error seguir explotando la tierra, haciendo hoyos, cuando ellos podían vender el terreno y urbanizar, ellos aceptaron y entonces, se cerró la fábrica. Me nombraron a mí como liquidador del asunto.

En esos días se retiró el revisor fiscal de la Distribuidora de azúcar y nombraron a Guillermo Esguerra, que en ese momento era contador. Lo nombraron como revisor fiscal, entonces me nombraron a mí como contador. Ahí duré como 25 años.

A los pocos meses se había construido la casita de la carrera 21, porque nosotros nos pasamos a esa casa cuando no tenía sino una escalera provisional, no estaba terminada la escalera porque eso era un incumplimiento tremendo de los obreros.

Germán: ¿Cuánto tiempo alcanzaron ustedes a estar en la casa de Alfonso?

PAPÁ: Yo creo que como un año, lo que duró la construcción de la casa; quizás un poquito menos de un año. Alfonso tomaba muchísimo, tenía unos perronones tremendos y estábamos aburridos por eso.

Bueno, y en la Distribuidora yo estuve, primero como contador. Después nombraron a Guillermo como Subgerente y a mí me nombraron revisor fiscal. Ya para esa época me habían nombrado como revisor fiscal en la Empresa Colombiana de Turismo, no sé por qué. Un día me llamaron del Ministerio de Agricultura, creo, y me dijeron que si podía aceptar y yo acepté el asunto. Parece que fue por conducto del doctor Delgado que era en esa época Ministro de Hacienda. Yo creo que fue él, nunca me dijo nada.

Antes de eso, yo llevaba tres contabilidades de los Sáenz: el papá, Don Nicolás y Don Juancho, eran tres contabilidades perfectamente diferentes. Trabajaba con una firma que se llamaba Esguerra – Sáenz que era constructora; eran muy correctos. Entonces, trabajaba en una parte y en otra.

Pero ya estaban ustedes grandecitos y tenía el problema de que no teníamos a dónde ir a que jugaran, nosotros salíamos los domingos a Fusagasugá o alguna parte por ahí y entonces. Fue cuando Osiris Maldonado me ayudó a entrar al Club Militar, el doctor Delgado me dio una carta muy buena para esto, que creo que tengo la copia, y nos admitieron en el Club Militar, entonces ahí estuvimos y gozamos realmente.

Germán: Yo debo tener el carnet

PAPÁ: Yo les di a cada uno un carnet, ojala lo hayas guardado porque Amalia y ellas si lo botaron.

Germán: ¿Y los trabajos en EEUU?

PAPÁ. Aquí estuve trabajando en varias partes con compañías americanas. Realmente la labor era muy difícil por el asunto el idioma. Tomaba clases por la noche; llegaba del trabajo y comía e íbamos con Inesita a un curso especial de Inglés, ahí aprendimos algo, lo necesario especialmente para el trabajo.

Pasado el tiempo se casó Amalia, luego se fue Carmenza a trabajar, Edgar se independizó a un apartamento y yo iba cumplir los 62 años. Resolví retirarme aunque el Social Security me iba a dar muy poco, el 62% de lo que me correspondía. Resolvimos vender la casa por lo que ya solos no podíamos cuidar de ella, especialmente en la época que empieza el hielo y luego la cantidad de hojas que caía, porque había muchos árboles. Para nosotros era un trabajo supremamente fuerte, entonces, resolvimos venderla, compramos un apartamento en Silver Spring.

Vivimos actualmente en un apartamentico tranquilo con no muchos recursos, pero con mucha tranquilidad y optimismo, esperando que los hijos nos vengán a visitar. Será la última vez que nos ve, pero nos da mucho gusto; ya se nos está acercando mucho, pero mucho el tiempo.

Germán: Cuéntame de los trabajos, ¿en qué consistía tu trabajo?

PAPÁ: Los trabajos eran todos en contabilidad, en lo que fue en los primeros tiempos, en donde realmente me resultaba mejor era en una compañía en donde trabajaba, que llevan control de los bancos y de los Seiving y de todas las cuentas de confianza y de las compañías. Pagaban por horas, de tal manera que si uno trabajaba más horas, más ganaba y estaba muy bien, pero llegó el momento en que no me dejaban muchas veces ni los domingos porque tenían que hacer control, por ejemplo, los bancos, no podían hacerlo sino los domingos. Tocaba ir a eso y no se sabía la hora, ni nada porque era hasta que se terminara el trabajo.

Después resolví retirarme de ahí y encontré un asunto de auditoría, pero por la noche, en un hotel y trabajaba, de las doce de la noche hasta las 7 de la mañana y no me iba mal porque realmente logré aprender cómo se manejaban todos los aparatos, el computer; me iba bien.

Germán: ¿De noche cuánto tiempo trabajaste?

PAPÁ: Me pregunta Germán que cuánto tiempo trabajé en cada uno y encuentro que aquí en el Municipio trabajé como secretario del Departamento de Arquitectura del 14 de Julio del 36 hasta Enero del 43. En esa fecha fui a trabajar con El Triunfo, con la Hacienda El Triunfo, que era un ingenio azucarero – panelero y trabajé hasta el 45, en el 45 me retiré porque ya empezaba la violencia en el Tolima y nos fuimos para Bogotá. Y trabajé en una fábrica de ladrillos que se llamaba Zada del 47 al 47. En el 47, en Julio del 47 empecé a trabajar en la Distribuidora de azúcares, primero como contador, luego como revisor, luego como subgerente y después como liquidador suplente hasta el año 66, hasta noviembre del 66. Al mismo tiempo trabajaba en el Empresa Colombiana de Turismo desde febrero 25 del 59 hasta el 64 en marzo que me retiré.

Después trabajé con la contabilidad con Dreifus and Dran por dos años, del 67 al 69: Después con Wonden and Kendrich que era otra compañía, también americana, también de contabilidad. Después de Febrero del 69 todo el año 69 y luego, entonces, pasé a trabajar en el Hotel Anapolis; allí trabajaba como auditor, pero de día, pero el Anapolis se liquidó, se terminó y entonces, pasé a trabajar con Executive House Hotel (por la noche); ahí trabajé hasta el año 70 desde agosto del 70 hasta el 78, que fue cuando me retiré.

EDGAR

Murió en el 2010. Era mi hermano gemelo.

Desde que se marchó a EEUU donde vivió 40 años, no lo alcancé a ver ni media docena de veces. Nunca quiso volver a Colombia y yo fui muy pocas veces. Fue un extranjero con ciudadanía americana.

Nuestros encuentros eran siempre apurados. Nunca logramos intimidar. A ratos pensaba que era homosexual pero nunca fui capaz de preguntárselo. Cómo lo iba a hacer si nos veíamos tan solo un par de horas cada siete u ocho años. Lo infería porque nadie le conoció una novia. Vivía solo, ni siquiera tenía un gato o un perro.

Siempre me pareció que mi padre sufrió mucho con la idea. Era un hombre “chapado” a la antigua.

Sus finanzas a la hora de su muerte me sorprendieron. No tenía sino deudas. Ojalá su balance financiero negativo hubiese sido el resultado del compartir con alguien sus ingresos.

Vivió una vida secreta. Ni mi hermana María Inés sabía algo de él. Cuando mucho, ubicaba la empresa para la cual trabajaba en el momento de sus esporádicos y efímeros encuentros. Acudía un par de veces al año a una que otra reunión familiar y a los pocos momentos se desaparecía. No aceptada hablar sino del clima.

Fue víctima de la discriminación con los Latinos porque cuando había crisis, a él era uno de los que primero despedían. Y aún en épocas estables y a pesar de todos sus méritos (fue varias veces el empleado del año), nunca ascendió a un escaño relevante.

Para evitar ir a la guerra del Vietnam, pasó limpiando inodoros en el ejército los fines de semana durante no sé cuántos años.

Cuando murió sentí una ligera tristeza y creí que pronto se me pasaría. Solo supe lo que realmente lo amaba, en el diván de la psicoanalista. Inconscientemente yo me quería morir con él. Y como el verso de Neruda, comencé a decirme: “aquí dejo arregladas estas cosas”.

Hubiera querido abrazarlo y decirle que me importaba un carajo que fuera homosexual. Que yo solo quería que fuera feliz.

Pero nunca lo pude hacer.

Murió en un hospital después de haber estado 15 días en cuidados intensivos.

LOS CUBIERTOS DE PLATA

WASHINTONG, 12 DE ENERO DE 2016

Estimado Hermano Germán:

Espero que se encuentre bien de salud.

Le escribo este correo electrónico, creo que es la primera vez que lo hago, para contarle que papá y mamá antes de morirse, me recomendaron que le entregara los cubiertos de plata de la familia. No había dicho nada porque he estado muy ocupada con lo de desarmar el apartamento donde vivían.

El problema es mandárselos.

Cómo pesan mucho, enviarlos por correo certificado sería costosísimo. Tampoco se le puede pedir el favor a un amigo que los lleve en la maleta porque con todo esto de las Torres Gemelas, se los pueden quitar o lo que sería peor aún, se los podrían robar.

Como sé que papá y mamá nos dejaron a cada hermano una “platica” de herencia, quizá a usted se le ocurra alguna idea.

En espera de su respuesta.

María Inés.

BOGOTÁ, ENERO 20 DEL 2.016

Estimada María Inés:

Gracias por su correo. Le cuento que papá me había llamado como un mes antes de morirse para decirme lo de los cubiertos de plata.

Yo quedé un poco sorprendido por aquello de ser hombre y además, la oveja negra de la familia. Hasta donde yo conocía, según la tradición, los cubiertos de plata se trasmitían de generación en generación por línea femenina y por consiguiente le hubiesen correspondido a usted o a Carmenza o a Amalia.

Obviamente yo acepté su oferta sin hacer ningún comentario.

Por fortuna, el impase del envío se puede solucionar muy pronto pues decidí que con el dinero de la herencia, en compañía de Graciela y Juan José, haré un viaje a esas tierras a visitar las tumbas de mis padres y hermano, lo cual hasta el momento no he podido realizar.

El viaje, entonces, facilitaría enormemente las cosas dado yo mismo los traería. Y como los cubiertos irían de salida, la paranoia terrorista en el aeropuerto con seguridad sería mucho menor.

BOGOTÁ, FEBRERO 14 DEL 2.016

Querida Amalia:

Como le había comentado por teléfono, el mes pasado anduve por las tierras del Tío Sam, donde me vi con María Inés y fui al cementerio a visitar las tumbas.

Me gustaría que vinieran a almorzar con David. Así podríamos chismiar y entregarle los regalitos que le mandaron.

La comida será servida con los cubiertos de plata que mis papás me dejaron de herencia.

Germán

P/D

Proponga el día

BOGOTÁ, MARZO 6 DEL 2.016

Estimada María Inés:

Muchas gracias por todas las atenciones que tuvieron en nuestra breve estadía.

Le cuento que ver cómo los venados se comían las flores que pusimos en las tumbas me produjo una mezcla de rabia y de risa nerviosa. La vida devorándose a la muerte!

Qué bien que hubieran planeado todo para que las tres tumbas estuvieran seguidas. Así podrán continuar acompañándose en la otra vida.

Le entregué los regalitos a Amalia.

A Amalia casi le da un patatús con lo de los cubiertos de plata. Muy sutilmente me recordó que la transmisión de tan anhelada joya siempre se hacía por línea femenina y además, que yo tenía un hijo hombre.

Pasamos un buen rato tratando de entender la posible razón por lo que habían decidido dejármelos a mí. Qué usted, como vivía tan cerca de ellos, seguramente tendría oportunidad de acceder a otras cosas; que eventualmente sentían que tenía una deuda simbólica conmigo y querían reivindicarse; que finalmente no eran tan conservadores como creíamos y que aquello de la línea femenina no terminaba de convencerlos...etc.

Después de mucho especular y obviamente utilizar como pretexto los cubiertos de plata para rememorar algunos maravillosos recuerdos que habíamos vivido con ellos, terminé contándole el caso de un amigo que cuando joven, resolvió vender los famosos cubiertos de la familia para comprar droga.

No se preocupe; eso no pasará.

De otra parte, le recordé que de mi primer matrimonio tengo dos hijas, una de las cuales cuando le conté que le dejaría la mitad de los cubiertos, dijo: a mí no me gustan las viejeras; ni se le ocurra traérmelos. Sin embargo, después de que tuvo la oportunidad de verlos cambio de opinión. Yo si quiero mi mitad, aclaró tajantemente.

Su hermano

Germán

MIS PARIENTES

VACAS LOCAS

Hacía ya un par de semanas que no iban a la finca de los parientes. Últimamente bajaban con relativa frecuencia porque su papá le estaba haciendo la declaración de renta a su tío y debían entregarla en una fecha cercana. La estadía se reducía únicamente a la tarde del sábado y era bastante aburrida. El papá trabaja revisando y sumando recibos; la mamá fumaba cigarrillos Pielroja, tomaba café y conversaba con la esposa y los niños tenían que arreglárselas solos. Solos, porque fuera de su hermano y él, en la finca únicamente había vacas y una carrilera del tren que nunca vieron pasar.

Esa tarde, sin embargo, algo raro estaba sucediendo: se encontraban el veterinario, el dueño de la finca y varios finqueros vecinos. Estaban observando el hato de vacas. Eran como 20 animales blancos con enormes manchas negras; parecían parientes gigantes de los perros dálmatas. Como estaban reunidos en un corral, lo primero que se sentía era el olor a estiércol; repulsivo, penetrante. De cuando en cuando una vaca mugía. Decían que cada una daba como 20 botellas de leche al día.

Que es una infección; qué no es una dermatitis. Se trata de una enfermedad contagiosa que bien pronto se expandirá por todas partes; se comieron algo envenenado... se oía comentar a los finqueros. Lo que se veía era un moretón inflamado. Algunas tenían incluso varios y se encontraban en diferentes partes del cuerpo; las patas, la cabeza, las ubres. De todos modos unas caminaban cojas y otras estaban postradas y no se levantaban ni para tomar agua. Pero no todas estaban enfermas. Algunas se veían divinamente.

El veterinario, que hasta ese momento permanecía en silencio, intervino diciendo: esto es muy raro. Las que examiné hace unos días, en lugar de empeorar, se están mejorando. Sin embargo hay que hacerles un examen de sangre. Enseguida se acabó la reunión.

Pasada la escena del diagnóstico, él se quedó mirando al hermano y le dijo: ¿será que el juego nos funcionó? Qué va, eso tiene que ser alguna de las enfermedades que mencionaron.

La última vez que habían ido a la finca, sin ocurrírseles ningún juego, decidieron hacer algo que habían visto en unos monitos animados por televisión. Colocaron decenas de piedras sobre la carrilera del tren, haciendo un pequeño montículo. La idea era que al pasar el tren, terminara disparándolas para los lados y claro, si casualmente algunas vacas se encontraban cerca pues...

CARTA A PAPÁ

Bogotá, Junio 4 del 2013

Estimado papá:

¿Cómo anda el frío en Washington? ¿Y la salud de ustedes? Ernesto me entregó el tarro de salmón que me envían cada vez que pueden. Delicioso. Lo comemos con arroz blanco.

Te he escrito algunas cartas convencionales donde narraba alguna noticia de poca importancia. Se podría decir que eran cartas-tarjetas de navidad. Recuerdo que podían demorar semanas en llegar: por la congestión generada por alguna fiesta, por la paranoica revisión que les hacían a lo que llegaba del exterior... También recuerdo alguna llamada telefónica para el cumpleaños. Se me alcanzaba a cortar la voz pero no había tiempo de darse cuenta porque como eran tan costosas, se hacía indispensable colgar rápido. Se hablaba casi con monosílabos.

Esta carta, sin embargo, es una carta muy especial y curiosamente no tengo ningún afán de que te llegue. Se trata de una carta póstuma, pero aclaro: no es que yo esté muerto y haya pedido el favor de enviártela. El que estás muerto eres tú.

No tengo claro por qué no la escribí antes. Cuando alguna vez me animé ya las cartas habían pasado de moda y solo eran vigentes los correos electrónicos y por internet no se pueden tratar temas serios? ¿No era consciente de la perplejidad que sentía? ¿No quería molestarte? ¿No quería molestarte?

Para empezar, me pregunto si es sensato tratar de hablar con los muertos? Puede un vivo hablar con los muertos sin estar muerto? ¿Es necesario enloquecerse para poderlos oír? ¿Hay que convertirse a una secta Tibetana? No me importan las respuestas: necesito escribirte esta carta porque es sobre un tema que tengo atorado hace muchos, muchos años.

Creo que siempre sentí por ti una mezcla de admiración y de respeto. Así, me supongo debe ser el afecto entre un padre y un hijo, por lo menos en los años en que vivías. Y obviamente no se hablaba de "hombre a hombre", lo que únicamente sucede en las novelas y las películas: simplemente se obedecía. Los buenos padres no daban explicaciones; comunicaban decisiones.

Lo peor es que si acaso lograras leer esta carta no sé qué podría suceder. Guardarías silencio? Para un muerto puede resultar completamente normal. Pero si te animaras a contestarme, cómo te expresarías ¿Podría escucharte o necesitaría haber ingerido una buena dosis de yagé. De nuevo tendría que decir que la respuesta no me importa. Simplemente tengo algo que decirte y lo voy hacer, independientemente de lo que vaya a suceder.

Ahí va:

¿Por qué putas me querías internar en el colegio de Duitama?

EL CUCHILLO

La tarea de biología, según su hermano Octavio, consistía en destripar un sapo. Pero la tarea implicaba un doble problema: conseguirlo y destriparlo. Conseguirlo no resultó tan difícil. La casa se encontraba en una urbanización nueva y todavía estaba rodeada de potreros que en época de lluvias se llenan de agua, donde se encuentran los bichos. Una mañana salimos, removió una docena de piedras y atrapó el sapo. Claro, no se trataba de su primera excursión. Dicha cacería la había emprendido en repetidas ocasiones con los amigos del barrio. El juego consistía en poner a concursar los sapos en salto largo dándoles pequeños golpecitos en la cola.

Una mañana, Octavio, acompañado de Germán, uno de sus hermanos menores, salió de safari. Los acompañó Rayo, el consentido perro de la casa, una mezcla de chandoso y pastor alemán, que aunque no cogía los sapos los ayudaba a ubicar con sus ladridos.

El sapo que agarró esa mañana era inmensamente grande. No se trataba de una simple rana: era un tremendo sapote. Verde, como una botella.

Para destriparlo había que abrirle la barriga y como era baboso y resbaladizo daba asco. Pero sin la menor vacilación, Octavio le clavó su cuchillo de montañero el cual había intercambiado por su balón de fútbol. El cuchillo era largo y plateado; reflejaba la luz del sol como un espejo de mil caras. Y claro, inmediatamente brotó todo el estómago, el cual, sin aspavientos, Octavio recogió y echó en un frasco. Terminada la operación, Octavio lavó el cuchillo en el lavamanos, lo secó y lo metió en su funda; una hermosa funda de cuero repujado. A continuación abrió el cajón principal de su escritorio y guardó el cuchillo como si fuera una reliquia. Le echó llave al cajón porque la mamá así se lo había pedido. Pero no guardó la llave en sus bolsillos sino dentro de un pequeño cofre ubicado encima del escritorio.

Germán, uno de sus hermanos menores quedó blanco. Había presenciado lo que para él fue un asesinato. Estaba aterrado de la sangre fría de Octavio aunque simultáneamente quedó fascinado con el cuchillo. Un cuchillo como el que cargaba Tarzán, el rey de la selva, que leía con avidez en las historietas del periódico los días domingos.

Del cuchillo no se volvió a saber nada.

Unos días después, llegaron de visita tres de sus tíos, hermanos de Inesita, la mamá. Sus visitas eran muy esporádicas; quizá dos veces al año. Probablemente habían pasado a dejar algunos papeles para que Chepe, el padre de Octavio, los incluyera en la declaración de renta que siempre les hacía gratis.

Eran tres hayanosos corpulentos que se habían templado en las labores de la ganadería: vacunar, ordeñar, arriar, marcar, sacrificar. Todos eran curtidos finqueros acostumbrados a lidiar con reses y caballos.

Entre tinto y tinto, Inesita, angustiada e ingenua, les fue contando sus aflicciones. Qué Octavio iba mal en el colegio, que Octavio no le obedecía, que Octavio, que Octavio. Y sus hermanos, seguramente por haber sido criados como machos protectores de sus hermanas, resolvieron tomar cartas en el asunto. Lo llamaron al comedor pero no entraron a hablar con el muchacho malcriado; no lo reprocharon, ni lo regañaron, ni lo insultaron. Simplemente lo agarraron de pies y manos y lo llevaron al patio de atrás.

Octavio trataba de dar patas pero no le valía. Entonces comenzó a gritar y fue ahí cuando todos los hermanos se dieron cuenta de que algo estaba sucediendo.

Como pudo, Germán se encaramó en la ventana de la cocina y pudo ver lo que estaba sucediendo. Inicialmente pensó que lo estaban golpeando, cosa que bien se hubiera podido esperar de ellos. Pero no; lo habían metido vestido en la alberca del lavadero, sumergiéndole la cabeza por unos instantes en varias ocasiones.

La mamá rogaba que lo soltaran pero ellos no le ponían atención y no paraban de reírse a carcajadas llenas. Lo hubieran mantenido en la alberga probablemente un rato más largo si no hubiera sido porque Rayo, al ver el matoneo al que estaba siendo sometido Octavio, resolvió abalanzarse sobre las piernas de unos de los tíos, cuestión que cambió por completo el curso de la escena pues los tíos pasaron a ocuparse del perro que ágilmente logró asestar sus respectivos mordiscos antes de ser acorralado y cogido a patadas.

Al oír los chillidos del perro, la hermana menor salió al patio a protegerlo, cubriéndolo con el cuerpo, lo que obligó a los tíos a suspender la paliza.

Mientras tanto, Octavio, pálido y todo mojado, corrió a zancadas hacia los pisos de arriba de la casa dirigiéndose a la mansarda. No le costó mucho a Germán imaginar que iba al escritorio en el cual había guardado su apreciado tesoro: el cuchillo. Pero el cajón central, donde estaba el cuchillo se hallaba cerrado con llave. Desesperado, Octavio trataba de forzarlo sin lograr abrirlo. Y lo hizo varias veces, cada vez con más fuerza sin lograr ningún resultado distinto a cuartear la tabla de uno de los cajones aledaños. Obnubilado por la rabia no atinaba a buscar las llaves en el cofre.

Fue entonces cuando Germán, que solapadamente se había percatado del escondite, se dirigió al cofre y sacó la llave. Octavio la recibió haciendo una sonrisa de oreja a oreja pero su mano temblaba tanto que no pudo encajar la llave en la cerradura, cuestión que de mil amores procedió a realizar Germán.

Octavio sacó entonces el cuchillo y lo desenfundó rápidamente, dejando la vaina tirada en el suelo. Y corrió escaleras abajo en busca de sus tíos. Lo hizo tan rápido que a la altura del segundo piso dio una trastada rodando unos pocos escalones, accidente que no le impidió levantarse rápidamente y continuar su desbocada carrera.

Buscó a sus tíos en el patio y no estaban; después pasó por la sala y el comedor y tampoco. De repente vio la puerta de entrada entre abierta y se dirigió hacia la calle. Allí

estaba su mamá pálida y llorosa. Rayo perseguía con sus ladridos la camioneta que ya se encontraba como a media cuadra de distancia, donde los tíos se habían montado tan sólo unos segundos antes.

MI CASA
Y
MI BARRIO

MÍCHICA-MÍCHICA

Mi hermana Carmenza tenía una gata. No era esbelta y peluda como las Angora. Tampoco gimnástica y estirada, como las Siamés. Era una langaruta. Pero era su gata. Quién sabe dónde diablos la había conseguido.

La gata era un déspota. Arañaba incluso a mi hermana cuando le iba a dar su comida. Al resto de personas, cada vez que pasábamos cerca de ella, nos gruñía despectivamente porque sí y porque no. Donde le diera la gana se sentaba erguida y solemne cual Faraón Egipto como queriendo decir que todos los que la rodeábamos éramos sus súbditos. Yo sólo anhelaba tener un perro para ponerla en su sitio.

Una mañana pasó una ambulancia anunciando con un gigantesco parlante empotrado en el techo, que la siguiente semana estarían vacunando contra la rabia a los gatos de la zona. La campaña duraría sólo una semana (de lunes a viernes) y la vacuna sería gratis. Lo único que había que hacer era llevar la mascota hasta el Samper Mendoza, el cual no era una clínica para animales sino más bien, creo, un laboratorio donde producían vacunas, cuestión que me había explicado mi papá, alguna vez que pasamos en carro por ahí.

Para entonces, había acabado de ver una película de terror donde a un vaquero que lo había mordido un perro con rabia lo habían tenido que amarrar a un enorme árbol hasta dejarlo morir. El desvalido echaba espuma por la boca y nadie se atrevía a acercársele. Parecía poseído por el diablo. Y obviamente yo no quería que a la detestable gata le diera rabia y que me tuvieran que amarrar a un árbol.

Pero había un problema: no podíamos ir con papá, porque él trabajaba entre semana. Como tocaba ir caminando, mi mamá tampoco podía acompañarnos porque se había troncado un tobillo y mis hermanos, incluyendo a Carmenza (que tenía 10 años) y era la menor de todos, no hacían sino burlarse de mi miedo a la rabia, diciendo que tomaba demasiado en serio las películas que pasaban por televisión.

Me tocaba ir a mí solo.

Era lejos. Nuestra casa estaba en la Carrera 21 con Calle 54, barrio Sears, llamado así por el almacén de departamentos gringo; y el laboratorio se encontraba en la carrera 13 con calle 57 (realmente unos 30 metros arriba de la 13). Es decir, cerca de un kilómetro, lo que para un muchacho de 12 años era toda una Odisea.

Obviamente no yo tenía una cuadrícula Cartesiana en mi cabeza. Me orientaba por los lugares conocidos. Por fortuna el viajecito hacia Chapinero, así se llamaba la zona, lo había realizado varias veces, claro que siempre acompañado de mamá. Chapinero empezaba en la carrera 13 con calle 57 y terminaba realmente en la calle 63, en la plazoleta de la Iglesia de Lourdes (de estilo gótico y llena de palomas), aunque gota a gota comenzaba a prolongarse hasta la mansión Victoriana de Eduardo Santos, que se hallaba en la esquina de la 13 con 68. Era básicamente una única vía con almacenes a lado y lado. Allí estaba El

Roble y Croydon, donde nos compraban respectivamente los pantalones y los zapatos. De sus viejas casonas campestres cada vez quedaban menos. Las iban remodelando para convertirlas en profundos locales, arrasando jardines y fachadas.

El recorrido más conocido por mí era la calle 57 pues mi tía Rosanita vivía en la carrera 20 con 57. La 57 en realidad era una avenida, la avenida de Las Palmas, llamada así porque en el separador habían sembradas palmas que tenía como 4 metros de altura. Allí íbamos a ver pasar a los ciclistas de la Vuelta a Colombia en bicicleta, los cuales bajaban a culminar la última etapa en el estadio Nemesio Camacho “El Campín” que estaba en la 57 con carrera 30. La carrera la veíamos a unos pocos metros de los ciclistas y simultáneamente la oíamos por la radio en la voz del famoso Carlos Arturo Rueda.

Y me fui a vacunar la bendita gata. No sé cómo se me ocurrió la magnífica idea de meterla dentro de un maletín donde la “guardé” cerrando la cremallera. No pesaba nada: era como una pluma; creo que tenía como un (1) año. Pero no le gustaba su inesperado oscuro viaje y de cuando en cuando pegaba pequeños brincos que hacían que el maletín oscilara como un péndulo.

Subí por la calle 55 para pasar por el parque del Sargento Torres, que quedaba en la 55 arribita de la carrera 20 (¿19a?). Aunque sabía que no podía demorarme, no resistí la tentación de subirme por unos instantes a un columpio con el maletín a bordo. Quizá lo hice para darle un pequeño susto a la amada gatica, aprovechando que mi hermana Carmenza no iba a recriminarme. Al finalizar el parque, que era toda una pequeña manzana triangular, doblé hacia el norte, rumbo a la Iglesia del Divino Salvador, que quedaba en la 57. Era la iglesia enorme y muy moderna, a la que íbamos a misa todos los domingos.

Continué subiendo por la 57 hasta la Avenida Caracas donde la gatica aceleró sus brincos, seguramente debido al tremendo ruido de los buses. Una cuadra y media más arriba estaba el Samper Mendoza, donde después de una pequeña espera chuzaron a la gatica. Vi cómo el auxiliar que la vacunó cogió con fuerza a la gata por la cabeza acostándola de medio lado sobre una mesa, cuestión que en gran medida la inmovilizó. Pensé que iba a dar un alarido pero no dijo ni pío. Él mismo lo introdujo nuevamente en el maletín.

Para expedir el certificado de vacunación me preguntaron el nombre del gato; empecé aclarando que se trataba de una gata pero caí en cuenta que no le habían puesto ninguno. Mi hermana sólo le decía “míchica, míchica”, lo que hizo que se ocurriera decir que se llamaba “chica”.

Y comenzamos nuestro viaje de regreso.

Estaba dichoso. No me daría rabia y había logrado incursionar sólo por territorios insuficientemente recorridos.

Al llegar a la Avenida Caracas la gata comenzó a brincar pero además se orinó (sentí el maletín mojado). Quizá entre el estrepitoso ruido y el reprimido susto de la vacuna, se descompuso.

Me dio mucha lástima y pensé que si le dejaba sacar la cabeza, el miedo le iba a disminuir. Y con mucho cuidado, lentamente abrí unos centímetros la cremallera del maletín sin imaginarme que la gata saltaría como un resorte, hiendo a parar a lo alto de una pared de un inmenso colegio distrital de tres pisos. Como no era posible agarrarla porque estaba muy lejos, la llamaba insistentemente por su onomatopéyico nombre pero nada. Entre más me acercaba, más se alejaba. Y en pocos minutos ya había escalado los muros hasta llegar al techo. Es impresionante la agilidad de esos animales. Parecen unos acróbatas.

En el colegio solo estaban los celadores pues todos los estudiantes de Bogotá nos encontrábamos por esa época en vacaciones. Le rogué a uno de los celadores que me dejara entrar a buscarla pero como la gata no se veía y me supongo que pensaba que era un potencial ladrón, me cerró la puerta en la cara, dibujando en su boca una sonrisa socarrona. Acongojado resolví, entonces, dar como tres vueltas al colegio por la acera de afuera sin lograr divisar la jodida gata.

Más o menos después de una hora, desistí. No podía hacer nada. Únicamente pensaba en la rabia que le iba a dar a mi hermana con lo de la vacuna de la rabia. Pero nadie me había visto meter al gato en el maletín, así que opté por guardar silencio. Me iría con el secreto a la tumba.

Esa noche mi hermana, pasó horas llamando la gata y hurgando en cuanto posible escondite pudiera haberse metido. No se eximió de buscar en el canasto de la ropa sucia, ni en la despensa, ni debajo de las camas. Y entre más buscaba, más iba aumentando el volumen de su llanto. Lloró por horas hasta que se quedó dormida. Y a mí no me dolía la gata sino el dolor de mi hermana y la frustración de mi osada epopeya.

Pero si decía la verdad mi iba a ir muy mal. Para empezar, me hubiera ganado una “fuetera” de parte de mi papá, además de que mi hermana nunca me lo perdonaría. Lo mejor sería echar a rodar la bola de que la gata se había salido a rumbiar.

Las gatas, a diferencia de los gatos, son muy caseras. No realizan excursiones por las casas vecinas en busca de pareja. A ellas las visitan. Más aún, los gatos que las detectan, que por lo general son un tropel por aquello que las feromonas que segregan se esparcen por un amplio territorio, se disputan la gata en titánicas peleas que en general les dejan todo el cuerpo ensangrentado y a veces hasta sin un pedazo de oreja. Pero obviamente existen excepciones: gatas callejeras. Y aunque no existía ningún antecedente que lo sugiriera, “chica” bien podría ser una de ellas. Por fortuna, la muchacha del servicio, una veterana campesina experta en animales, apoyó la teoría de la rumba, lo que hizo que poco a poco se fuera disipando la tesis (planteada en algún momento por mi hermana), de que como la gatica no me gustaba porque me podía prender la rabia, yo la había regalado.

De todos modos, mi hermana nunca terminó de esperarla. Todas las mañanas lo primero que hacía era colocarle en la ventana un platito con leche y como esta se evaporaba en el transcurso del día pues se la tomaba clandestinamente el gato de los vecinos, ella persistía en su esperanza.

Durante la siguiente semana recorrí a escondidas de mis hermanos la zona donde se había catapultado la gata. Pregunté a varias señoras de las casas vecinas al colegio si había visto una gata negra con una mancha blanca en el pecho en forma de corazón y todo fue en vano. Nadie había visto nada. Entonces resolví “barrer” el área cercana, indagando ya no en las inmediaciones sino a dos y tres cuadras de distancia. Todo fue fallido. Lo que sí vi fue muchos perros callejeros; quizá por eso gatos y gatas no visitaban dicho territorio.

El paso siguiente fue ayudar a conseguir un sustituto de la gata. De casualidad tenía un amigo donde la gata de su casa había tenido 8 gatitos y estaban encartados con semejante cantidad. Pero mi hermana se negó a sustituir a su amada tirana. No aceptaba ningún cambio.

Lentamente me fui olvidando del suceso aunque siempre que pasaba por los alrededores dedicaba unos minutos a indagar por “chica”. Y así pasó un poco más de un mes. Cuando una tarde como a las cinco (5) oí marmullar un gato cerca de la ventana de la cocina. Inicialmente pensé que se trataba del gato vecino pero era extraño porque éste solo nos visitaba por las mañanas. Entonces corté un pedacito de queso y se lo fui acercando poco a poco. Cuál no sería mi sorpresa cuando a más o menos un metro de distancia vi un gato con un corazón blanco en medio del pecho negro. Era “chica”. La verraca gata había logrado regresar a la casa. No había cambiado en nada porque procedió a raparme el queso, no sin antes darme un arañón que todavía llevo marcado en mi mano derecha.

EL COLEGIO

EL CARRO DE BALINERAS

En esa época, el tamaño de Bogotá y la ubicación de los colegios, hacía posible que al terminar la jornada de la mañana fuéramos a almorzar a la casa para regresar nuevamente a cumplir con la jornada de la tarde. El bus nos recogía, entonces, dos veces al día: hacia la 7 ½ am y a las 2 pm. Con frecuencia, el horario nos daba tiempo para desandar los paraderos de la ruta y tomar el bus uno, dos y hasta tres paraderos más adelante o más atrás, pequeño reto que lo tomábamos como un juego.

En esas correrías casi siempre iba a coger el bus en el paradero de Sánchez, un compañero de curso que vivía en el barrio San Luis, contiguo al mío (Sears), con el que poco intimidábamos en el colegio porque a él le gustaba el fútbol y a mí el básquet.

Sánchez era alguien fuera de serie. Su papá tenía una finca y él estaba familiarizado con actividades desconocidas para mí. Me enseñó, por ejemplo, a torear, habilidad que no logré demostrar cuando en la becerrada del colegio, terminé volando por los aires. En la Semana Cultural y Deportiva, participó en la carrera de burros, llegando en segundo lugar, cuestión nada fácil porque los burros son burros y para hacerlos andar, toca desarrollar una estrategia mixta de "zanahoria y garrote".

Un par de veces lo acompañé a repartir leche en la camioneta de su papá. Nos subíamos en la parte de atrás (platón) donde iban 4 ó 5 enormes cantinas y pasábamos casa por casa, prácticamente todas en el mismo barrio, vertiendo, según la cantidad contratada, varios cucharones de leche en las ollas que las empleadas de servicio sacaban al oír el pito de la camioneta. La leche por esos tiempos no venía en botellas y era necesario hervirla. Sólo años más tarde, las grandes lecherías comenzaron a venderla en hermosas botellas y además, lista para consumir (pasteurizada).

En una ocasión vi al chofer de la camioneta terminar de construir una plataforma de madera para evitar que las cantinas se rodaran cada vez que frenaba. Fue fascinante encontrarme con el serrucho, el martillo, las puntillas, los alicates... herramientas que sólo había visto en las revistas pero jamás en acción. Era como asistir a un acto de magia: el serrucho con sus dientes duplicaba o triplicaba una tabla; el martillo y la puntilla unían herméticamente la madera. Con un "abra cadabra", en un santiamén, las manos de este mago crearon un mueble inusitado.

Recuerdo que fue a Sánchez que se le ocurrió participar en la carrera de carros de balineras que se celebraba durante la Semana Cultural y Deportiva. Yo tengo un carrito, dijo. Aprovechémoslo. Y yo, entre curioso y atónito, le seguí la corriente.

Cuando reunieron a los participantes de los diferentes eventos, caímos en cuenta que en la carrera de carros de balineras solo se habían inscritos los grandes, es decir, los de los primeros años de bachillerato y nosotros apenas estábamos en quinto de primaria. Ciertamente yo era el más alto del curso; por eso me llamaban "largo". Y Sánchez era

bajito y más bien flaco. Eso sí, quizá por las actividades que desarrollaba en la finca, era musculoso.

La situación se complicó cuando nos enteramos de la ruta. El colegio (Liceo de Cervantes) se encontraba en la Avenida 82 a una cuadra de la séptima. Pero la avenida no era plana; se trataba de una calle bastante inclinada y la ruta implicaba subir y bajar la pendiente. El problema consistía en que los de bachillerato eran más grandes y obviamente, sobre todo en el descenso, nos llevarían ventaja pues por ser más pesados bajarían más rápido.

Sánchez rápidamente resolvió el impase: usted debe ir manejando el carro de balineras pues es el más pesado. Yo me encargo de empujar. Sin embargo, agregó inmediatamente, el carro de balineras que tengo es muy corto; es necesario construir uno más largo.

¿Construir un carro de balineras?, me pregunté desconcertado. Para mí eso era algo impensable. Obviamente no fui capaz de comentarle nada a Sánchez.

Una semana antes de la carrera, un sábado, me fui temprano para su casa. Sánchez ya tenía todos los materiales. Las balineras se las había quitado a su antiguo carro. La madera era listón machi embrado. Los listones los consiguió en un depósito de maderas del 7 de Agosto. Las cambió por una canecada de leche.

Y con metro en mano empezamos la construcción. Claro que yo terminé limitándome a pasar las herramientas pues al intentar clavar una puntilla casi me bajo la uña del dedo gordo con el martillo. El carro tenía dos ejes cada uno con sus respectivas balineras en el extremo. El eje delantero era más largo que el trasero y servía simultáneamente como timón; no estaba pegado al carro sino montado en un extremo debajo de él y adherido con un grueso tornillo y una tuerca. Se direccionaba con los pies; con un par de cabuyas que se cogían con las manos era posible imprimirle la dirección. El freno se encontraba pegado en la parte de atrás y consistía en un pedazo de neumático que pisaba con el pie el corredor que empujaba al que iba sentado. Toda una obra de ingeniería. El toque final fue el nombre pintado en el asiento. Lo bautizamos como: el bólido.

Aunque nos quedaban pocos días para la carrera todas las tardes practicábamos. Lo hacíamos en el parque del barrio San Luis al cual le dábamos varias vueltas completas, seguidos por el ladrido los perros que sacaban a pasear.

Y empezó la carrera. Éramos como 12 carros concursantes. Llevábamos puestas unas camisetas blancas donde con pintura negra habíamos escrito el nombre de nuestro equipo. En la subida no nos fue nada mal; terminamos la cuadra de subida en el cuarto puesto. Sánchez, por decirlo con un símil finquero, tenía la fuerza de un toro. Donde afloró toda la velocidad fue en la bajada. En ninguno de los entrenamientos habíamos podido ir tan rápido. Poco a poco fuimos sobrepasando los tres carros que nos aventajaban y llegamos a la curva en primer lugar. Pero ahí sucedió lo inesperado: realicé una curva muy cerrada y en lugar de girar, salimos los tres por la tangente. Digo los tres, porque no sólo volamos como 5 metros los jugadores sino también el carro. Aunque parecíamos unos Nazarenos,

por fortuna salimos ilesos; fuera de raspaduras en todo la cara, los brazos y las piernas (no valieron de nada los bluyines), no se nos quebró ningún hueso; el que quedó vuelto añicos y partido en tres partes, fue el carro.

Recogimos entonces los pedazos y caminando lentamente, continuamos la carrera. Entre risas y uno que otro aplauso cruzamos la meta unos minutos después del último de los carros. Nunca supimos por qué sin acordarlo resolvimos terminar el recorrido a pie.

LOS PERROS

En el bus del colegio no me podía sentar en las bancas de atrás: ahí se hacían los grandes. Tampoco en las primeras bancas: ahí se hacían los chiquitos. Su característica fundamental era que se sentaban en ellas tres alumnos. Yo me ubicaba en las sillas del medio. Tenía 11 años.

Todos los buses pertenecían al colegio. Eran verdes, llevaban escrito en letras amarillas y grandes "Liceo de Cervantes" y tenían un escudo en el que aparecía una especie de lámpara de Aladino que irradiaba sus rayos hacia todos lados.

Las rutas siempre estaban acompañadas por uno de los padres Agustinos, los cuales se iban rotando de cuando en cuando. Se vestían con un hábito negro que les llegaba hasta los tobillos. El hábito tenía una correa que circunvalaba la cintura, prolongándose en una especie de látigo que caía hasta debajo de las rodillas. El hábito poseía también una capucha que casi nunca la vi puesta. Semejante vestimenta no era percibida a mis años como una especie de disfraz de chulo, obsoleto y distanciador sino como una coraza de inquisidor. Embutidos en él, se ubicaban en la escalerilla de entrada teniendo desde allí una vista panorámica de todo lo que acontecía en el bus.

Durante el recorrido no era necesario guardar silencio. El "padre" estaba allí para evitar la recocha y las eventuales peleas.

Esa tarde no había sucedido nada extraordinario. Yo iba conversando con no recuerdo quién, cuando de golpe se oyó un estruendo que venía de las bancas de atrás. La gran mayoría de los grandes se encontraban de pie mirando por las ventanas hacia una de las aceras de la calle.

Yo no resistí la curiosidad y también me levanté buscando localizar con la mirada el acontecimiento que había generado la conmoción. No vi nada y después de insistir unos instantes desistí y me volví a sentar. Poco a poco los grandes también lo hicieron pues el bus continuaba su marcha alejándose del foco de atención.

De repente se oyó la voz ronca y ceremonial del Padre Basilio, nuestro profesor de álgebra, que se encontraba ese día cuidando la ruta. A los siguientes alumnos les queda suspendido el servicio de bus por dos tardes: fulanito, sutanito, tres grandes más y Germán Mariño.

Yo?, pregunté para mis adentros pero qué hice? Obviamente era una pregunta que no me atreví a formular pues con seguridad hubiera sido percibida como altanería y desacato lo que probablemente implicaría una sanción del tenor de una matrícula condicional. Así que agaché la cabeza y guardé silencio.

Dos tardes, dos tardes, me repetía entre dientes. Eso significaba que en la mañana sí podría usar el bus. La cosa era únicamente al terminar clases, al salir del colegio. Nunca me habían aplicado esa clase de castigo que en plata blanca significaba coger en la Avenida Caracas un bus de la Empresa Usaquén, cuestión que jamás había hecho sólo. Eso

no era para los alumnos de mi edad. Los grandes, hasta se hacían dejar deliberadamente del bus para mostrar su autonomía cogiendo bus particular, lo que casi siempre les acarrea problemas porque llegaban unos minutos después de que Eudoro, el anciano y silencioso cancerbero había cerrado la puerta.

En el resto de la ruta no hice sino pensar qué iba a decir en la casa. ¿Qué me había castigado sin bus ¿pero por qué? Lo del castigo ya era un castigo. Como no lo había padecido no lograba imaginarme la reacción de mamá y sobre todo de papá. Me darían una fuetera? Irían al colegio a averiguar lo sucedido? ¿Si no les decía nada, cómo haría para que no se dieran cuenta?

Con respecto a la plata para el pasaje no había problema: la sacaría de mi mesada semanal. Total, tendría que abstenerme de un par de onces las cuales consistían en roscón con Coca Cola. El problema era la recogida del bus pues siempre en el paradero nos esperaba la muchacha del servicio.

Tendría que inventar una mentira: me quedaría una hora más para un entrenamiento del campeonato inter cursos de basquetbol. Y el papá de Eduardo me llevaría en su carro a la casa. Empezaríamos al día siguiente.

Así lo hice. Mamá sugirió que debíamos hacer el entrenamiento los sábados para ella poderme acompañar. Papá se quedó pensativo pero no dijo nada.

Esa noche sonó el teléfono y contestó mi papá. Como yo estaba en mi cuarto, tomé el auricular en el segundo: era Eduardo; había llamado a preguntar por la tarea de geografía y de paso para saber lo de la suspensión del bus, la cual ya había comenzado a hacer historia dentro de mi grupo de amigos. Y yo le conté todo, obviamente omitiendo el desconcierto de no saber qué habían visto los grandes que yo no había logrado ver. Lo que nunca me imaginé es que mi papá había escuchado toda la conversación, desde el teléfono del primer piso.

Más pronto cae un mentiroso que un cojo, es lo único que recuerdo que me dijo, procediendo a coordinar con mamá mi recogida en el colegio. Y pasaron los dos días. La recogida le enredó toda la rutina a mi mamá aunque sentí que lo hizo sin desagrado.

Pero a mí me siguió dando vueltas en la cabeza lo sucedido. Como el primer incidente ya me había forjado la imagen de grande, me inhibía el preguntarle a los grandes de verdad. Y preferí continuar viviendo con el misterio. Sin embargo, meses después, a punto de acabarse el año, sucedió algo similar a lo ocurrido inicialmente: los grandes se pararon en masa a mirar por las ventanas del bus. La diferencia es que esta vez yo podía observar la calle sin necesidad de levantarme y por fortuna nos estaba vigilando una profesora de primaria que iba muy entretenida conversando con sus alumnos. Y pude descifrar la incógnita: vi dos perros pegados por la cola. Se movían con dificultad tratándose de saltar pero no podían. Incluso en alguna de sus volteretas uno de ellos chilló. Parecían como si estuvieran adheridos con goma.

Ah! Ya entendí, susurré en voz baja. Se trataba de dos perros pegados por la cola. Pero, me pregunté a continuación: ¿por qué diablos están pegados?

LA ADOLESCENCIA

SORPRESA

Debía tener como 10 años. Durante las vacaciones mi papá siempre nos daba sorpresas. Una de ellas, maravillosa, fue regalarnos unos pasajes de avión para acompañarlo a uno de sus viajes a Cartagena e ir a conocer el mar.

Esta sorpresa, sin embargo, fue muy especial.

Una noche simplemente nos dijo a mi hermano gemelo y a mí: mañana se van para la clínica. Les van a realizar una pequeña operación. No nos explicó en qué consistía ni la razón para hacerla. Sólo puntualizó que no nos iba a doler, que nos volvería más saludables y que saldríamos de la Clínica al día siguiente. A nosotros tampoco se nos ocurrió preguntar nada más.

Solo recuerdo que entré al quirófano, me pusieron una máscara y me quedé dormido inmediatamente.

Al despertar, todavía medio anestesiado, sentí una especie de ardor en el pene. Me habían circuncidado.

Y sobre la operación no se habló más. La sexualidad era un tema vedado. Sólo cuando vi alguna película sobre el holocausto, donde para identificar a los niños judíos los Nazis llegaban a las escuelas y les hacían bajar los pantalones, supe que era una práctica religiosa. Pero nosotros éramos católicos y por ende deduje que la decisión de mi padre tenía que ver en última instancia con la higiene, en la medida, pienso ahora, que al eliminar los pliegues, el pene no tendría espacios para albergar gérmenes o cosas así.

¡Menuda sorpresita!

ALZANDO PESAS

A los 11 años todos los muchachos queríamos parecernos a Charles Atlas, ese alfeñique de 44 kilos que a través de la "tensión dinámica" se había transformado en un hombre súper musculoso. La "tensión dinámica" consistía en concentrarse y hacer fuerza sin ayuda de ningún aparato. Si se deseaba aumentar el bíceps, por ejemplo, uno se imaginaba levantar un objeto muy pesado con la mano, alzando el antebrazo hasta el hombro y haciendo toda la fuerza que suponía necesaria. Se vendía por correo y había que comprarlo en gringolandia enviando junto con unos dólares, los formularios que venían en los comics. Sus folletos estaban en español. Para una época sin internet, equivalía a un curso virtual de hoy en día. El cuento seguramente se lo había inventado algún fisiculturista Hispano con imaginación publicitaria suficiente para colocarse como apellido, Atlas, aquél personaje mitológico que cargaba el mundo en sus espaldas.

Pero nosotros (mi hermano gemelo y yo) fuimos más allá. Convencimos a papá que nos regalara un juego de pesas. Y mi papá, lo pienso ahora, que procuraba darnos gusto en todo lo que podía, nos llevó un sábado por la tarde a la tienda deportiva más importante de la época en Bogotá: la Casa Olímpica; y nos lo compró. Quedaba en el Centro, en aquella área que prácticamente nunca visitábamos donde estaban las oficinas, el palacio del presidente y los ladrones.

Lo instalamos en la mansarda de la casa, junto a los escritorios para estudiar, la mesa de ping pong y el tanque de agua. Quedaba en el tercer piso y era inmensa, el equivalente a los 4 cuartos del segundo piso pero sin divisiones. Sólo tenía un pequeño problema: lateralmente el techo era oblicuo, lo que lo hacía un poco menos alto que el de la parte central. De todos modos, el área lateral era porcentualmente muy pequeña y se encontraba muy bien aprovechada porque papá la había convertido en bodegas minúsculas pero funcionales.

El juego de pesas constaba, en primer lugar, de una barra como de 1 metro de largo en cuyos extremos se le montaban unos discos: las pesas, que eran de hierro colado. Había de diferente diámetro; entre más grandes, más pesadas. Si mal no recuerdo eran de tres tamaños: 5, 10 y 25 libras. En la barra existía un agujero que hacía las veces de seguro pues en él se introducía una especie de puntilla (pin) para que no se salieran los discos. El equipo contaba, además, con una angosta y corta cama metálica, suficiente para recostar la espalda y traía dos columnas terminadas en "U" dónde era posible apoyar la barra a la hora de descansar. El juego también tenía dos mancornas con un sistema

análogo a la barra pero para alzar con un sólo brazo. Mejor dicho: un pequeño gimnasio de verdad, “juguete” que resultaba completamente alucinante.

El regalo se convirtió en un acontecimiento barrial. Por eso, frecuentemente hacíamos los ejercicios en compañía de uno o varios amigos que se encontraban alrededor de los 11 y 13 años. Quizá alguno de 14 pero eso sí, no menor que nosotros.

Nadie nos enseñó a manejar el equipo. Tampoco existían manuales de uso. Los ejercicios iban surgiendo espontáneamente a medida que experimentábamos. Las mancornas se alzaban del hombro para arriba, por ejemplo; también se podían poner en los pectorales y abrir y cerrar los brazos. Estando parado, si la barra se ubicaba a la altura de las rodillas se flexionaban los antebrazos y se subían las pesas hasta el cuello.

Obviamente hacíamos concursos para ver quién levantaba más peso. Se trataba de realizar un envión, es decir, subir la barra cargada hasta encima de la cabeza, manteniendo los brazos estirados por unos segundos. Creo que yo alcanzaba a alzar hasta 50 libras, lo que implica un disco de 25 libras en cada extremo. Y ganaba, obviamente sin percatarme del daño que podría infringir a mi espalda a pesar que un poco tarde compramos cinturones protectores. Teníamos, pues, toda la parafernalia.

No usábamos ropa deportiva. Simplemente nos quitábamos la camisa, lo que permitía entre otras cosas, observar cómo nuestros escuálidos músculos se estiraban, generándonos la ilusión de que bien pronto estaríamos tan fornidos como Charles Atlas.

Sin lugar a dudas el ejercicio más desafiante era el de levantar la barra recostado de espalda. En él se lograba levantar el mayor peso. Yo podía hasta con 50 libras. Ciertamente era relativamente peligroso. De ahí la existencia de las 2 columnas descansadoras. Sin embargo, éstas, únicamente servían para poder sostener las pesas al principio y al final del ejercicio pero de ninguna manera cuando se tenían sobre el pecho y menos aún, cuando se iban bajando pues si se hacía demasiado rápido uno se daba un tremendo golpe en las costillas y si se descuidaba, hasta podría romperse el mismísimo cuello. Por eso, cuando no se trataba de ejercicios rutinarios sino en una competencia, siempre se contaba de la ayuda de una, en inclusive, dos personas.

En el levantamiento acostado de espaldas se templaban no sólo los músculos de todo el cuerpo sino también la ropa y por la posición de las piernas, los blue jeans se ceñían fuertemente al cuerpo. Precisamente como consecuencia de ello algún día sentí mis pantaloncillos mojados con una sustancia viscosa y caliente. La sensación, desconocida

hasta el momento, resultó tan sorprendente como placentera: había descubierto la masturbación.

MI PRIMER MATRIMONIO

OLAYA HERRERA

Extracto del libro “Por las veredas del Tolima” de Claudia Mariño

SE IBA LA LUZ HASTA TRES DÍAS

En Olaya Herrera con frecuencia se va la luz dos y tres días y así es imposible trabajar.

Eran los meses finales (ya había cumplido mi año rural), lo que estaba haciendo era una prórroga que yo misma había pedido con el deseo de ahorrar más plata.

Terminaba el rural en Agosto, pensaba pedir una prórroga hasta Diciembre y venirme en Enero, empezando un nuevo año porque dizque era más fácil conseguir trabajo. Al fin y al cabo pedí la prórroga hasta octubre porque me dijeron que era más fácil concederla hasta esa época y porque ya estaba ansiosa de venirme, de regresar, pues tenía proyectos y los inconvenientes de que se iba el agua y la luz, los soportaba menos que al principio, ya no me resignaba tanto.

¿TRABAJO PREVENTIVO?

Se supone que se está haciendo un trabajo preventivo y curativo. Preventivo a nivel de: fluorización y de charlas con los padres, los niños y los profesores. Claro que una charla a los niños no es suficiente para que se haga un trabajo preventivo; lo más importante son los padres, pero es muy difícil hacer que los padres asistan. Yo los convoqué a una reunión y sólo fueron diez.

Fueron tan poquitos porque unos trabajaban en el campo (porque viven muy lejos o viven en la montaña); y también por falta de interés. Era muy difícil.

A eso se le suma la prevención que tiene que ver con la alimentación. Por ejemplo, en el colegio y los núcleos escolares, se supone que hay una ecónoma que hace la dieta de los niños con alimentos balanceados,

Pero la pobreza es tanta que la cuota que pagan los padres es muy poca y aun así, hay niños que les tienen que subsidiar los almuerzos.

El presupuesto es tan bajo que los alimentos que les dan no son lo ideal; les dan muchas harinas, muchos carbohidratos. Casi nunca comen carne o toman leche.

Además, todo es carísimo o escasísimo. Uno creo que en el campo de verdad se comen las cosas que se cultivan y mentiras, todas las cosas se llevan para la ciudad: La gente tiene que salir del campo a la ciudad a comprar lo que ellos producen.

LA NUEVA ODONTÓLOGA

Todos los días se acercaba más la fecha de acabar el contrato. Estuvimos en Ibagué entregando el instrumental; entregándole cuentas a la niña que venía al rural.

La nueva odontóloga salió para Cuello...

Ella también tenía muchos temores, como yo cuando iba a entrar. Que no, que al principio es duro, que al principio era difícil pero que la experiencia de la Unidad Móvil era diferente a la experiencia de los Hospitales, que había sido muy positiva para mí, que había aprendido a servirle a los necesitados, que había adquirido mucho habilidad y seguridad, y por al parte económica era bueno el rural. A nivel social había que aprender a convivir. Que no pensara que el rural iba ser como en los pueblos, donde iba a salir a bailar y rumbear con el médico.

Mi rural desde el punto de vista económico era el mejor porque permitía ahorrar más, pero tocaba sacrificarse. Otros rurales tienen unidades modelos, yo trabajaba casi de camping.

Mientras yo charlaba con los campesinos, con los profesores, con los niños de la escuela, con el alcalde del pueblo o con el cura, en otros rurales se charlaba con otras odontólogas o con los médicos. Yo tenía roce con personas de un modo de pensar diferente, de un modo de vivir diferente, de un nivel social diferente.

Pero ese era el rural que yo quería.

Yo le decía que este era diferente a los otros rurales; pero a mí me parecía que era una experiencia formativa y además, Luz Neida, la auxiliar, era una persona muy valiosa que le podía brindar mucha ayuda.

También con la auxiliar podía ella compartir y aprender. Yo compartí con Luz Neida muchas cosas diferentes a las que toda la vida he compartido: montaba en flota, comía cualquier cosa, me bañaba en el río... eso que uno en la ciudad nunca ni siquiera sueña hacer.

Los moscos: impresionante; el calor horrible; y una pelea con las enfermeras! Le tocó irse de ahí porque se pusieron a pelear y las trataron muy mal.

SERVICIO A LA COMUNIDAD

La Universidad debe estar más orientada al servicio de la comunidad, al servicio social. La Universidad no es así; al contrario, lo forman a uno en el ánimo de lucro y eso no es mal: uno tiene que sobrevivir, peor también debe prestar un servicio social.

Yo hubiera querido que me enseñaran más sobre salud pública y promoción de la salud.

ÉTICA EN CONCRETO

Otra cosa es la ética. La ética que le enseñaron a uno es que no debe sacarle los dientes al paciente. Pero una cosa es la ética en abstracto y otra es un odontólogo en el campo, un odontólogo tirado en el campo con un campesino que no tiene ni los \$200 para sacarse el diente que lo está matando del dolor.

Uno pensaba que si era ético sacar un diente que podía tener salvación. Pero el campesino vivía a cuatro horas a pie y no podía volver sino hasta después de la cosecha. Todas esas situaciones, que a nivel teórico tienen una sola solución, en la práctica, tienen variantes.

EDUCACIÓN EN LA AUSTERIDAD

Definitivamente la orientación de la Universidad falla. Por ejemplo, se enseña que para sacar una muela uno tiene que pedirle al paciente veinte mil exámenes (y en principio creo que está bien. Eso me formó y lo agradezco). Pero uno va al campo y no tiene la radiografía, no tiene nada, y le da miedo hacer la endodoncia sin los requisitos que le enseñaron.

Deberían enseñar a tomar decisiones sin que tuvieran todas las ayudas.

Las rotaciones que nosotros hacíamos en la Universidad eran ir a un centro de salud para pararnos al lado de una odontóloga a pasarle el instrumental. Nunca un profesor nos dijo: de pronto les va pasar esto o aquello, o el día que usted no tenga este instrumental, hágalo así.

Todas estas respuestas le toca a uno responderse al principio... y solo!!. Da mucho temor porque uno está acostumbrado a la luz buena, a la silla buena, a la anestesia, a todo, y en la vida real no es así.

EL DOLOR DE ESPALDA

Un ejemplo claro es mi silla. Las condiciones eran muy precarias: el asiento donde uno se sentaba, pues de palo; la silla del paciente: no subía ni bajaba, la luz muy mala porque era una lámpara de enfermería. Entonces, la posición en la que uno trabajaba era de puro contorsionista. De ahí vinieron mis dolores en la espalda, en el brazo, en el hombro, en el cuello. Y todavía los tengo.

FINALMENTE

A pesar de todo creo que ha sido una experiencia muy positiva. A nivel personal y a nivel profesional.

Eso de valorar lo poco que se tiene, de aprender a convivir y aprender a aprender, de aprender a entender cómo piensa y cómo actúa la gente campesina, es como conocer otro mundo.

CON MONSERRATE A MIS ESPALDAS

Bogotá está custodiada al oriente por dos enormes cerros: Monserrate y Guadalupe. Ambos se encuentran como a 500 metros de altura sobre la ciudad. Ambos son de un verde profundo en invierno y ambos reverberan con los incendios forestales en verano.

Yo he subido unas pocas veces en la vida. La última vez que fui a Monserrate lo hice en teleférico y fue para una comida ofrecida a los empresarios, en un lujoso restaurante que existe en la cima del cerro. Como era de noche, por las ventanas se veía la ciudad como un mar de luces incandescentes. La cena fue ofrecida para recaudar fondos por el programa de los Derechos de los Niños para el cual trabajé unos pocos meses, coordinado por Unicef y la Secretaría de Integración Social de Bogotá.

A Guadalupe, en cambio, siempre he ido por la carretera que conduce a Choachí pues no tiene camino peatonal. El trayecto a Guadalupe es menos empinado por lo que muchos ciclistas lo utilizan para entrenarse, exponiéndose, eso sí, al robo de sus bicicletas.

Pero ese domingo no subí por voluntad propia a Monserrate. Me tocó subir; y todo como parte de una promesa hecha por mi hija Ángela que necesitaba obtener un cuatro (4) en contabilidad, una de las materias de la carrera de Administración de Empresas que cursaba en la Universidad de Los Andes. Como a ella le daba miedo (y aburrimiento) ir sola, porque obviamente la subida era caminando, anexó a su papá en la búsqueda del milagrito.

Sacar cuatro (4) en un examen final para tener un promedio global de 3.4 que incluyera todas las materias, implicaba ciertamente un milagro pues su profesora Penélope era de las que todavía pregonaba que el 5 es para el autor del libro, el 4 para el profesor y los alumnos sacaban de ahí para abajo, lo cual armonizaba a las mil maravillas con aquél estribillo de que entre más alumnos “raje”, mejor profesor será.

Las reflexiones pedagógicas sobre si realmente los brutos eran los alumnos o el profesor, no se me vinieron a la cabeza sino mucho tiempo después. Ese domingo empecé el recorrido comentándole a Ángela, que mi abuela había contribuido a la construcción del templo que se encontraba en la cúspide de la montaña, subiendo de rodillas con un ladrillo en cada mano para cumplir con no sé qué promesa.

Lo que no le quise contar era la noticia que había leído la anterior semana. Un grupo como de 20 Boys Scouts habían sido asaltados en el mismo y único camino que estamos transitando. Ciertamente se habían aventurado un sábado y no un domingo, cuando la romería es multitudinaria. Su veterano e imprudente guía resolvió salir a la defensa de su rebaño, sacando un revólver, consiguiendo que el grupo de ladrones le disparara hiriéndolo de muerte.

Ángela subió como una pluma pero en cambio yo, a los pocos minutos tenía que hacer paradas intermitentes para oxigenarme. A pesar de que el camino es bastante rústico y

empinado, cuando se miraba hacia abajo o para los lados, el paisaje era tan soberbio que bien valía la pena el esfuerzo. Paradójicamente el mayor peligro consistía en esquivar a los otros escaladores unos porque iban muy lentos y otros porque lo hacían muy rápido.

Y llegamos. Los alrededores de la iglesia parecen un mercado Persa. Venden de toda tipo de artesanías, eso sí, a cual “pior” de mal gusto. Los numerosos almacenes se entremezclan con algunos pequeños sitios donde venden galguerías. Son tantos locales que el área se convierte en una especie de galería alterna a la propia iglesia.

También miramos por un telescopio que se activa con monedas. Desde allí resulta divertido jugar a encontrar la autopista del Aeropuerto El Dorado, el edificio de Avianca, el parque de El Salitre y obviamente la Universidad de Los Andes, cuyo edificio del área administrativa, donde había que ir a matricularse para el siguiente semestre, si se obtenía el anhelado promedio, había sido una fábrica de chocolate. Lógicamente se hacía aún más evidente la validez de su logotipo: una cabra, pues para ir a cualquier de sus salones era necesario subir montones de escaleras.

La iglesia alojaba al Señor Caído y su alucinante impacto se encontraba en un área ubicada debajo del altar la cual se encontraba llena de pequeñas placas rectangulares (20x30?) de mármol con los agradecimientos respectivos:

La familia Duarte agradece al Señor Caído por la curación de la epilepsia a nuestro hijo Juan. Febrero de 1995.

Las placas, a su vez, se entretejían con decenas de muletas.

Al salir, no podía faltar el almacén de artículos religiosos, donde después de mirar y mirar, terminamos por comprar un pequeña calcomanía que nunca supe dónde fue a parar.

Y descendidos pero no a pío (eso había quedado claro en la promesa) sino en funicular, que viaja ya no por cables como el teleférico, sino como un tren, pegado a la tierra y con una inclinación de fácilmente 70 grados.

Ya en la calle, compramos un algodón de azúcar y nos untamos de rojo todas las mejillas.

Y esperamos.

Una semana antes Ángela había ido a hablar con la profesora Penélope para ver si le subía unos puntos a la calificación de su segundo parcial, lo que era más que justificado, pero nada. No aceptó.

Cuando llegó el día que publicaron las notas, Ángela se dirigió casi en cámara lenta a la cartelera y resignada buscó su nota. Era tal su tensión que no vio su nombre; sin embargo, respiró profundo y se buscó nuevamente.

Había sacado 4,2

LA UNIVERSIDAD

CHITA

En uno de los cierres de la Universidad Nacional me fui para Chita, un pueblito de Boyacá perdido en la mitad de la nada a trabajar en la escuela Normal, donde se preparan para ser maestras rurales las pastorcitas que cuidaban unas pocas ovejas en las veredas circunvecinas. Era la otra Colombia, la de los campesinos paupérrimos, refugiados en pedacitos de tierra que no alcanzan a ser lo suficientemente grandes para siquiera llamarse minifundio y expoliados por los intermediarios que a cambio de monedas les hipotecaban las exiguas cosechas de papa y cebolla desde antes de ser recogidas. Vivían apenas sobreviviendo.

En mis clases de física también tuve que asombrarme. El programa decía que había que enseñar a convertir grados Centígrados en grados Fahrenheit pero cuando lo fui a hacer, me di cuenta que mis alumnos no conocían el termómetro, cuestión que obviamente me obligó a cambiar el objetivo de la clase.

Fuera de mis trabajo no tenía con quién hablar. En el pueblo, el único programa que existía era ir a la misa de las 6 de la tarde, lo que hacía de cuando en cuando para no enloquecerme de soledad. En el matadero solo sacrificaban unos pocos chivos pues no había suficientes compradores ni para una res.

A pesar de sus noches heladas nadie se perdió la película que pasaron en el patio del seminario donde estudiaban los futuros curas que olían a sudor y santidad. Con una sábana montaron el telón y con los asientos del comedor la silletería. Como la máquina era nueva, habían tenido que traer un operario desde 4 horas de viaje. La película era en blanco y negro y se oyó un suspiro de admiración cuando se inició. Se trataba de unos ladrones que intentaban robar un tren. Durante los primeros minutos no se oía ni una mosca, todo el mundo estaba absorto; más o menos a la media hora comenzó a aparecer una toma donde se veía acercar velozmente el tren. Y claro, entre más cerca del lugar donde se encontraba la cámara, más grande se veía la imagen. Cuál no sería mi sorpresa cuando comencé a ver que el público aterrado se paraba de los asientos y comenzaba a correr para no dejarse atropellar de la locomotora. Se rompieron algunas sillas y varias personas quedaron tiradas en el suelo por los empujones de los despavoridos asistentes. Era la primera vez que la mayoría veían una película.

Viví en Chita un año. Me devolví a estudiar en la Universidad Libre, cargando a flor de piel los recuerdos de primera mano vividos en mi estadía por la Colombia desconocida. Unos 10 años más tarde llegó a mi oficina un ex alumno de la Normal. Se trataba de los poquísimos que habían logrado estudiar en la universidad; me mostró un video del pueblito, que para esa época ya casi era un pueblo y me invitó a las Ferias y Fiestas. Gentilmente rechacé la invitación porque por la radio y la televisión sabía que para esa época el orden público de la región estaba difícil. Se lo comenté y él me respondió:

tranquilo, nosotros nos encargamos de contarles a los guerrilleros que usted fue nuestro profesor. Será el orador principal. Muchos lo recuerdan con cariño. Gracias por la invitación, le dije, pero yo soy una gallina y me da miedo ir por allá. Y eso fue todo. Nunca más lo volví a ver.

El 10 de Mayo del 2016 por pura casualidad recibí el periódico ADN, que lo regalan en la calle, donde leí un impactante titular: Chita saliendo de la guerra. El artículo comentaba, cómo el 10 de septiembre del 2003, las Farc habían obligado a un campesino a llevar un caballo bomba hasta el frente del cuartel de policía, que habían regresado a la población recientemente después de un largo auto exilio. Como no amarró el caballo, este caminó lentamente hasta cerca de la plaza de mercado, donde dos desprevenidos habitantes estuvieron tratando de arreglarle la carga que se encontraba desbalanceada y a punto de caerse. Un poco más adelante, en el sitio conocido como La Cadena, explotó: 8 personas muertas y 52 heridas. Recordé, entonces, que yo caminé muchas veces por ese lugar pues era mi recorrido obligado para ir desde la pensión donde dormía hasta el sitio de trabajo. Recordé, entre risas y con nostalgia, el pánico que suscitó la película del tren y mis idas a misa para enfrentar la soledad y mi indignación por la explotación de los campesinos y mi enseñanza del uso de un termómetro. Recordé mucho de la Colombia desconocida que conocí en mi paso por Chita. Pero entendí de primera mano, que la Colombia de los caballos bomba, era para mí otra desconocida.

DE LA UNIVERSIDAD JAVERIANA

En 1970, siendo alumno de noveno semestre de Ingeniería Electrónica en la Universidad Javeriana, en el marco de un paro universitario muy amplio que se desató en muchas universidades de Bogotá a raíz del cierre de carreras de Sociología y Trabajo Social en la Universidad Nacional, también salí “expulsado”, esta vez a través del mecanismo encubridor de no renovación de la matrícula.

Lo sucedido lo recapituló mi hijo en un pequeño artículo (donde me entrevista) que escribió para una “tarea” universitaria de no sé qué materia (se encuentra en mi página web). Creo que se llama: la Huelga en la Javeriana (2012).

Pero la situación que por accidente pude conocer años después, resultó completamente nueva para mí y además con tintes tragicómicos.

Resulta que en el año 2013, un grupo de estudiantes de la Javeriana me invitó a participar en un panel sobre el paro del 70. Habían transcurrido para entonces 43 años.

Al finalizar se me acercó un muchacho que me comentó lo siguiente: “soy alumno de la maestría de Historia y estoy haciendo mi tesis”. Como simultáneamente he estado trabajando para la biblioteca, en una ocasión, al presentarse un cambio en la coordinación, quedó una especie de vacío de funciones y el jefe encargado me dijo: “invéntese qué hacer por estos días”. Y él se fue para los archivos de la universidad. Pues bien, continuó comentándome el alumno: “me encontré con los documentos que el decano de la época le envió al rector de la universidad sobre el paro. Y ahí aparece su reseña”, de la cual pasó a entregarme una fotocopia.

Obviamente la leí con mucha curiosidad y no podía creer.

Inserto a continuación solo algunos segmentos (en total son 37 los reseñados) del informe confidencial.

UNIVERSIDAD JAVERIANA

INGENIERÍA ELECTRÓNICA

Apartado Aéreo 21522- Bogotá 2, D.E

Pág. 1

MEMORANDO

No. 016

De : Rev. Hernando Correa, S. J.

Para : Rev. Alfonso Borrero, S. J.

Ref : ALUMNOS INGENIERÍA ELECTRÓNICA- INFORME CONFIDENCIAL

Fecha : Diciembre 19, 1970

Los siguientes alumnos de la Facultad de Ingeniería Electrónica se consideran los cabecillas del movimiento estudiantil que se declaró abiertamente en contra de las órdenes y directivas emanadas de la Rectoría de la Universidad, después de consultar ampliamente la opinión de los Sres. Decanos de Estudios y Estudiantes, Jefes de Departamentos y demás personas vinculadas estrechamente a la administración de la Javeriana.

Para empezar, presentaré los comentarios sobre algunos otros alumnos.

BARRERA PARRA Carlos Gabriel: Fue el moderador de las Asambleas de estudiantes.

DELGADO PAREDES Tomás: Líder estudiantil, lleno de prejuicios y de ideas profundamente rebeldes. Es considerado como un individuo intelectual que emplea hábilmente tácticas dialécticas y demagógicas Intransigente y orgulloso. Atacó fuertemente a los Jesuitas de quienes recibió su educación en el Colegio y, ahora, en la Universidad.

Aparentemente desbarató y distorsionó la imagen del R.P Rector, ante los participantes en las Asambleas Generales que tuvieron lugar durante la crisis estudiantil.

(Tel. 443715)

SANCHEZ PINEDA Edgar Hernando: Se ha distinguido por su activa participación en grupos disidentes.

GUZMAN POSADA Jorge: Presidía frecuentemente las Asambleas generales.

GARCES MENDOZA Jaime Adolfo: Indiscutiblemente declarado y aceptado por los estudiantes y profesores rebeldes como el LIDER y COORDINADOR del movimiento de la Facultad de Ingeniería Electrónica.

Saboteó continuamente los intentos de dialogo. Fue uno de los organizadores del llamado: “Entierro de la Vieja Universidad”.

(Tel. 351034)

VILLEGAS VILLEGAS Aurelio: Rebelde apasionado.

RODRIGUEZ MORALES José Mauricio: Cauteloso en sus relaciones con las Directivas de la Facultad, critica y protesta “inteligentemente” contra todo.

También se reseñaban algunos profesores:

VELASQUEZ ROBLEDO Arturo: Alumno de la Facultad es también profesor de Tiempo Completo de la misma...

Aunque se le sugirió que presentara renuncia a su cargo de Profesor de Tiempo completo, rehusó hacerlo.

(Tel. 692526)

URIBE Guillermo: Profesor de la Facultad de Ing. Electrónica. Egresado de la misma. Se solidarizó con los Profesores y Estudiantes rebeldes pero jamás admitió el desobedecer una orden recibida del Decano de Estudios, Ing. Rodrigo Mejía, por la cual debía dictar sus clases

Incluso se incluyen algunos estudiantes de teología.

ALONSO Manuel: Estudiante de Teología en las Facultades Eclesiásticas de la Javeriana, No Jesuita. Es responsable, en gran parte, de la ideología “ortodoxa” y bien “documentada” que sostuvo el movimiento hasta “las últimas consecuencias”.

Hasta aquí los ejemplos. Como se puede observar, los comentarios son peyorativos pero no calumniadores, lo que no sucede en mi caso.

.

MARIÑO SOLANO Germán: Agitador profesional. Su historia es ampliamente conocida por las Directivas de la Universidad y de la Facultad. Su nombre aparece varias veces en el Documento Secreto del DAS y en los comunicados expedidos por los Comités de varias Facultades de la Javeriana.

(Tel. 485562)

A mi juicio, los alumnos y profesores incluidos en las páginas 3 a 5, son realmente perturbadores del buen orden de la Universidad y de la facultad de Ingeniería Electrónica.

Sin embargo, su grado de participación en los disturbios de Noviembre fue inferior al de los demás individuos enumerados en este INFORME CONFIDENCIAL.

Me permito someter a su estudio las consideraciones hechas estas páginas, garantizándole absoluto acatamiento a las conclusiones que Ud., considere prudente adoptar. Soy consciente del pleno apoyo suyo en la ejecución de las ordenes que tenga a bien impartirme, lo mismo que de la unidad d criterio y la solidaridad que hoy nos une a todos los Decanos, Jesuitas y seglares, de la Universidad.

De Ud, sinceramente,

Rev. Hernando Correa, S. J.

Decano de Estudiantes

Como se puede ver resulté ser un AGITADOR PROFESIONAL. Lo de agitador, en el contexto del documento no resulta un apelativo utilizado exclusivamente para mí a diferencia de lo PROFESIONAL. ¿Qué significará eso de ser agitador profesional?

Lo que realmente pasa de cómico a preocupante es aquello de los ARCHIVOS SECRETOS DEL DAS.

Yo no era sino un estudiante más que obviamente no poseía en mi haber ningún “mérito” para aparecer en los archivos secretos de nadie.

Ciertamente, si algo muestra las reseñas elaboradas, no es la manipulación por parte de “agitadores profesionales” sino la amplísima participación de estudiantes y profesores de la facultad y aun de muchos de los estudiantes Jesuitas de Teología y Filosofía.

La paranoica visión de las directivas aflora nuevamente en otro documento donde se intenta articular mi asistencia a un par de charlas sobre el denominado MEI (Metodología de la Educación Integral), dictadas por el profesor Carlos Federichi y disque lo planteado en el paro. Poco llegué a entender los metas discursos del MEI y menos aún, su inserción en el paro.

MIS PRIMEROS TRABAJS

CONOCIENDO A UN DESCONOCIDO

En 1975 el Padre Javier de Nicoló me invita a trabajar en el programa Bosconia La Florida, nombre de dos de las varias casas de atención a niños de la calle, también llamados, de una manera entre compasiva y comprensiva: gamines.

Era un modelo pedagógico apasionante. Había roto, por ejemplo, con la tesis imperante de privar de la libertad a los niños, encerrándolos en reformatorios demasiados parecidos a cárceles, para supuestamente tratar de reeducarlos. Era un proyecto educativo de puertas abiertas donde no era fácil ingresar: debía hacerse un recorrido de meses para irse adaptando gradualmente a un nuevo estilo de vida. “No es posible saciar el hambre de una persona en una sola comida; de esa manera lo único que se logra es indigestarlo”, planteaba otra de las consignas.

Precisamente una de mis actividades consistió en evidenciar las estrategias pedagógicas que guiaban el modelo. Todo el programa estaba construido sobre axiomas completamente nuevos. Era un proyecto que había inaugurado un nuevo paradigma educativo. Y obviamente muchas personas de Colombia y Latino América se acercaban a conocerlo.

Mi trabajo no era directamente con los niños sino con los educadores. Con un pequeño equipo me encargaba de hacer los tours pedagógicos los cuales culminaban con una charla conferencias. Guiados por el grupo de educadores que trabajaba en la calle, algunos recorridos se iniciaban a la 12 de la noche, hiendo a visitar los niños en sus camadas. Los acompañábamos a que hicieran su labor: conversaban con ellos, les llevaban comida y los invitaban a que iniciaran el reconocimiento del programa. Había épocas desesperantes en las que se solicitaban dos o tres charlas en un mes. A veces no se daba abasto porque obviamente esa era apenas una de nuestras funciones (por la dispersión-deliberada-de las casas, cada” visita guiada” duraba fácilmente un día). Y como eran personas de fuera de Bogotá (y del país) por los problemas de coordinación de fechas, no se podían concentrar en un solo grupo, por ejemplo.

En 1977, no recuerdo bien el mes, surgió algo especial: una invitación a Medellín a dictar una charla sobre el programa de Nicoló. Me pareció interesante explorar dicha posibilidad porque el impacto se podría multiplicar: el acceso a una nueva perspectiva educativa ya no sería exclusiva de dos o tres personas de una institución sino que podría cobijar a decenas de educadores. La invitación provenía de uno de los asistentes a las charlas en Bogotá. Todo se organizó a través de una llamada telefónica donde se acordó que me enviarían el pasaje. Y me fui un viernes en el primer avión (creo que salía a las 6 de la mañana). Regresaría en el último vuelo de ese mismo día. En Medellín me estaba esperando el chofer de la institución que me trasladó a los alrededores de la ciudad. Era una pequeña finca con una casa grande. No se trataba de la institución misma sino algo así como un

lugar de conferencias. Recuerdo que desde su puerta se divisaba Medellín, con el edificio Coltejer como un emblema surrealista en forma de aguja. Había como unas 15 personas, en su mayoría jóvenes: entre 20 y 30 años. Estaban coordinadas por el educador que había asistido a mi charla de Bogotá al que reconocí sino por el tono amistoso con que me saludó. También se encontraban en sus alrededores como 6 perros San Bernardo, peludos y hermosos, que sin ningún temor se dejaron acariciar. ¿Cómo harán para alimentar semejantes perrotes? Me pregunté. En la sala de la casa había un par de sofás en cuero hermosos que deberían ser costosísimos y no empataban con una casa de campo.

Y dicté mi charla empezando por preguntar cuáles eran las características de los muchachos de la calle de Medellín. La respuesta era predecible: similares aunque el fenómeno no estaba tan extendido. La reunión duró una mañana. Por el costo del traslado bien hubiera valido la pena que me aprovecharan en la tarde. Pero bueno; los educadores estarán llenos de trabajo, pensé. Almorzamos en la finca y al terminar, el chofer me llevó a la oficina de la institución donde me pagarían. Yo había pedido el equivalente a 6 horas de clase en la universidad. Total, con las vueltas en los aeropuertos y el viaje, se me iba un día.

En el cuarto piso de un viejo edificio en el centro de la ciudad, me atendió, después de una espera que estaba poniendo un poco inquieto, un hombre con cara de contador. ¿Cómo quiere que le pague: en cheque o en efectivo? Me dijo. Como vivo en Bogotá, me resulta mejor en efectivo, le contesté. Ah, usted es otro de los que les gusta tirar la piedra y esconder la mano, me interpeló irónicamente. Yo no entendía qué estaba pasando y me costó unos instantes reaccionar: ¿por qué dice eso? Pues porque todos lo que le hacen trabajos a Pablito, Don Pablo, quieren que les paguen pero sin que nadie sepa. Continué perplejo. Lo único que se me ocurrió preguntar fue: ¿Pablito? Si Pablo Escobar; no se me haga el pendejo. Y eso fue todo. No me quiso pagar en efectivo y me vine con el cheque para Bogotá.

¿Quién es Pablo Escobar?, me preguntaba en el avión. ¿Por qué dice que escondo la mano? Ya en Bogotá comencé a indagar por el tal Pablito. La gente cercana a mí, no lo conocía. Hasta que me encontré con un amigo que había vivido muchos años en Medellín: ese es un traficante de droga, me dijo. Lo raro del asunto es que hace muchas obras sociales. Ha construido montones de canchas de fútbol en los barrios populares y tiene un proyecto que se llama Medellín sin tugurios. Quedé mudo. Obviamente no le comenté mi historia. No sabía qué hacer. Entonces cogí el cheque y lo rompí primero en dos pedazos pero después en pedacitos pequeños. Como no se me ocurría donde votarlos, al final resolví quemarlos. Quizá estaba tratando de exorcizarme.

En 1980 la revista Forbes declaró a Pablo Escobar como uno de los hombres más ricos del mundo. En 1982 fue Representante a la Cámara. En Abril de 1983, la revista SEMANA publicó un artículo denominado ¿El Robín Hood Paisa?: Pablo Escobar: el capo de capos.

HOMENAJE A JAVIER DE NICOLÓ

RELANZAMIENTO DEL LIBRO MUSARAÑAS*

Germán Mariño.

Bogotá, 19 de Noviembre del 2009

Estamos aquí haciendo el relanzamiento (segunda edición) del libro Musarañas el cual fue editado en 1981, es decir, hace 29 años.

¿Qué significado tiene ese libro en nuestros días?

Para empezar, habría que aclarar que el libro incluye tanto Musarañas (I) como Musarañas (II), este último escrito en el año 2000.

Muchas cosas han pasado en el mundo de los muchachos de la calle en tanto tiempo, reconocimiento que expresa precisamente la edición de Musarañas (II).

¿Por qué, entonces, relanzar los dos (2) Musarañas?

La reedición de los Musarañas no sólo se justifica por su valor histórico; simultáneamente poseen una enorme vigencia. Musarañas (I) representa ni más ni menos que el manifiesto de un nuevo paradigma en el campo de la resocialización. Un nuevo paradigma que aún en nuestros días continúa siendo válido.

Ahora bien, ambos Musaraña (I y II), tienen un autor central: Javier de Nicoló. Por eso es completamente cierto afirmar que Nicoló es el generador del nuevo paradigma.

Obviamente fue necesario el apoyo de centenares de personas que como yo, tuvimos el privilegio de trabajar junto a él y que simultáneamente aportamos “granitos de arena” a esa verdadera locomotora de ideas que se llama Nicoló. Allí nos encontramos no sólo los coautores de Musarañas (Irenarco Ardila, Camilo Castrellón, Helena Gutiérrez, Clara Eugenia Sánchez, Vicente Chaparro....) sino educadores y educadoras, artistas plásticos,

técnicos (impresores, soldadores, agricultores...), administradores (Héctor León....), ex "gamines", sacerdotes Salesianos (Vacaro, Alfredo Gómez, Jaime García, Arturo Zarate...), monjas de diversas comunidades (las Bedrunas....), músicos....etc. Todo un contingente de personas que trabajaron por construir un modelo cuyo desafío consistía en plasmar el nuevo paradigma.

En Musarañas (I) aparecen dos anexos muy clarificadores: el primero es un escrito mío que se denomina "163 rupturas con los modelos clásicos de reeducación". El segundo, es el "Libro de Consignas". Ambos, creo, expresan de manera sintética las características del nuevo paradigma.

Pero es indispensable aclarar que cuando muchos llegamos al Programa de Nicolás, el anterior andamiaje conceptual se encontraba ya construido. Era el resultado del batallar de Nicolás por casi dos décadas.

Las características del nuevo paradigma son múltiples y no deseo extenderme. Solo haré alusión a uno de ellos: la libertad. Para conocer los otros remito justamente a los libros y particularmente a los anexos señalados.

Cuando Nicolás era capellán de la "30" (verdadera cárcel de menores en la época), entendió rápidamente que sin libertad era imposible un cambio. Por eso crea un Programa de "puertas abiertas", donde, como reza una de las consignas: "es muy difícil entrar pero es muy fácil salir", invirtiendo por completo los axiomas de las estrategias de resocialización.

"Privar a un muchacho de la calle de su libertad, es graduar prematuramente un delincuente", dice otra de las consignas.

Hoy en día la libertad es un requisito sino quanon que nadie discute pero "vender la idea" en 1970 era cosas de locos.

Establecer la libertad en el campo de resocialización es análogo, guardadas las proporciones, a postular que la tierra no es el centro del universo. Implica una verdadera revolución teórica.

Sin embargo Nicolás no sólo es un filósofo de la nueva educación. Es además y por sobre todo, un educador.

No se detuvo en reformular los axiomas; se lanzó a construir un proyecto concreto para volver realidad los sueños. Ya hubiese sido relevante haber hecho los replanteamientos. Pero no, su personalidad y su carisma sacerdotal Salesiano lo hacían ser fundamentalmente un hombre de hechos que tenía que operacionalizar su discurso.

Basta con analizar su estrategia global; parte de la Operación Amistad, donde simplemente se hace amigo de los muchachos y poco a poco va adelantando una “desadaptación gradual”, hasta integrar a los muchachos al mundo de la producción, convirtiendo el trabajo es uno de los ejes centrales de su metodología. Pero su modelo es integral: de ahí que se extienda desde el mundo afectivo hasta el manejo del ambiente. No en vano dice que para evaluar un proyecto educativo lo primero que hay que conocer son los baños y la cocina.

Su modelo educativo ha sido replicado en muchos países de América Latina (cuando se enteraba, simplemente comentaba: un modelo es bueno sino merece ser copiado). Desafortunadamente, en muchos sitios son copias mecánicas, sin recontextualizaciones que en lugar de gestar enriquecimiento del modelo, lo empobrecen.

De otra parte, Nicolás fue capaz de ir cambiando con la época. La prueba más contundente es que fue abriendo diferentes frentes de trabajo. Empezó con los “Chiquitos” (los gamines), pasó a los “largos” y de ahí a los “Habitantes de la calle” y a los “Pandilleros”. Y para cada subpoblación se ingenió una propuesta “a la medida” (como hacen todos los sastres, dice).

Un filósofo de la nueva educación, un educador y hombre que fue evolucionando al ritmo de su tiempo, es definitivamente una persona excepcional.

Estamos en mora de reconocerlo y difundirlo. El relanzamiento de estos libros se constituye en uno de los primeros pasos.

No vamos a decir que algunas de sus tesis no ha generado polémica. Que todo lo planteado es “monedita de oro”. Son propuestas y apuestas hechas en un mundo extremadamente complejo y desconocido como es el mundo de la calle: algunas han dado en el clavo, otras deben ser mejoradas y otras, por qué no, modificadas.

Sin embargo, los postulados básicos que configuran el nuevo paradigma continúan siendo claves para enfrentar las épocas que se avecinan. Dejarlas de tener en cuenta, olvidarlas, minimizarlas, es un desperdicio absolutamente involutivo.

De ahí que sea necesario analizarlas en profundidad, obviamente no para repetirlas sino para, a partir de su valoración y crítica, re crearlas.

Es ese el compromiso de las nuevas generaciones.

¡Ahí les queda el libro!

¡Ahí les queda el desafío!

TRES HERMANOS

Eran tres hermanos: Álvaro, Pilar y Oscar. Álvaro y Pilar, que eran los más grandes, fueron alumnos míos aunque no durante el mismo año. Álvaro era alto, fornido y callado. Pilar, delgada y hermosa; su piel era color caramelo y sus facciones perfectas.

Vivían en una casona a tres o cuatro cuadras del colegio. La había alquilado su mamá para que no tuvieran que emplear tiempo en desplazarse de la casa al colegio. Medida sensata que además, permitía ahorrar los costos del bus, cifra nada despreciable pues se trataba de tres hijos.

Cuando el dueño y rector del colegio se le ocurrió un trabajo descocado, realizar mil preguntas sobre un objeto, de manera indirecta traté de disuadir a los alumnos para que no la tomaran muy en serio. Entendía que la idea de fondo (lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones) era interesante pero a Marx no se le hubiera ocurrido ponerla como un ejercicio para hacer en casa. Me parecía que evidenciar la complejidad de lo concreto con una veintena de preguntas era más que suficiente. Sin embargo, Pilar se obstinó en culminarla. Fue la única del curso que hizo las mil preguntas, cuestión que hablaba de ella como alguien que de verdad se empeñaba en sacar adelante una tarea.

La mamá se había separado del padre de sus hijos, un hombre adinerado creo que de Cali. Su compañero actual era René García, uno de los curas fundadores del grupo Golconda, alto y espigado como un poste de luz. Golconda representaba el ala dura de la teología de la liberación. Recuerdo haberlo conocido en alguna reunión de padres de familia. Murió relativamente joven creo que de cáncer en los huesos.

En mis clases estudiábamos materialismo histórico, guiados por un escueto manual elaborado en Chile por Marta Harneker durante la época de Allende. La lectura científica de la sociedad dejaba al desnudo el andamiaje despiadado del capitalismo. El manual venía desagregado como 7 fascículos difíciles de conseguir del que había logrado tener varias colecciones que yo atesoraba y prestaba a los alumnos como material de lectura. También leíamos Los bienes terrenales del hombre, de Leo Huberman, que de manera casi novelada narraba la desaparición del feudalismo. También enseñé cálculo diferencial e integral pero explicando pormenorizadamente sus orígenes, producto de mi profundización en la historia de la ciencias. En física, trabajé el libro sobre Einstein: La física historia del pensamiento. Recuerdo que Alvaro era juicioso pero Pilar era una alumna dedicada y participada con entusiasmo en las discusiones y los experimentos.

Pilar y Álvaro se graduaron y yo salí a trabajar en otro colegio. Unos años más tarde, hacia finales del año 79, me fui a Nicaragua a colaborar en la Cruzada de Alfabetización de la naciente revolución Sandinista. Oscar continuó estudiando y un tiempo después obtuvo su

título de bachiller. Pilar entró a estudiar a la universidad no sé qué carrera. Álvaro se fue para Miami. Su papá lo encarretó para que se hiciera piloto de autos de carreras donde no tuvo mayor suerte. Pilar fue presentadora del noticiero de televisión Cinevisión en 1985.

Por televisión me enteré que Oscar, por ese entonces militante del M-19, murió en el ataque al Batallón Cisneros de Armenia. Después de lo que le sucedió comencé a seguir por los medios cuanta noticia aparecía sobre ellos. Fue entonces cuando supe que la situación de Pilar se complicó, pues el seguimiento y el asedio del ejército eran permanentes. De ahí que decidiera trasladarse a vivir a Ciudad Bolívar, Venezuela, donde su mamá había sido nombrada cónsul. En el ambiente de la época toda la intelectualidad respiraba simpatías por la lucha armada, la cual era, en el imaginario social de esos años, una especie de Robin Hood: su bandera enarbolaba la construcción de una nueva sociedad.

Parece que desde que se radicó en ese país, se convirtió en la compañera de Gerardo Quevedo, tercero al mando del M, encargado de las finanzas y de las relaciones internacionales, el cual pasaba la mayor parte del tiempo entre Panamá y Venezuela.

La pareja fue la encargada de negociar la liberación en el secuestro de Camila Michelsen, trabajo que se realizó en Costa Rica donde se entregó una fuerte suma de dinero. Según decían las noticias, ambos volvieron a Colombia y estuvieron unos días en Cali. Al regresar a Bogotá, desaparecieron, encontrando sus cadáveres en una vereda de Santander el 1 de Junio de 1987. Unos meses antes, el padre de Pilar, casualmente había visto el carro en que había viajado con ella, entrar a una estación de policía de Melgar, cuestión que denunció ante la Procuraduría y que fue amañadamente encubierta por la policía a través de una historia inverosímil donde se contaba que el carro había sido encontrado abandonado en no sé qué sitio, lo que supuestamente probaban mostrando la respectiva denuncia. No es posible olvidar que precisamente en Melgar se encuentra Tolemaida, una inmensa base militar. Todo sugería, entonces, que habían sido asesinados por los organismos de seguridad.

Simultáneamente se echó a rodar la “bola” que el propio M-19 los había ajusticiado por quedarse con el dinero del rescate. Carlos Pizarro nunca corroboró la hipótesis. El periódico Voz Proletaria publicó fotos donde los cadáveres aparecían maniatados con lazos, como si hubiesen sido torturados. Todo lo contrario a lo que sostenía la versión oficial. Pilar tenía 28 años.

NICARAGUA, NICARAGÜITA

EL MUNDO AL REVES

Era rectora del colegio de monjas MARY MOUNT, cuando decidimos embarcarnos en los vientos huracanados de la teología de la liberación. Nada hubiera sucedido sino fuera porque estábamos en el colegio bilingüe más “nice” de Bogotá y obviamente la obra de teatro que montamos, donde se hacía una crítica social, no les gustó a los padres de familia. Me llamaron marxista y decidí renunciar. Poco después terminé, siguiendo los pasos de Camilo Torres, vinculada al Ejército de Liberación Nacional (ELN). Nunca disparé un tiro. Fui siempre mensajera y apoyo logístico.

Cuando los Sandinistas se tomaron el poder en Nicaragua, me vinculé al Ministerio de Justicia. Allí me mandaron a dirigir una cárcel de mujeres que queda en Granada, una pequeña población cerca de Managua, la capital. El 90% de las reclusas eran antiguos miembros de la Guardia Nacional donde realizaban labores de sapos, ligados a la inteligencia militar. Se encargaban, por ejemplo, de ubicar, en los barrios donde vivían, casas de seguridad y simpatizantes del Frente (FSLN). Había también algunas acusadas de robos y un par más de asesinatos pasionales. En total sumaban 47.

Para manejar la cárcel, tenía a mi cargo media docena de milicianas adscritas al ejército Sandinista, jóvenes luchadoras que habían participado en la guerra contra Somoza. Casi todas podían exhibir cicatrices de tortura o de balas; algunas, incluso, poseían testimonios de las dos. Muchachas verracas y comprometidas. Todas eran, además, solteras.

Para mí no fue nada fácil porque no poseía experiencia en esas labores. Teníamos variados problemas. Uno de ellos era la infraestructura pues la planta física era una pequeña mansión familiar abandonada por sus antiguos dueños que habían huido despavoridos, con unas adecuaciones precarias en muros y puertas.

Los recursos eran escasos. La comida apenas alcanzaba y en ocasiones debimos disminuir nuestras raciones para que las presas no pasaran hambre. Todo lo anterior implicaba diseñar una planeación minuciosa y sacrificios por parte de las milicianas; por ejemplo, era necesario aumentar sus jornadas de trabajo si alguna de sus compañeras se enfermaba. Cuando el calor era infernal, trasladábamos un par de ventiladores del cuarto de vigilancia, donde dormían las milicianas, a los salones de las reclusas. Yo leía a Foucault (Vigilar y Castigar) y sostenía con las muchachas largas conversaciones para conocer sus inquietudes y alentarlas. Mi experiencia como directora del colegio y de la comunidad de monjas que lo regentábamos, me daba muchos elementos. Había que cohesionar al grupo y mostrar que el apoyo mutuo y la comprensión, permitían sobrellevar las vicisitudes de la resocialización en la construcción de un nuevo país.

Una mañana me desperté y al ver lo sucedido quedé estupefacta. No podía dar crédito a lo que me mostraba la realidad cada vez con mayor claridad. Me movilicé por todos los recintos haciendo un veloz inventario de lo acaído. Se habían volado. Todas. Todas se habían volado. No quedaba ninguna. Las milicianas habían decidido desertar en masa. Únicamente quedaba yo y las 47 reclusas.

¿POR QUE PERDIERON LOS SANDINISTAS LAS ELECCIONES?

1990

El pueblo no votó contra los sandinistas; votó contra la guerra y el hambre que le había impuesto el ejército somocista llamado por Reagan "los luchadores de la libertad". Votó contra la contra. Eso es obvio.

Pero a estas alturas no es suficiente conocer la causa. Se hace imperioso indagar sobre si hubiera sido posible derrotar a la guerra y por consiguiente haber obtenido el triunfo en las elecciones.

Lógicamente tan compleja tarea desborda un artículo escrito al calor de los acontecimientos y además, no puede ser construida sino por la conjugación de múltiples variables. Pretender agotarla desde un solo ángulo sería absolutamente simplista. Esa no es nuestra intención. Solo pretendemos comenzar a proponer elementos para el análisis.

Explicitadas las limitaciones lanzamos ahora sí nuestra hipótesis: Los Sandinistas perdieron la guerra porque la ganaron demasiado tarde... Y la ganaron demasiado tarde porque a los jóvenes dirigentes, básicamente de mandos medios, les faltó trabajar con creatividad y autonomía.

Vayamos por partes.

Los sandinistas ganaron la guerra. Derrotaron militar y políticamente a la contra. Los campesinos que lentamente engrosaron las filas de la contra (la hicieron pasar de 4000 hombres a cerca de 1500 en pocos años) y que en su mayoría fueron secuestrados a punta de terror (si no se alistaban mataban a sus familiares), por medidas como la Reforma Agraria, pero sobre todo por la política de paz del Frente, dejaron sin base social a la contra. De otra parte, en los últimos años, los Sandinistas dismantelaron hasta los propios campamentos que estos tenían en Honduras.

Los Sandinistas ganaron la guerra... pero la ganaron demasiado tarde. Y aunque soy un analfabeta en asuntos bélicos, por los mismos periódicos y revistas se vio claro que la comenzaron a ganar cuando dismantelaron los BIR (Batallones de la Infantería de Reserva) y los cambiaron por los BLI (Batallones de Lucha Irregular).

Los BIR les costaron cerca de 40.000 muertos porque era una estructura de organización clásica, mientras que la contra desde el principio se estructuró con los principios de guerra de guerrillas. Los BIR, formados por voluntarios que pasaban solo unos 6 meses en el ejército y moviéndose con la lógica de un ejército regular, fueron demolidos.

Con los BLI la situación cambió. Eran jóvenes que prestaban su servicio militar y que permanecían cerca de 2 años. Y lo más importante: eran batallones de lucha irregular. Lo que los Sandinistas sabían hacer.

Pero el error les costó demasiado caro. El pueblo, que ya había ofrecido 30.000 vidas para la toma del poder tuvo que aportar otras 30.000 para vencer a la contra. Una familia estaba dispuesta a sacrificar un hijo y dos, pero no todos.

La prueba es que en las elecciones pasadas los Sandinistas ganaron.

Y estos errores no se cometieron solamente en la Defensa. Se dieron a todos los niveles: en educación, en economía, en salud, en vivienda.

En educación, la situación fue también impactante. La Cruzada de alfabetización enseñó a leer y escribir a 400.000 adultos pero para su continuidad se diseñó un modelo de educación formal que entre otras implicaba la asistencia a la escuela dos horas diarias, durante diez meses al año, el cual trajo como consecuencia que al final de la primaria (5 años más tarde), únicamente terminaran 4.000; es decir, el uno por mil.

Y qué pasó en la Costa Atlántica con las minorías étnicas. Solo al final Tomás Borges logra entender el problema haciendo la propuesta de un respetuoso experimento. Pero solo al final.

¿Y las organizaciones de masas? Los CDS (Comités de Defensa Sandinista) existentes en cada cuadra, pasaron, de estar llenos de vecinos en sus reuniones, a quedar desolados porque se convirtieron en correas de transmisión del Partido y no en caja de resonancia de las inquietudes de los pobladores contra la especulación, los problemas de transporte...etc. Solo al final Omar Cabezas se convirtió en el primer crítico del modelo existente, poniéndose al frente del descontento. Pero solo al final.

Solo al final también se replantearon la política económica, la política de reforma agraria... solo al final.

Ahora bien, y aquí viene la segunda parte de la hipótesis. ¿Por qué solo al final? Ciertamente todos estaban "estrenando revolución".

Pero las anteriores circunstancias, que deberían haberlos llevando de angustia y lanzado en búsqueda de nuevas alternativas, se minimizaron por la asesoría cubana, los cuales - con las mejores intenciones posibles- los condujeron a que replicaran mecánicamente el modelo que a ellos les había funcionado.

Como no existían antecedentes distintos al cubano, las respuestas había que buscarlas en ellos. Y es apenas lógico que se aprenda de los otros; lo que resulta catastrófico en que el lugar de tomar lo otro como punto de referencia para enriquecerme, terminé copiándolo.

Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar, decía: En América, o inventamos o erramos. Y los Sandinistas no inventaron. Les dio miedo crear. Era más fácil aplicar las fórmulas que soñarlas.

En esto influyó mucho el que hubieran sido tan jóvenes. La mayoría de los cuadros lo eran. Y los hubo de dos tipos: los que comenzaron a refutar la aplicación mecánica del modelo cubano y los que por miedo a pensar con su propia cabeza (el miedo a la libertad del que nos habla Ana Aren) se plegaron incondicionalmente. Desafortunadamente los primeros fueron en su mayoría marginados. En lugar de valorarlos, los estigmatizaron en aras de la disciplina, destruyendo de esta manera la instancia verdaderamente autocrítica al interior del mismo aparato partidario.

La revolución cubana era un punto obligatorio de referencia pero fueron circunstancias muy diferentes. Bahía Cochinos duró solo una semana; ¿por qué, entonces, creer que el modelo de un ejército que no tuvo contrarrevolución podía servir a Nicaragua? Los cubanos hicieron una campaña de alfabetización gigantesca y le dieron continuidad con un modelo de escuela formal que les ha dado enormes resultados cuantitativos, a punto de que en Cuba la lucha ya no es contra el analfabetismo sino porque todo el mundo tenga su primaria. Pero en Cuba, no hubo guerra y la contra no buscaba los maestros populares para quitarles la cabeza y colgarla en el centro de la placita del caserío.

No hubo, pues, en los Sandinistas, un desarrollo autónomo y creativo. Y no fue manipulación de los cubanos, fue falta de audacia de los Sandinistas. Fue miedo a inventar.

Ciertamente, aunque demasiado tarde, las cosas se comenzaron a replantear. Los cubanos, asustados por encontrarse de sopetón con una América Latina completamente desconocida, comenzaron discretamente a renunciar a su influencia, entendiendo que de verdad iban era a colaborar y no a orientar; y los "nicas", ante la crisis, resucitaron nuevamente sus agallas y comenzaron a pensar con su propia cabeza.

¿Todo fue demasiado tarde? Por lo menos lo fue para enfrentarse a las elecciones que acababan de pasar.

OLOR Y HORROR

Llegué a Nicaragua a mediados de Septiembre de 1979. La toma del poder por parte de los Sandinistas se había realizado el 19 de Julio de ese mismo año, es decir, tan sólo dos meses antes.

El chofer que nos enviaron del Ministerio de Educación a recogernos era muy hablador. Parecía una cotorra; por momentos, prefería no oírlo y miraba por la ventanilla: por ella iban desfilando algunas pocas casas semidestruidas sin techos y huellas negras de los incendios, muros blancos con perforaciones de balas, paredes con consignas como “patria o muerte” pintadas de rojo y negro, los colores de la bandera del Frente Sandinista y gente caribeña, mucha gente, que caminaba sin prisa. Nos contó de su familia, de las dificultades del transporte, de la escases de algunos alimentos y obviamente, de la guerra. Una frase se me quedó grabada de toda su deshilvanada narración: en Nicaragua, dijo: todavía” la tierra huele a sangre”.

Unas par de semanas más tarde los compañeros del Ministerio nos ayudaron a conseguir una casa (éramos 4). Quedaba en las afueras de Managua y para ir debíamos tomar un camioncito que hacía la ruta por la carretera sur. Lo esperábamos en la plaza de mercado Israel Levites, el nombre de un muchacho muerto en combate. Como había que competir con todas las personas que querían subirse, era necesario ubicarse en una acera donde no existía un milímetro de sombra. Yo había vivido toda mi vida en tierra fría y en ese calor, en algunos meses insoportable, sudaba a mares; sentía que me iba a derretir. Me pasaba la mano por la frente y no solo caían chorros de agua sino que tenía la sensación que bien pronto el sudor vendría mezclado con pedazos de piel.

Cuando llegábamos temprano al mercado podíamos comprar alguna fruta. Mi preferida era la papaya. Me encantaba su sabor. Pedía que me dejaran hundirle un cuchillo porque el color no siempre era el indicador más adecuado. En cambio, la fuerza que debía ejercer para penetrarla, me permitía identificar su grado de madurez. Únicamente me animaba a comprar una tajada la cual consumía inmediatamente porque llevarme la papaya entera era difícil por su tamaño y porque siempre me encontraba cargado de papeles del trabajo y había que irse parado; no existían asientos y además, no era fácil encontrar dónde sujetarse.

En algunas pocas ocasiones llegaban amigos a la casa. Por lo general eran jóvenes colombianos que habían participado en la revolución nicaragüense. Hablábamos sobre todo de política. Básicamente les solicitábamos su visión sobre la coyuntura. Nos interesaba mucho conocer su punto de vista. Todos los pocos conocidos murieron unos meses más tarde cuando el M 19 desembarcó en el río Mira, en el departamento del Chocó. Allí el ejército los encajonó entre el mar y la selva y los acabó.

Una tarde, después de saborear unos espaguetis hechos en casa a los cuales se les agregaron dos latas de atún, lo que le daba un sabor especial, nos pusimos a contar anécdotas. Uno de ellos, que se encontraba en el embrionario ejército Sandinista, comentaba que el comandante del cuartel donde estaba, se preocupaba mucho por mantener en alto el espíritu de sus soldados, lo que lo conducía a izar la bandera varias veces al día, lo mismo que a entonar himnos y corear consignas tan fuertemente que por momentos le parecía que se le iban a romper los tímpanos de los oídos. Su efervescencia se convirtió en patriotismo cuando empezaron las discusiones sobre el archipiélago de San Andrés y Providencia, actualmente de Colombia. Nicaragua lo reclamaba por encontrarse ubicado a poquísimos kilómetros de su costa y porque el presidente que había firmado la sesión de las islas, se había tomado el poder mediante un golpe de estado.

El comandante, para dar salida a tal exaltación, una tarde hizo formar a todo el regimiento y dio instrucciones de que a su orden, dieran un paso al frente mientras se vociferaba a todo pulmón: San Andrés es nuestro. Griten tan fuerte que los oigan en San Andrés, decía. Nuestro amigo colombiano, desconcertado, inicialmente no sabía qué hacer. Finalmente resolvió, muy sabiamente comentábamos después, dar un paso al frente y gritar: San Andrés es nuestro.

A continuación intervino Alejandro. Su anécdota inmediatamente me recordó la sentencia del chofer que nos recibió el primer día en el aeropuerto: en Nicaragua todavía “la tierra huele a sangre “. La frasecita, que al principio me impactó enormemente, en ese momento me tenía sin cuidado, porque desde los primeros días de mi estadía me di cuenta que todos los “nicas”, quizá por la herencia de Rubén Darío, son medio poetas. Creía, entonces, que no era más que una licencia literaria.

La guerra nicaragüense fue fundamentalmente una guerra de guerrillas donde, por definición, los combatientes se desplazan permanentemente. La estrategia es golpear y retirarse. Nadie se encuentra interesado en permanecer en un único lugar durante mucho tiempo. Existió, sin embargo, un lugar donde se libró una guerra de posiciones, en la cual, como su nombre lo indica, se trata de defender una posición. Es propia de los ejércitos regulares y se libró por excelencia en las dos últimas guerras mundiales. En Nicaragua se dio en el denominado Frente Sur, el cual poseía una geografía particular. Las tropas Sandinistas se desplazaban desde abajo, del sur del país hacia Managua, la capital, pero en medio de su camino se interponía el inmenso Lago de Nicaragua. Solo existía un pequeño callejón entre el océano y el lago. Si no se pasaba por él, era necesario rodear el lago, pero no existían carreteras ni embarcaciones y entonces, la travesía, llena de posibles emboscadas, se alargaría probablemente meses, tiempo con el cual no contaban los Sandinistas que debían cercar Managua lo más pronto posible. La Guardia Somocista lo tenía muy claro y ancló allí varios de sus mejores destacamentos.

Alejandro fue enviado a una trinchera ubicada cerca de la cima de una colina. Allí literalmente se comía plomo pues la Guardia tenía otras trincheras a corta distancia. Habría, decía Alejandro, unos 300 ó 400 metros entre ellas.

En las últimas horas se había librado un combate que no ganó nadie y que dejó decenas de muertos de lado y lado. Ningún bando mejoró su posición. Sólo quedaron desperdigados cadáveres pues los pocos heridos existentes, cuando intentaban desplazarse hacia las trincheras, eran ultimados por franco tiradores.

Llegó la noche. Todos estaban exhaustos pero no podían dormir porque en el momento menos esperado se podía desatar la balacera. En los días siguientes de cuando en cuando se presentaron escaramuzas con idénticos resultados: nadie avanzaba y lo único palpable eran más y más muertos.

Y los cadáveres comenzaron a descomponerse, proceso que se aceleraba con el intenso sol. Inicialmente se percibía un olor fétido pero únicamente cuando un ventarrón pasaba sobre la trinchera; pero lentamente se fue convirtiendo en algo permanente. Con las horas ya de nada servía taparse la nariz con un pañuelo. El olor era tan intenso que lo penetraba todo. Lo paradójico del caso es que la putrefacción era producida por los cadáveres en general; no por los de Sandinistas ni por los de Guardia. Los cadáveres no admitían ninguna distinción.

La macabra escena se agravó con la llegada de los zopilotes (gallinazos, chulos...), los cuales descendían en manadas y desgarraban los cuerpos, llenando todo el ambiente con el ruido de sus aleteos. Empezaban por los ojos. Alejandro, desesperado, empezó a dispararles pero bien pronto recibió la reprimenda de sus superiores quienes le recordaban que al hacerlo el destello de los disparos facilitaba su ubicación por parte de la Guardia y que las municiones eran para la lucha, que no las despilfarrara pues ellas podían salvarle la vida. De todos modos, al morir los zopilotes, lo único que se lograba era que se acumulara más carne para el hedor.

Tampoco era fácil comer pues la situación no solo generaba un sentimiento mezclado de rabia e impotencia; también generaba vómito, el cual dejaba un profundo sabor amargo en la boca.

Una mañana, cuando ya la colina se había convertido en un monumento a la indignidad humana, comenzó a correr la voz de alguien que por la radio había escuchado que la noche anterior Somoza había abandonado el país, lo que casi inmediatamente y sin que se dieran cuenta los Sandinistas, hizo que la Guardia Nacional no sólo se replegara sino se dispersara, mezclándose más tarde con la población civil. Ya se podían enterrar los muertos. Los Sandinistas habían derrocado la dinastía.

De todos modos: ¡toda la tierra olía a sangre!

SER O NO SER

Hace cerca de 20 años que Eduardo no iba a Managua. Participaría en un Congreso convocado por el CEAAL (Consejo de Educación de Adultos para América Latina). Recién el triunfo de la revolución Sandinista estuvo viviendo en Managua casi dos años y estuvo más o menos un mes todos los años desde el 81 hasta el 89.

Todo el tiempo trabajó en el Ministerio de Educación, cuestión que nadie le creía. Incluso sus estadías mensuales formaban parte de una asesoría financiada por la UNESCO. Cuando en una conversación alguien preguntaba por su trabajo, al responder, los amigos se reían con una sorna cómplice y los extraños, rápidamente iban tomando distancias físicas prudentes. Fueron épocas donde la represión en Colombia era una cosa masiva y sucia. Mucho más que ahora. Por eso, cada vez que regresaba, “botaba” el pasaporte porque en uno nuevo no aparecían los sellos de entradas anteriores. Total, todavía no eran tiempos donde en los computadores se guarda exhaustivamente la historia de los individuos; o por lo menos eso pensaba.

Como siempre, el avión llegó hacia las 6 de la tarde a Managua. Era el único vuelo de COPA que partía de Bogotá. Todavía existía COPA, Compañía Panameña de Aviación. Despegaba a las 6 de la mañana y no alcanzaba a gastar una hora hasta Panamá, lo que hacía necesario permanecer en el aeropuerto casi todo el día. La espera era poco grata porque en la tiendas del Duty Free sólo se veían relojes Rolex de \$5.000 dólares y botellas de Whisky. Al sobrevolar Managua alcanzó a ver el contorno del Lago e incluso la silueta del Hotel Inter Continental, ese tronco de pirámide que se convirtió en una especie de emblema embrujado de la ciudad porque fue casi el único edificio que sobrevivió al gran terremoto.

Como siempre, hacía un calor pegajoso. Las cabinas donde se chequean los pasaportes continuaban siendo esos cajones donde los funcionarios de extranjería parecían escondidos en una caverna, producto de las inercias paranoicas heredadas de los asesores cubanos.

A la salida, alguien que portaba un letrero con su nombre y la sigla del CEAAL lo condujo al hotel. Era sobrio, modesto. Nuevo para él. Allí se encontró con viejos conocidos. Se pusieron al día y recordaron épocas vividas, con algunos, hasta en la misma Nicaragua Sandinista, muy distinta a la actual, donde Daniel Ortega ha sido presidente por 4 periodos, tres de ellos consecutivos. El revolucionario reproduciendo a Somoza el dictador. Una nueva dinastía de sátrapas.

Eduardo llegó con un día de adelanto para poder “recoger los pasos”. Quería aprovechar su estadía para revivir algunos momentos de su vida. Por eso, a la mañana siguiente, después de desayunar, alquiló un taxi por horas.

Y se fue para Monte Fresco el cual queda en las afueras de Managua, por la carretera Sur. Para llegar debe ascenderse unos 200 metros, lo que sumado a su ubicación en una pequeña montaña lo hace fresco. Por algo se llama como se llama. Iba hacia la Escuela de Altos Estudios de Administración, que en la era Somocista representaba la Flor y Nata de las universidades: sólo profesores de Harvard, sólo postgrados y para toda Centro América. Obviamente, las clases eran en inglés. Sus prados parecían canchas de golf: verdes, perfectamente podados y enormes.

Eduardo se dirigió a una casa que colinda con la universidad y que forma parte de un pequeño conjunto campestre. Hizo parar el taxi como una cuadra de distancia porque no le parecía que tuviera sentido entrar. La casa es muy gringa; está construida con tablas que imitan ser de madera aunque realmente son de plástico; un solo piso y ventanales que llegan hasta una cuarta del suelo. También tiene un porche con sillas y una hamaca, quizá el único toque autóctono de la casa. A su lado izquierdo, anexado pero totalmente independiente, existe un pequeño apartamento de una alcoba que era el que había alquilado Teresa y donde Eduardo fue una mañana a conversar de asuntos espinosos alrededor de un café y unas tostadas a la francesa, que entre otras cosas nunca había comido y de las cuales desde aquél desayuno comenzó a venerar, tanto, que hasta aprendió a prepararlas. Curiosamente, por una jugada del inconsciente las había pedido en el desayuno de esa mañana en el hotel.

A Teresa, Eduardo la había conocido por Marta, una estudiante mexicana que se había alistado como voluntaria en la naciente revolución sandinista. Para financiar su rumba durante varios años había trabajado en el Hospital Universitario de la UNAM (Universidad Nacional de México); tenía mucha experiencia en el uso de microscopios electrónicos, equipos que apenas si estaban comenzando a llegar a Nicaragua. Y era con los laboratoristas del Hospital Central de Managua, donde colaboraba enseñando cómo usarlos.

Marta era alta y atractiva. Y rápidamente se hicieron íntimos con Eduardo. Marta, a su vez, había conocido a Teresa en los comités de solidaridad con Colombia en México. Allí convergían numerosos grupos: independientes, ELN, M-19...

Eduardo resolvió hacerse debajo de un enorme samán, los cuales abundaban en la zona. Siempre había creído que más que Monte Fresco, el lugar debía llamarse el Monte de los Samanes. Esos árboles prehistóricos eran como gigantes adormilados. Su sombra lo cobijaba y disminuía la temperatura; él la necesitaba más que para evadir el sol, para serenarse y ser capaz de recordar lo sucedido. El taxista colocó el aire acondicionado y se echó a dormir una siesta matutina.

Lo estaba esperando, recordó Eduardo que había sido el saludo de Teresa aquella mañana. Ya está listo el desayuno, comamos antes de que enfrie. Únicamente somos nosotros dos.

Unos días antes, Marta había conversado largamente con Teresa sobre el tema y estaba decida a colaborar. Pero no quería presionarlo. Eduardo no tenía la menor idea de qué se trataba el asunto.

La cuestión es muy simple: se trata de manejar una camioneta hasta El Salvador. Manejar?

Y por qué yo?, preguntó Eduardo.

Porque es la única persona de confianza que sabe manejar, tiene pase internacional y además, está disponible; hay que viajar la semana entrante, respondió Teresa. Ni Marta ni yo sabemos manejar, por ejemplo y Mauricio, otro conocido cercano, no estará en Managua hasta dentro de quince días.

Y qué diablos llevaríamos en la camioneta?, preguntó Eduardo.

Cosas importantes, respondió Teresa.

¿Cosas importantes? ¿Cosas importantes? ¿Pero qué cosas?: ¿Documentos?, ¿Personas? Entre menos sepa, mejor, fue lo único que escuchó como respuesta.

¿Y por qué tiene que ir Marta?

Pues porque de esa forma pareceremos una familia: yo, la madre y ustedes dos: mi hijo y su esposa. Hay que construir una fachada que les baje la guardia. Si viaja usted sólo podría ser sospechoso.

Cree que voy hacer un viajecito de esos sin saber qué llevo? Ni huevón que fuera, dijo Eduardo. Necesito saber qué transportaría. No me gustan las cosas a ciegas.

Pues armas, le gritó Teresa alterada. Armas que la guerrilla Colombiana le dona al Frente Farabundo Martí del El Salvador. Si se gana la guerra en Centro América aumentan las posibilidades de que algo similar suceda en Colombia, fue el inicio del discurso que le tenía preparado.

Pero si nos agarran?

No lo harán, ya he realizado el transporte media docena de veces y no ha pasado nada. Nadie se ha dado cuenta. Van bien camufladas. Sólo revisan por encima. A nadie le da por desbaratar la camioneta.

Y cuánto tiempo nos demoraríamos, indagó a continuación Eduardo, tratando de obtener la mayor cantidad de información posible.

Máximo tres días entre ida y vuelta. Cerca de la frontera hay gente que recogerá la mercancía. Para disimular, nos devolveríamos con una carga de artesanías Salvadoreñas.

Eduardo estaba un poco asorado. No sabía qué decir. Y sudaba como si no estuviera en Monte Fresco. No tuvo coraje ni alientos para continuar y entonces decidió concluir la conversación. Ni siquiera había terminado de comerse las tostadas a la francesa. Voy a pensarlo, comentó Eduardo. Voy a pensarlo bien y luego me comunico con usted. Esta noche hablaré con Marta. Al retirarse notó que le temblaban las piernas.

Eduardo comenzó a revivir la noche de la conversación con Marta a punta de ráfagas dispersas; hasta le pareció ver la silueta de la cara de Marta en las sombras del samán. Tenía que ser cara a cara pues se trataba de una cuestión muy íntima y discreta. Quedaron de reunirse en Los Antojitos, un restaurante ubicado al pie del Hotel Inter Continental.

Para rememorar con mayor lucidez lo ocurrido, golpeando la ventanilla de la puerta delantera del taxi despertó al chofer y le pidió que se dirigieran a los Antojitos.

¿Los Antojitos? Eso ya no existe. Lo cerraron hace como dos años, contestó el chofer. Lléveme por lo menos al lugar donde estuvo, pidió Eduardo. Eso tampoco puedo hacerlo. Ahí el suelo se abrió y lo que hay es una grieta enorme. No fue que hubiera temblado la tierra, fue algo con el acueducto. Parece que ahora lo piensan volver a poner en pie.

En ese momento Eduardo se acordó que con Teresa y Marta una noche había ido a comer al restaurante La Terraza. El más prestigioso de Managua y por esos años casi el único. Marta había pagado la cuenta con los dólares que su papá le enviaba frecuentemente. Ella insistió en pedir una botella de vino, cuestión que en esa época era nada menos que un exabrupto. Eduardo no olvidaría que Teresa se saludó con Julio Cortázar, al que había conocido de tiempo atrás. Se encontraba dando una conferencia en el Ministerio de Cultura.

Bien. Bien. Lléveme a La Terraza, dijo Eduardo un poco atropelladamente. ¿Ese todavía existe? Claro que sí; dicen que sigue siendo el mejor de los mejores, comentó el taxista.

*Camino al restaurante La Terraza, Eduardo cayó en cuenta que apenas eran cerca de la 10 de la mañana y como obviamente estaría cerrado resolvió modificar su ruta. Mientras es hora de almorzar, lléveme a la librería de la Universidad Centro Americana, le solicitó al chofer. La UCA, era el centro cultural con mayor actividad que existía. Y no sólo por la posición de los Jesuitas que la regentaban sino por su accequibilidad. El Ministerio de Cultura, que había sido la casa de Somoza, quedaba en una especie de finca; el teatro Rubén Darío era en la Managua destruida por el terremoto y se encontraba en paraje desolado...En la UCA asistió a conferencias de Freire, Lula da Silva, Cortázar, Fray Beto, Benedetti, Montoneros, Tupamaros.....La librería de la UCA de Managua nunca había sido algo despampanante y por desgracia, tampoco lo era en ese instante. Sin embargo, encontró un libro con un título muy sugestivo: *Revoluciones sin revolución*, aludiendo a las frustradas experiencias de Nicaragua, El Salvador y Guatemala. Años atrás había que ir a buscar los libros al Centro Antonio Valdivieso, donde además vendían artesanías de Masaya pero de las provenientes de los talleres asesorados por los cooperantes españoles, que paradójicamente eran más pulidas que las “nativas”.*

Hacia medio día Eduardo llegó al Terraza. El restaurante se encontraba en una casa de clase media que habían adecuado sin hacerle mayores cambios: una pared menos, marquesina en el patio... Estaba igual. Como si el tiempo se hubiera detenido. Claro,

pintada, arreglada...no como en La Habana, donde las construcciones se hallan literalmente como estaban hace 20 años.

Eduardo le dio unos pesos al chofer para que fuera a almorzar y le dijo que lo recogiera en una hora. Entró y mientras miraba la carta, pidió un ron. Ron Flor de Caña; ron de los antiguos ingenios de Somoza. Y se tomó un ron y otro y otro. Lo único que había podido dilucidar a esas alturas era lo que iba a pedir: un lomo a la pimienta con ensalada y papas al vapor.

Cuando estaba realizando el pedido le pareció ver entrar a alguien que inmediatamente lo volvió a ubicar en su tarea. Parecía Augusto Monterroso, el escritor guatemalteco de cuentos cortos, que no sólo ubicaba por sus cuentos sino porque había estado casado con una hermana de Teresa ¿En verdad era él o se trataba de su imaginación? Realmente eso no importa, se dijo a sí mismo Eduardo, preparándose a reconstruir su conversación con Marta.

Con tres tragos encima, Eduardo, cabizbajo y con los ojos clavados en la servilleta, comenzó a proyectar en la cabeza su charla con Marta.

Me pidió que la ayudara a transportar unas armas al Salvador. Empezó diciéndole Eduardo.

Sí; ya lo sabía. Y qué le dijiste?

Pues qué lo iba a pensar. Y qué has pensado?

No lo tengo claro. Debo hacer una especie de balance.

Por una parte, empezó Eduardo su reflexión, uno se la pasa hablando mierda pero nunca hace nada; y esta sería una oportunidad. Fíjate todas lecciones que le dan a uno estos muchachos nicaragüenses. Ciertamente muchos murieron pero, como dice una canción de Carlos Mejía Godoy, se logró sembrar la semilla de nuevos amaneceres. Además, yo no me convertiría en un militante, en un cuadro orgánico; sería simplemente un colaborador y quizá el viaje a El Salvador podría ser hasta mi única intervención.

En eso no estoy de acuerdo, replicó Marta. Es iluso creer que uno se puede zafar fácilmente. Por lo menos no tomes la decisión bajo ese presupuesto. Yo creo que una vez adentro no hay salida. Sé de gente que los problemas los ha tenido con los mismos compañeros. Si alguien sabe demasiado se convierte en peligroso.

Y tú, por qué estás dispuesta?

Si es necesario jugármela por la construcción de una nueva sociedad, lo haré. La vida cobra sentido cuando dejo de pensar únicamente en mí; cuando lucho por los otros, por

los desvalidos y miserables, por los expoliados del sistema. Cuando pongo mis privilegios al servicio de un proyecto histórico.

Todo eso suena muy generoso. De verdad, muy generoso. Pero si a uno no lo matan, si lo cogen preso? Mi abuelo decía: peor que la muerte, la cárcel. Cinco, quince, diez años de cárcel; media vida botada a la caneca. Además, eso de la muerte me suena a sacrificio religioso. La inmolación como el camino de la santificación.

La vida no es sólo para sobrevivir. Eso es lo que hacen los animales. Si así pensara todo el mundo nunca había existido una revolución. Estaríamos todavía en la esclavitud o el feudalismo, comentó en tono un poco subido Marta.

De otra parte, es un trabajo por fuera de mi país, dijo Eduardo en tono pausado, tratando de restablecer el debate en un clima más fresco.

Y eso qué tiene que ver?

Lo del internacionalismo proletario todavía no termina de convencerme. Se requiere tener un corazón muy grande.

Y entonces, qué diablos estás haciendo en Nicaragua. ¿De paseo?

Ayudando, ayudando pero en lo que sé hacer. Además, Teresa y tú son solteras. Yo estoy separado pero tengo hijos.

Muchas comandantes del FSLN dejaron a sus hijos precisamente para que todos los niños pudieran aspirar a una vida mejor.

¿Qué pensarán los hijos de ellas? Y además, estaría llevando armas. ¿Cuánta gente moriría?

El imperialismo mata todos los días miles de personas de hambre. Acaso no lo sabes? Mejor dicho: tú lo que eres es un pequeño burgués egoísta y cobarde. Le reprochó a gritos, Marta.

Hablemos más pasito, le pidió Eduardo. Nunca se sabe quién está sentado al Y guardaron un silencio sepulcral por un par de minutos.

Intempestivamente, como lanzando su última estocada, Marta emplazó a Eduardo preguntándole: en definitiva vas o no vas a ir?

Creo que no. Contestó Eduardo con voz firme. Por favor coméntale eso a Teresa.

En ese momento llegó la comida. Eduardo respiraba lenta y profundamente. Jadeaba. Simultáneamente estaba sorprendido. Cómo había hecho, después de tantos años, para reproducir casi textualmente la escena. La tenía grabada en su memoria como esculpida en piedra. 20 años no habían sido suficientes para olvidarla.

La comida estaba deliciosa pero presintió que por haberla acompañado de recuerdos no se salvaría de una indigestión.

De Marta no supo nunca más. De Teresa ha oído que anda en Colombia.

Pagó y como ya había llegado el taxi, intercambió un par de comentarios con el chofer y le pidió que lo llevara nuevamente al hotel.

***MI PATRIA
ES AMÉRICA***

BRASILIA

Brasilia es un inmenso panal de abejas.

Las iglesias, allí; las viviendas allá. Todo tiene un sitio y solo un sitio. Cualquier otra ubicación es incorrecta; desentona.

En la zona hotelera no existe un Banco. En la zona bancaria no existe un hotel. En las zonas comerciales no vive nadie y en las zonas residenciales no hay donde comprar un cepillo de dientes. Todo se encuentra distribuido homogéneamente. Compartimentación y clasificación son sus normas urbanísticas, sus axiomas espaciales.

Por su puesto, la ciudad es un himno a la monotonía.

Los fines de semana, como las oficinas cierran, no es más que un monumento a la soledad; tanto, que da miedo aventurarse por sus enormes avenidas. Y como si lo anterior no dibujara ya un panorama fantasmal, todo es blanco; blanco sábana, como una interminable y ondulante sábana mortuoria.

Neimeyer, el arquitecto que la concibió en medio de la selva, es un genio. Sus fachadas estilizadas como cuerpos de mujer; su geometría extra galáctica, sus arcos minimalistas. Un estilo, un hito, una corriente. Una maqueta alucinante hecha realidad.

Únicamente se le olvidó que para que una ciudad sea una ciudad, debe estar habitada; las ciudades son para vivirlas. Para admirarlas no basta con mirarlas.

Por eso me encanta el desorden de nuestras poblaciones, que se han ido construyendo pedazo a pedazo, año tras año, por décadas. En todas las cuadras hay una tienda donde tomarse un café. Las casas se cuelan por entre el caos de las calles como si fueran enredaderas y en cualquier parte puede existir una escuela al lado de una droguería.

Todos los días en todas partes se ven personas. Vive gente. Son lugares con vida. Están habitados.

Brasilia será una hermosa y gigantesca escultura pero su segmentación la hace invivible, humanamente inviable.

Brasilia es una ciudad sin alma.

GUATEMALA: TIERRA DE ARBOLES

En Enero del 2015 Graciela y yo fuimos por 8 días a Guatemala que significa: Tierra de árboles.

Llegamos a Ciudad de Guatemala, la capital y nos estaba esperando una pequeña buseta cuestión que habíamos solicitado al hotel donde nos quedaríamos en Antigua. Resolvimos ir directamente allí (queda a una hora larga del aeropuerto) porque es el centro turístico por excelencia.

Éramos los únicos pasajeros y durante el viaje hablamos un poco de todo con el chofer, un hombre como de 40 años. Que el clima, que los trancones...etc., hasta que finalmente llegamos al tema inevitable: la política. Cuando mencioné a Rios Mont, el chofer saltó a defenderlo. Planteó que sin él Guatemala todavía seguiría en guerra, que fue el personaje que hizo la paz. Graciela y yo nos quedamos mudos y obviamente cambiamos de tema. Qué complejas y difíciles de comprender son las adhesiones políticas.

Esa noche llegamos al Hotel San Jorge que Graciela había conseguido por Internet. Era una serie de cuartos contruidos en "L" con una pequeña zona verde en la mitad, donde servían el desayuno que se encontraba incluido en el costo. Disponía de 15 habitaciones y una lora parlanchina en la entrada. Estaba muy bien ubicado, como a cuatro cuerdas de la plaza central.

Al día siguiente desayunamos y compartimos el desayuno con turistas básicamente Europeos y Gringos. También había Israelitas y Coreanos. La mantequilla era de Nueva Zelanda. Y se habla de autosuficiencia alimentaria.

Y nos fuimos a recorrer Antigua de la que todos nos habían dicho que era como Villa de Leyva. Qué va. Para empezar es una pequeña ciudad, no un simple pueblo. Ciertamente posee algunas semejanzas: sus casonas coloniales, sus buganvillas, sus calles empedradas (que si uno se descuida terminan por romperle los tobillos)...etc.

Pero se encuentra enmarcada por tres volcanes, dos de ellos actualmente activos, lo que es típico en Centro América (recuerdo el volcán Masaya, en Nicaragua, donde casi que se puede coger con una cuchara su lava). El principal se llama Aguas, insólito nombre para algo que escupe fuego. Comprendí su nombre después al leer una crónica escrita por Aldus Huxlie, en un artículo de la revista Malpensante: se denomina así porque hace muchos, muchos años, las rocas arrojadas por su erupción taponaron un rio que el desbordarse se

convirtió en una avalancha que sepultó, al igual que sucedió en Armero, un gran poblado (¿antigua ciudad de Guatemala?).

En Antigua se encuentran centenares de indígenas hablando su lengua (¿Quiché?). Lo más impactante es que las mujeres llevan puesto los mismos atuendos que venden. Es una cultura viva.

Mantas llenas de colores que a pesar de que muchas son ya elaboradas con hilos sintéticos y en telares mecánicos no dejan de ser radiantes y enigmáticas pues en sus “adornos” serpenteantes se cifran mitos y tradiciones. Yo compré una manta antigua (40?, 80 años?).

Además de las telas, Antigua tiene otro enorme atractivo: el Jade. Con él hacen collares, aretes, anillos... toda la rama de joyería.

También hay muchos cachivaches pensados para los turistas: carteras, blusas, coge ollas, monederos. Graciela compró varios angelitos tallados en madera. Curiosamente no llegan a ser “Kisch” como la mayoría de este tipo de souvenirs. Quizá porque no quieren aparentar lo que no son.

Parece que fue la península de Yucatán (Guatemala y México) fue donde se descubrió el cacao, por eso en Antigua hay un recinto que es al mismo tiempo un pequeño museo y una chocolatería. Otro lugar obligado de conocer.

Hay varias clases de turistas. El turismo mochilero, jóvenes aventureros que andan con unos pocos dólares, es notorio pero no mayoritario; y los turistas clásicos: parejas de pensionados. Desafortunadamente casi todos ya somos entrados en años (aunque hay también octogenarios) y a esa edad se tiene el tiempo y eventualmente los recursos pero no la salud.

También existe el “turismo comunitario”, el cual implica ir a vivir unas semanas con los indígenas en el campo. Aunque un poco exótico no deja de ser interesante.

En Antigua existen muchas iglesias pero son atípicas puesto que están en ruinas. Todas se encuentran sin techo, quedando en pie únicamente sus gruesos muros laterales. Y obviamente no las han reconstruido. Pero son ruinas majestuosas y medio fantasmagóricas

Después de desayuno salíamos a la plaza central a tomar un jugo de naranja y leer el periódico. Uno de esos días aparecieron coincidentalmente dos noticias políticas: el juicio a Ríos Montt y la sentencia a Pedro García por la toma de la Embajada de España. Los abogados de Ríos Montt habían envolado el que el caso llegara a la Corte Suprema a pesar que sus acusadores planteaban, con documentos (hay un libro que en Guatemala le compramos a nuestro hijo que estudia historia), donde se señala que se le han comprobado 1756 asesinatos de indígenas en el departamento de Quiché. Obviamente fueron más (¿20.000?). Y eso que solo estuvo de presidente un único año. A García se le acusa de la muerte de 22 indígenas que se introdujeron en una fiesta de la Embajada de España para denunciar los genocidios, la cual, mandó incendiar para obligarlos a salir. Una estrategia similar a la del Palacio de Justicia en Bogotá, la cual, cínicamente lo llamaba auto inmolación mediante el fuego. Este había sido condenado a no sé cuántos años de prisión. La guerrilla en Guatemala firmó la paz pero en el Referendo que hicieron sólo la ratificaron un 15%. Una posible explicación tiene que ver con que la guerra se vivió fue en la zona rural siendo las pocas ciudades apenas espectadoras. Obviamente el proceso electoral que implica para empezar que las personas posean cédula y que los puestos de votación estén ubicados en sitios accequibles era tremendamente deficitario en el campo.

Una de las noches aprovechando que la habitación tenía chimenea, la mandamos prender y conversamos largo junto a una botella de vino. Las piezas eran muy amplias aunque el área común del hotel era precaria. A propósito, el clima para la época (Enero), era templado de día pero relativamente frío en las noches y la madrugada. Bogotá en Diciembre.

Nuestra próxima parada era Tikal.

Para ir a Tikal hay que tomar un avión que sale de ciudad de Guatemala hasta Flores y de ahí un bus que lo lleva a uno en más o menos una hora hasta el parque nacional. Pues bien, dado que el avión a Flores sale a las 6 am, no tenía sentido quedarnos la noche anterior en Antigua pues tendríamos que levantarnos como a las 3 de la mañana. Así que nos fuimos para ciudad de Guatemala.

Llegamos al hotel Barceló, un hotel de 5 estrellas en el que Graciela había logrado desde Bogotá una reserva para el fin de semana, cuando las tarifas bajan significativamente porque se encuentran desocupados. Y nos concedieron para esa noche (no programada y entre semana), el mismo descuento ya logrado.

Lo primero que impacta, además de sus lujos y comodidades, es su cercanía al aeropuerto. Parece una obviedad pero únicamente lo terminé de comprender ese día. Como el tráfico es tan espantoso en todas las grandes ciudades (no solo del tercer mundo-creo que el peor se da en Yakarta-), uno puede demorarse una hora del hotel al aeropuerto (aquí se gastan solo 15 minutos).

Graciela ya maneja muy bien su Tableta y yo mi Ipad pero mi corrector lingüístico siempre me jugaba malas pasadas: escribía abrazo tres, cuando yo había redactado "abrazotes".

Y llegamos a Tikal. El guía empezó diciendo que era un tour de 4 horas caminando y yo para mis adentros pensé: no voy a poder. Aunque ciertamente era el más rezagado del grupo en el recorrido, como existieron tres paradas (para observar las pirámides) cada una como de media hora, me salvé.

Caminamos por una especie de sendero ancho (realizado sobre el camino ancestral) que atravesaba el parque que en esta zona son árboles relativamente tupidos y altos sin la majestuosidad de la selva tropical. De vez en cuando el guía decía que miráramos un loro pero yo no veía nada. Lo que sí oímos muy frecuentemente fueron unos chillidos estruendosos que en ese contexto parecían embrujados. Eran de unos micos: los auyadores. Tikal traduce algo así como el "espacio de los ruidos", debido precisamente a los chillidos de su principal habitante.

Como a una hora de camino por un terreno bastante plano encontramos la primera pirámide, la cual es realmente es una pirámide sin pico. En su cúspide se alojaba un altar ceremonial. Eran altares, no tumbas como las egipcias. Claro que el altar, todo tallado en madera, se lo había trasteado enterito un suizo y anda por esas tierras. Uno nunca sabe si para bien o para mal. Esa es la paradoja del saqueo: si no se lo lleva seguramente los gaaqueros los hubieran descuartizado para venderlo por piezas o nunca hubiera habido dinero para mantenerla sin un alto deterioro. De todos modos deberían devolverla a pesar de un decreto de Naciones Unidas que sólo obliga hacerlo a partir del año 1960. Por esos días leía en el periódico que la agrupación Estado Islámico se había dedicado a destruir las estatuas de culturas ancestrales de Irán. Obviamente no podemos olvidar que nuestros evangelizadores sepultaban los templos indígenas construyendo las iglesias encima de los suyos. Pero fue hace algunos siglos.

Llama la atención el corte de las piedras (son bloques idénticos) en una cultura que no conoció el metal. Se dice que lo hicieron con piedras duras como la obsidiana. Además, algunas partes están construidas con piedra volcánica (lava solidificada) que es fácil de

tallar. También existen árboles de “chicle” (conocida como goma de mascar). Los indígenas lo usaban para impermeabilizar las pirámides y muchos siglos más tarde el chicle era exportado a Estados Unidos; algo similar a lo que sucedió en Colombia con el caucho.

Varias pirámides cuentan con escaleras de madera las cuales se encuentran en alguno de sus costados, lo que facilita su ascenso. Pero claro, yo tomaba fotos y una cervecita mientras Graciela escalaba. Recordábamos la pirámide de la luna, en México, la cual era muy difícil de subir porque es muy empinada y sus escalones son demasiado angostos (el tamaño de los pies de los indígenas?), lo que no sucede aquí. Extraño, verdad? No se me ocurrió preguntar.

Reanudamos la caminata y después de otro largo trayecto apareció un paisaje majestuoso: la plaza central. Es un área como la mitad de un campo de fútbol rodeada de cuatro enormes pirámides y varias canchas de juegos de pelota. No sentía esa sensación desde cuando me ubiqué en el centro de la plaza central de Bruselas, la cual, más pequeña, estaba rodeado de pequeños edificios que parecían salidos de un cuento de hadas

Dicen que esa ciudad estado (¿como las Griegas?) albergaba 100.000 habitantes que desaparecieron por que el suelo se agotó o por epidemias o por invasiones o por lo que la imaginación llegue a concebir.

Me impresionaron mucho los juegos de pelota. Se jugaban con la cadera, no con la mano, y culminaban con la muerte de los ganadores (no de los vencidos) porque era un honor ser sacrificado. Para esa cultura no existe la muerte como en la cultura occidental: lo que se presenta es una especie de viaje al infra mundo (tampoco se trata de una reencarnación). Linda cosmogonía.

Graciela también subió una de las pirámides de la plaza central y al bajar comentó estupefacta: estamos en medio de la selva. Claro, desde la cúspide se podía observar que todo el horizonte era un gigantesco mar de árboles (yo lo vi en las postales). Lástima no haber sacado alientos para subir. Ir a Tikal es como ir a Leticia. Después de unas horas de viaje en avión usted se sumerge en la selva, que obviamente no se encuentra a la vuelta de la esquina de la capital.

Y nos regresamos a Flores donde queda el aeropuerto. Ya eran como las 6 de la tarde. Prácticamente todo el grupo se montó en el avión de regreso pero Graciela había tenido la feliz idea de plantear que debíamos quedarnos una noche en Flores pues el recorrido

completo era demoledor. Como el vuelo a ciudad de Guatemala sale tarde (7pm) tuvimos todo el día siguiente para curiosear.

Impactante la cantidad de iglesias Cristianas de sectas diferentes. Estaban casi en cada cuadra. Cantan hasta levitar Las sectas se tildan de apolíticas lo que está muy lejos de ser cierto. Fujimori en el Perú subió al poder por un alto número de votos religiosos (se alinean como rebaños con el que mande el Pastor). Todo el mundo la da a uno "bendiciones".

En Flores también descubrimos otro país: Belice, pues anunciaban buses en todas las esquinas. Colinda con Guatemala.

Bueno, al día siguiente nos fuimos de museos. Habíamos pensado meternos en un tour pero al no haber suficientes personas nos tocaba tomarlo solos, claro está, a un módico costo de casi 50 dólares por persona, lo que nos hizo rechazarlo.

El museo del vestido es soberbio. Tiene, por ejemplo, toda una historia de los Hupiles aclarando siempre que el desarrollo textil es un híbrido entre lo Español y lo Indígena; primero era de plantas (algodón), con los Españoles se introdujeron los animales: la lana de oveja y hasta la seda del gusano, que actualmente algunas de las telas con que son elaborados los Huipiles son hechas industrialmente en Corea, cuando antes una mujer podía demorares 6 meses tejiéndolo.

El museo del Popol Vul narra toda la cosmología Maya a través de dibujos (pictogramas). No solo sobre papel sino en las vasijas, por ejemplo. Absolutamente fascinante. También plantea los eventos del cielo tales como los eclipses, que dieron origen al cuento de Augusto Monterroso (escritor Guatemalteco) sobre el misionero que trata de embaucar a sus captores con sus conocimientos astronómicos sin saber que los Mayas no sólo había predicho tal eclipse sino que poseían la fórmula para hacerlo durante cien años más.

El tercer museo es una copia fotográfica, divinamente expuesta, de una historia gráfica que muestra la invasión de los españoles al pueblo Quiché. El gran aporte es que los españoles se las arreglaron para aliarse con varias tribus para dominar a los otros pueblos indígenas, los cuales aceptaron con la ingenua presunción que posteriormente ellos, los indígenas, pasarían a ser sus dominadores.

Y regresamos a Bogotá.

Después del soroche volvimos a la vida cotidiana

LAS PUERTAS DE BUENOS AIRES

Bogotá, Enero 23 del 2009

Hace ocho días llegué de Buenos Aires donde pasé vacaciones con mi familia.

Y obviamente no me he salvado de enfrentar la terrible pregunta que todos le hacen al recién llegado: ¿Cómo le pareció Buenos Aires?

Mi respuesta, sin saber muy bien por qué, ha sido: Buenos Aires son sus puertas.

Para empezar, son inmensas; miden como cuatro metros de alto y fueron construidas a finales del siglo XIX. Además, son de madre maciza, no de Triplex y todas tienen un buzón para las cartas. Se encuentran talladas con motivos exuberantes que las guías de turismo dicen que son Art Nouvo. Llevan también una aldaba de bronce con la cual hasta se podría hacer una campana.

Las estaba mirando reverencialmente en la Avenida Corrientes con Florida, me di cuenta que una de ellas, la azul, se encontraba entre abierta y me dieron unos deseos inmensos de abrirla. No para entrar, lo que me hubiera parecido un abuso; sólo para saber qué había detrás de ella.

¿Sería simplemente una larga escalera en Caracol?, ¿un vestíbulo con pisos de mármol que conduciría a un ascensor de esos típicos de Buenos Aires que tiene dos puertas con “X” entrecruzadas?, ¿aparecería una anciana decrepita de esas que deambulan solitarias por los cafés y que parecieran resistirse a morir?, ¿sería, acaso, únicamente una casona derruida- como en la Habana- que mostrara que Buenos Aires no escapa del Tercer Mundo o simplemente me saltaría un gato asustado maullando al ritmo de los compases de un tango?

Imposible saberlo sin intentar abrirla.

Y era muy fácil: me acercaría lentamente y despacio, como “sin querer queriendo”, la empujaría un poquito: quizá 10 centímetros o mejor 20.

Pero no fui capaz. La idea de que mi curiosidad podría ser mal interpretada y alguien pensara que yo era en realidad un ladrón me paralizó: estaba en Buenos Aires pero no pude dejar de ser Bogotano.

MI SEGUNDO MATRIMONIO

LAS FRASES DE JUAN JOSÉ

“¿Cuando sea grande también me voy a llamar Juan José?”	“¿el polvito que le cae a la nariz y un poquito de agüita, son los mocos?”	“¿Si no es navidad, papá Noel no puede repartir los regalos?”	“¿A papá Noel quién le da regalo el día de su cumpleaños?”
“Mi mamá peleó con el taxista ya al final se contentaron, pero no se dieron besito”	“¿Por qué no estás jugando dominó? Porque perdí. ¿Y cómo sabes que perdiste? Porque se me acabaron las fichas. Ah, entonces lo que pasó fue que ganaste”	“Uff qué calor está haciendo, se nos vino el sol de África.”	“Papá, no has vuelto a escribir mis frases bonitas”
“La profesora del colegio es medio perezosa. Lo único que haces es sentarse y ponerse a mandar”	“¿Por qué la vaca que come pasto verde, da leche blanca?”	“Al salir de clases, para coger el bus en el colegio, primero busco a Sara (la niña grande que vive en el barrio); si no la encuentro, busco un bus con el número 3 y si no lo veo, busco al profesor con anteojos”	“Muy bien, hiciste 10 peloteadas con el balón de basquetbol. ¿Qué seguirá después? Será infinito”
“La señora de la cocina del colegio dice que hay que comerse todo y es el plato más grande que he visto en mi vida”	“Yo quiero tener una hermana grande. Pero tú tienes dos hermanas. No, es para que me compren rápido en la tienda del colegio.”	“Tengo sueño. Me gustaría que la noche fuera todo el día.”	Hoy le di al burrito del colegio mi mandarina. Pero quería más y me comenzó a perseguir.”
Hoy fui a la tienda del colegio, hice una cola larguísima y pedí una pizza y una coca cola, me dijeron que con esa plata no alcanzaba y me tocó comerme lo que llevaba en la lonchera.”	En el colegio de Juliana cuando se acaba el recreo tocan una sirena. En mi colegio tocan una campana. A mí me gusta más la campana porque con la sirena uno piensa que viene la policía”	“El video juego de combate mortal es muy violento. No creo que te lo traiga papá Noel. En el vídeo no se muere de verdad, porque cuando vuelve a empezar, resucita”	“Cuidado!!! Yo soy de carne y hueso, no de carne y acero”
“Pero Juanjo haz más bonita la letra. ¿Acaso soy de 11?¿ En qué curso voy?”	“¿Las cosas que uno va aprendiendo se le van pintando en el cerebro?”	“¿Cómo cuento 4 ½ con los dedos de la mano?”	“Mamá, ¿puedo tomarme un poquito del remedio que me diste ayer? Fue que me quedó gustando...”
“Si se dice “altura”, entonces también se dice “bajura””	“¿Cuántos años son 3 billones de meses?”	“Cuando yo sea grande me voy a cambiar el nombre. Me voy a poner escorpión”	“Juanjo, ¿dónde están los cordones de los zapatos? Mami, tuve que ponérselos a los palitos de mi espada”. (Agosto de 1996 – Edad: 6 años)
“El trabajo de dios es cuidar las nubes.	“Con el billete de dólar que me regaló mi tía,	“¿Y cuándo me van a devolver la sangre que	“¿La mente es más veloz que al luz, verdad?

Quando está llorando es que empieza a llover”	¿se pueden comprar cosas en África? ¿Por qué? Es que tiene pintada una pirámide”	me sacaron?	¿Por qué? Porque cuando uno enciende un bombillo, antes de que prenda, ya lo había pensado”
“El cero se lo inventó Buda. ¿Por qué? Porque es súper gordo”	“Por qué cuando uno dice “gracias”, le contestan “de nada”. Deberían decir: de algo o de todo”	“Nuestra amiga es médica general. ¿Entonces es médica y además general?”	A las 2 de la mañana, con el osito en la mano, se para al frente de la cama de los papás y dice: ¿por qué la noche dura tanto?
“Papá: ¿A qué sabe la carne humana?”	“No muevas la cabeza de un lado para otro que te vas a marear. ¿Y entonces cómo hago para decir que “no”?”	“No creo en el Gato con Botas, porque en los dibujitos animados, Tom, el gato, nunca se come al ratón” (Enero de 1995. Edad: 5 años)	“¿La Mujer Maravilla es la esposa de Batman y tienen un hijo que se llama Robín?”
“Cierra la ventana del carro para que no se nos entre la noche”	“Cantamos: “sol, solesito, caliéntame un poquito...” pero el sol no salió y no pudimos ir al parque...”	“¿Esa cosa redonda que tú mueves cuando el carro anda, se llama “El manejador?” (Septiembre de 1994. Edad: 4 años)	“Francés no es un pan. Es un lugar donde nació nuestro vecino”
“Si las gallinas se comen los escorpiones, mi mamá se queda sin signo” (Zodiacal)	“En el Jardín me pidieron que llevara un lápiz con ojos, Será un lápiz con hojas. No con ojos”	“¿Papá cierto que yo tengo dos hermanas, pero tú no tienes sino un hijo?”	“¿Por qué los perros andan más rápido que nosotros?”
“¿Qué consejo le dan a Parche (el perro) que lo vamos a dejar en la finca? Que no se vaya donde los gansos porque son más grandes y cuando yo llegue no me ponga las patas en el pecho sino que mueva la cola?”	“¿Dónde queda “a pie”?”	“¿Las medias se pueden poner en cualquier pie?”	“En el curso vamos hacer una obra de teatro con Rin Rin Renacuajo y yo seré Rin Rin. ¡Qué bueno serás el personaje principal! Y yo no quiero hacerlo. ¿Por qué? Porque a Rin Rin se lo como el pato, yo quiero ser el pato”
“Papá Noel: regálame unos patines bien chéveres que todos mis amigos se impresionen y una máquina para hacer cosas de goma que asusten. Explícame cómo vuelas en el cielo si no te has muerto. Por favor déjame ver de todos los niños”	“¿Quieres dormir otro rato? Sí. Entonces cierra los ojos. Todavía no. Estoy pensando qué voy a soñar”	“Juan José, ¿dónde está la linterna? En la arenera. ¿Y qué hace allá? Es que estoy calentando la arena”	“Contemos carros rojos. 1, 2, 3, 4, 5. Huy tenemos que volver a empezar. ¿Por qué? Porque se me acabaron los números
“Qué tal que el cielo estuviera en la tierra”	“¿Mamá, tú sabes por qué los súper héroes tienen ese vestido? No.	“Los niños del jardín no quisieron comerse un postre de chocolate	“¿Por qué siempre dices: demos una vuelta a la manzana y no a la

	Ah, veo que tú no sabes todo. (Marzo de 1995. Edad: 5 años)	porque tenía forma de conejo. ¿Cierto que el conejo no tiene sangre por dentro sino chocolate?”	piña, que es más grande?”
“Un aviso de la TV dice que los condones protegen del SIDA. Eso es mentira. Los condones sólo sirven para que los zapatos no se caigan”	“¿Hay un país que se llama infierno?”	“Juan José: ¿Qué hiciste el muñeco de Acuaman? Se ahogó”	“¿Por qué apagas la televisión? Para que no vea más cosas y te pida que me las compres”
“Me quiero poner pañales azules porque mis pantaloncillos son azules”	“¿Por qué no tenemos un hermanito? Es que no tenemos plata”. No importa, la mamá de Simón no lo compró sino tuvo al bebe en la barriguita”	Unas semanas después de haber muerto su perro Parche. Juanjo mira mi bolsillo para ver qué sorpresa te traigo. Ya sé es un revividor de perritos”	“ Los perros blancos son así porque viven en la nieve, los perro amarillos porque les da mucho el sol?”
“La propaganda de TU es mentira porque cuando como chicle no se me paran los pelos de la cabeza”	“Esa casita donde está el policía. Es porque él es un portero”	“Drácula en vez de tomarse la sangre caliente de las mujeres, debería salir de día para calentarse”	“Las cabras detestan comer plátanos. (Instantes después): ¿Mamá qué es detestan?”
“Cuando sea grande me voy a llamar como Germán, como mi papá”	“Como ya conoces el camino, yo voy alumbrar con mi linternita el cielo, para que salga otra estrella”	“Yo digo los número en Inglés y tú en Bogotá, ¿sí?. Juan, tu, tri, for y tren”	“La India es un país como Colombia, ¿verdad? Sí. Entonces, ¿allí viven solo mujeres?”
“¿Qué vas a comprar con la plata que te dimos? Un ponqué”	“Mamá o calmamos al perro o nos aguantamos la loca pidiendo plata”	” ¿Hoy hay que ir al jardín? No, hoy es fiesta. ¿Y quién cumple?”	“¿El hombre de hielo hace pipí de hielo?”
“Tengo tos, se me quita con galguerías y con galletas del Rey León”	“Me herí con un palito; se me cayó un poquito de piel y se perdió en el pasto”	“Quiero sacar una película de vídeo pero donde salga algo de que me pueda disfrazar”	“¿Pasado mañana es mañana después?”
“¿Por qué dejaste caer el durazno? Para ver si vuela”	“Edgar el hermano gemelo de papá es el tío pepe?”	“¿Por qué las ballenas no se ponen vestido de baño?”	“¿Por qué nunca hacen sopa de guayaba?”
“¿Me compras este juguete? No, porque hoy estoy pobre, no tengo plata. Ah, entonces llamemos a Robín Hood”	“Mami: No te vayas a poner viejita cuando yo crezca. Sino cuando yo me ponga viejito”	“Fui con una corbata disfrazado al jardín y los niños me dijeron: ¿Qué está haciendo en el jardín? Debería ir a la oficina”	“Juan José: nos cogió el día. No mami: el día no tiene manos”
“Si el agua de la ducha viene de los ríos, ¿nos puede salir un cocodrilo en el baño?”	“Esa película estuvo muy triste: me hizo salir agüita de los ojos”	“Diana quiere ser nuestra amiga, peor le toca ser nuestra profesora”	“(A los dos de la mañana se levanta y se va para la cama de los papas): Es que soy

			valiente de día pero no de noche"
"¿Por qué en la T.V. cuando dos personas pelean, salen estrellas, y a nosotros no?"	"No consientas a mi papá; tú no eres la mamá de él, eres mi mamá"	"¿Por qué me duelen las piernas? Porque estás creciendo. Yo quiero crecer un día sí y otro día no"	

LA FERIA DE LA CIENCIA

Todos los años, en el colegio de Juan José se celebraba la Feria de la Ciencia y cada alumno (o en pequeños grupos) deberían realizar un proyecto. Este trabajito me fascinaba. Tanto, que Juan José decía que a los papas les gustan las tareas de los hijos para podérselas hacer, cuestión que sólo era parcialmente cierta pues yo lo hacía intervenir intensivamente en la investigación y además, casi siempre él seleccionaba la temática.

Ya habíamos hecho varios proyectos: “Los helicópteros”, por ejemplo. Nos inspiramos en una hélice de madera de más o menos una cuarta de alta que volaba altísimo y que habíamos comprado en la sede de la National Geography en Washington. Como mandamos construir varias réplicas, los visitantes, incluyendo los profesores, podían jugar a elevarla, lo que resultaba sensacional. También habíamos diseñado la casa anti tornado, idea que se le había ocurrido a partir de la película Tornado y La llave, el cual incluía mostrar el mecanismo de las cajas fuertes.

En ese año le dio por realizar un cohete que fuera hasta la luna lo que de por sí causaba “algunos” problemitas. De todos modos, ante la altura que debía alcanzar el cohete y el susto que yo le tenía a la pólvora, le sugerí reorientar el trabajo. Dado que tenía millas acumuladas y que recientemente había estado en Panamá haciendo una evaluación donde pude visitar “a todas las carreras” las esclusas de Mira Flores, le propuse realizar como proyecto: “El canal de Panamá”.

Y bueno, nos alistamos: pasaporte, pasajes, reserva del hotel.

Ese día Graciela nos acompañó al aeropuerto temprano en la mañana. No podía esperar a que saliera el avión porque tenía una cita con una profesora que estaba observando como parte de la investigación de su tesis doctoral. Juan José y yo hicimos un poco de roña mirando vitrinas, comiendo algo y luego nos dirigimos a migración. Nos hicieron seguir a una pequeña oficina del DAS y casi en secreto un funcionario con cierto aire de complicidad me comentó: El niño no puede irse del país; le falta la autorización de la mamá.

Nosotros ya habíamos salido con él en varias ocasiones. Habíamos volado a México y a EEUU. Incluso, hasta yo lo había llevado a Guayaquil a encontrarnos con los abuelos que andaban por esas tierras de paseo. ¿Cómo diablos se nos fue a olvidar este bendito requisito? Pues porque iba también la mamá y por consiguiente no requería ninguna autorización y el viaje a Ecuador lo había hecho muchos años atrás y ya no recordábamos las vueltas que habíamos realizado.

Inicialmente quedé desconcertado. Llegué a pensar que había que cancelar el viaje pues el avión saldría en un poco más de media hora. Sin embargo, no sé de dónde saqué coraje y

me dije: intentemos hacer algo. Inicié, entonces, preguntado si tenían algún otro vuelo ese mismo día; efectivamente existía uno dentro de tres horas. Además, no costaba nada cambiarlo, quizá porque era en la misma fecha. Procedí a arriesgarme.

¿Pero cómo localizar a Graciela? Y si acaso lo lograba, tendría tiempo de hacer las diligencias? La información que tenía sobre su paradero era muy poca. Únicamente poseía algunos recuerdos de los comentarios que me hacía sobre sus actividades. Estaba en un colegio oficial cerca al barrio Kennedy (Patio Bonito) con una profesora de nombre Esperanza. No sabía nada más.

Me armé entonces de un directorio telefónico y una bolsa de monedas de 20 centavos, con las cuales funcionaban los teléfonos públicos de la época. Yo me imaginaba que si por casualidad acertaba ubicar el colegio, el paso siguiente, hablar con Graciela, no sería difícil pues probablemente sería una escuelita con media docena de maestras.

El primer escollo fue identificar los colegios potenciales. Colegios públicos hay muchos pero por esa zona eran como 10. Y llamé al primero: sonó ocupado. Llamé al segundo y también estaba ocupado. Caí en cuenta que en muchos de los colegios sólo hay un teléfono, ubicado en la secretaría, que era utilizado por todos los profesores (en esos tiempos el celular apenas estaba ingresando a Colombia y su costo lo hacía inalcanzable para cualquier maestro). Y para peor de cosas era hora del recreo lo que hacía que más profesores seguramente lo utilizaran.

Pero seguí llamando. Obviamente ya estaba angustiado lo que percibí cuando Juan José me dijo que me calmara, que todo iba a salir bien. Tan ecuánime consejo hizo que se me ocurriera delimitar un poco más los colegios, lo que se me facilitó un poco porque hacía como 20 años yo había sido profesor de un colegio de Kennedy. Quedaron, entonces, como 6.

En mi nuevo intento logré comunicarme con uno. ¿La profesora Esperanza? Aquí no hay ninguna profesora con ese nombre. Qué está llevando a cabo una observación de clase. Aquí no se está haciendo ninguna observación. Y me colgaron. Supuse que aunque Graciela efectivamente hubiese estado allí, si la que me contestó fue la secretaria, no estaría enterada de los pormenores de la escuela.

A esas alturas me quedaban 5 colegios. Y los teléfonos ocupados y ocupados.

Por fin entró una nueva llamada. Ahí trabaja la profesora Esperanza. Esperanza qué? ¿Cuál es su apellido? A la que le están haciendo una observación de clase. Ah, ya sé, me contestó una profesora que por pura casualidad resultó amiga de la profesora Esperanza. Voy a buscarla.

Sólo después me enteré que se trataba de un mega colegio como de dos mil alumnos y no sé con cuántas decenas de profesores. Se llama Isabel II.

Unos minutos más tarde pasó al teléfono la profesora Esperanza. Le expliqué rápidamente el impase y me dijo que iba a buscar a Graciela, que si ya había llegado, ella creía que estaba en la tienda de enfrente.

Juan José se dio cuenta que ya tenía el alma en el cuerpo y me volvió a repetir: calma, calma; todo va a salir bien, lo que me dio alientos para alentar a Graciela. Nos queda un poco más de una hora. Inténtalo.

Y empezó su maratón. Por fortuna, en la tienda donde estaba había un padre de familia que tenía su hija en el colegio y que se ganaba la vida transportando en un carrito medio destartalado alumnos a sus casas. Como todavía faltaba tiempo para que salieran, se ofreció a hacerle la vuelta. Yo sé dónde hay una notaría; es en la zona industrial, un poco lejos pero es la más cercana que conozco, le dijo y salieron “pitados”.

En la notaría, al explicar sus afanes, la dejaron colar; pero resulta que para la diligencia hacía falta mi cédula, la cédula del padre. A pesar de lo anterior se solidarizaron y le autenticaron la orden, llegando al aeropuerto unos minutos después del último llamado a abordar. Sin saber si ella iba a alcanzar a ir, con Juan José decidimos ingresar a la oficina de migración, donde como ya todos sabían de nuestras peripecias cuando llegó la dejaron ingresar como si fuera un pasajero.

Nuevamente hicieron un último llamado para abordar pero este incluía nuestros nombres. Sólo faltábamos los dos. Salimos, entonces disparados; nos demoramos más de la cuenta porque Juan José tenía los pantalones a la moda, que en ese momento se usaban muy amplios y se le iban cayendo por el camino. Cuando abordamos, comenta Juan José, todos los pasajeros aburridos de esperar, nos odiaban.

Y llegamos a Panamá. Juan José recuerda sus enormes y modernos edificios contrastando con los barrios pobres. La zona del canal, antigua base naval de los gringos, dentro pero separada de la ciudad; como ya pertenecía a Panamá se encontraban vendiendo sus casas. El bufet que servían en el hotel a la hora del desayuno. Y ya en el canal, el momento donde a nuestro casi barquito de papel, le tocó de compañero de esclusa un gigantesco buque Panamá, el mayor tamaño que podía tener un barco para ingresar al canal; y el Lago Gatún y el puente de Las Américas.

El proyecto ganó el premio en el rubro Maquetas en la Feria de la Ciencia. Lo compartió con Daniel, un compañerito que apareció a última hora sin proyecto. Inicialmente a mí no me gustó la idea pero Juan José insistió integrándolo, dándome una lección que me enseñó

que no toda solidaridad es complicidad. El hecho me hizo recordar que la amistad de Juan José con Daniel era más fuerte de lo que imaginaba. Como Daniel nunca había pedido dulces en un Halloween, en uno de ellos se cambió de ruta de bus y se vino a vivirlo con Juan José, evento que su Graciela siempre celebraba con entusiasmo y que seguramente había llegado a oídos de Daniel. Pues bien, tan autónoma decisión armó su respectivo enredo pues sus padres, que estaban separados y eran un poquito despelotados, no encontraban al hijo por ningún lado. Finalmente, hacia las 10 de la noche resolvimos llamar a su casa pues no entendíamos por qué no venían a recogerlo. Daniel nunca había pedido permiso temiendo que se lo negaran. La demora en darse cuenta del hijo perdido se debía a que justo ese día (viernes?) debía dirigirse a pasar el fin de semana con su papá.

Con el proyecto ¿Cómo vuelan los helicópteros? ganó el cupo para representar al colegio en un evento intercolegial que se celebró en la Feria Exposición de Bogotá. Recuerdo que al hacer alguna demostración, una de las hélices fue a parar al techo de los galpones de la Feria, cuestión que nos demostró la eficiencia de la hélice y simultáneamente, la imposibilidad de recogerla. También en la Feria le comenzó a gustar tomar tinto pues, me supongo, esa costumbre era cosa de grandes.

Por todos los trabajos presentados en el año 2000 le dieron la copa al Mejor Científico (etapa II) que le regaló a la mamá y de la cual no he podido apropiarme.

SALUDO ENCUESTRO PRE ICFES

Me alegra mucho el poder saludar este encuentro de jóvenes comprometidos con la construcción de un mejor país. Ciertamente es cada vez más difícil que un estudiante piense que tiene sentido pensar en los demás, que los otros importan, que se dé cuenta que su realización personal pasa por el ser capaz de colaborar a que muchachos menos favorecidos construyan esperanza. Que sepa que no es posible realizarse si no contribuye a la realización de los demás.

El trabajo que ustedes adelantan incuestionablemente tiene un impacto sobre los muchachos que asisten a sus programas y con ellos sobre el entorno social. Eso es obvio. Y eso sería de por sí más que reconfortante. Pero quisiera aprovechar esta oportunidad para evidenciar un aspecto que no por estar implícito es menos relevante: las implicaciones de este trabajo sobre ustedes mismos.

A través de los años he podido constatar que los jóvenes que se comprometen con la construcción de utopías, independientemente de que sus esfuerzos logren la totalidad de los objetivos propuestos, pues entre otras cosas, la deserción en los programas educativos en general es muy alta, se transforman a sí mismos de una manera cualitativa.

Existe algo imperceptible que hace que nunca puedan ser sometidos a la alienación del sistema. Estén donde estén siempre les acompañara la impronta que imprimió en su carácter tres características de su actividad: el hecho de trabajar al servicio de un ideal libertario, de hacerlo de forma voluntaria y de llevarlo a cabo colectivamente.

En algunos momentos, hasta pueden llegar a minimizarlas, a creer que son cosas de poca importancia pero no es así; Estas tres características constituyen elementos centrales del hombre nuevo. Y como sí lo anterior fuera poco poseen otra cualidad: no pueden olvidarse. Es algo así como aprender a montar en bicicleta. Siempre estará presente. No es algo de lo que podamos deshacernos. Marcara para bien todo su futuro. Aflorara con diferente intensidad en su trabajo profesional y en su vida familiar.

Continúen entonces ayudando a abrir camino para que la canción de Ataulpa Yupanqui se convierta en realidad: Hermano dame tu mano porque con tu mano y con mi mano, juntos seremos más.

LA MACARENA

Bomba en el barrio La Macarena: “Doce hipótesis en busca de autor”

El 5 de Febrero del 2015 hacia las 8 de la mañana me dirigía desayunar a mi apartamento del barrio La Macarena. Venía del Hospital de San Ignacio, donde me tomaron una muestra de sangre para mis exámenes de control.

Por la súbita aparición de sujetos raros, lentamente me fui enterando que me salvé de que no me sacaran una ampolla sino toda la sangre.

La zona se llenó de Policías en motocicletas, carros de bomberos, camionetas negras con los vidrios polarizados. Mezclados con ellos existían personajes del barrio: intelectuales e intelectuales de todo tipo de izquierdas (algunos son tan zurdos que bien pueden ser de derecha), los cuales practican Pilates en el Parque de la Independencia o le brindan el paseo matinal a sus respectivos perros. También había detectives de civil que supuestamente son imposibles de reconocer y claro está: periodistas luciendo chalecos muy pispos de todos los colores.

Es cierto que los vecinos estamos acostumbrados a ver camionetas blindadas (desde 4x4 hasta 8x8) al frente de los restaurantes, las cuales parquean al lado de los avisos de prohibido parquear y van acompañados de una larga comitiva de guardaespaldas que bostezan mientras sus jefes almuerzan. Pero ese paisaje era raro porque no se presenta a la hora del desayuno.

En la Carrera Quinta con Calle 27 había un grupo de policías que no me dejaron subir por mi ruta habitual.

Lo primero que pensé fue que por fin estaban arreglando la boca calle de la cual se han desprendido centenares de ladrillos pegados con “babas”, que se comportan como cilindros bomba cada vez que los carros que pasan disparados por la Quinta los agarran con las ruedas. Me dije a mi mismo: Petro posee una gran capacidad de autocritica. Reconoce que trabajó con un contratista que no conoce todavía la existencia del cemento pero ahora trata de arreglar el entuerto (cuestión que Peñalosa no ha sido capaz de hacer con las losas de Transmilenio).

Gradualmente, por la radio y los vecinos mirones, me fui enterando que no se trataba de ladrillos voladores sino de una bolsa de basura con lucecitas (bomba?) ubicada al lado de un CAI móvil. Bueno, las noticias eran confusas al inicio (ciertamente mucho menos que al final) y se rumoraba que no era una (1) bomba sino dos, ubicadas en los extremos de calle, cuestión que en principio me condujo a pensar que como en uno de los extremos existía un restaurante árabe, la cosa podría ser más internacional de lo que se pintaba (choque de civilizaciones en términos las clases de menú ?), convirtiendo el Barrio llamado por algunos el Soho Bogotano, en el París de “Yo también soy Charlie”(curiosamente así se llama el dueño) ; por fortuna, tal idea desapareció al recordar que el restaurante quebró hace cerca

de un mes pues su tajine (garbanzos cocinados) era espantoso. También allí se encuentra el famoso restaurante La Juguetería pero nadie le va a poner una bomba a un poco de juguetes, que son en su inmensa mayoría muñecas que ya se encuentran descuartizadas.

Inicialmente hubo una primera explosión que no asustó a ningún habitante del barrio porque estamos más que habituados a los “petos” que lanzan los estudiantes de la Universidad Distrital (la cual también forma parte del barrio) parece que cada vez que hace sol (se rigen por los pronósticos del Himat?) y del efecto de los gases lacrimógenos y granadas de humo lanzados por la policía.

Pero unos minutos después oí una segunda explosión que hizo temblar hasta “el nido de la perra” y que se dijo no era una nueva bomba sino una carga controlada inducida por el escuadrón anti explosivos.

Después del susto, empezaron las llamadas de amigos y familiares que se habían enterado por RCN (que ya no es Radio Casa de Nariño sino una emisora). Llamadas de solidaridad, donde teníamos que explicar una y otra vez que por ahí cerca no queda ninguna sucursal del Club El Nogal.

En todo el día no terminé de sobreponerme a la zozobra: que por fortuna no hubo ningún muerto ni herido, que fueron solo vidrios, que desgraciadamente algunos gatos (es una barrio repleto de mascotas que acompañan a muchos solitarios dueños) tuvieron que ser atendidos sin mayores traumatismos (taquicardia) en el consultorio veterinario (que queda a media cuadra) y que se llama “El Gozque Izquierdo” (El Bosque Izquierdo que es el barrio contiguo, se encuentra a dos cuadras).

Ya caída la tarde me fui tranquilizando y me dirigí a Luvina, una Librería-Café que se convirtió en una especie de Centro de Convenciones del barrio hace como unos 10 años.

Allí nos reunieron una muestra heterogénea de los habitantes de la zona (hombres y mujeres): pensionados, pintores con magníficas pinturas pero sin pensión, poetas , bohemios, anarco cuchos, jugadores excelsos de ajedrez que hace 10 años no ganan ningún torneo pero que viven de sus glorias pasadas, novelistas para los cuales la mejor de sus novelas es el novelón de su vida , médicos casi siempre enfermos, fotógrafos varados y no tan varados, profesores universitarios de pregrado, postgrado y doctorado y de universidades de todas las pelambre (algunos han sido expulsados), funcionarios y ex funcionarios de la Alcaldía (de Mokus, Peñalosa, Clara López, Petro - o de todos ellos-) cineastas que ven únicamente películas inteligentes, sindicalistas, economistas neoliberales y anti liberales y un largo etcétera. Obviamente no faltan los arquitectos que trabajan como sociólogos y psicólogos que trabajan como ecologistas.

Todos los jueves existe una actividad cultural distinta: se lanza un libro (el mío fue literalmente lanzado generando heridas de poca monta a uno de los asistentes), se presenta un concierto de Chelo (el último lo realizó Chela López), se inaugura una exposición de grabados (casi siempre con precios graves), se arma un panel sobre esto o

aquello. Y lógicamente se toma café y se compran libros. Pero además, en el transcurso de los eventos unos toman vino, otros cervezas y como dice la propaganda de la HJCK una “inmensa minoría” harta wiskis (si proviene de la Torres del Parque, las cuales se encuentran al costado occidental de la ubicación de la bomba). Tampoco faltan los abstemios (que casi siempre quiere decir que pertenecieron a Alcohólicos Anónimos) y que únicamente consumen agüitas de frutas. El problema de Luvina es que hay meses que vende más traguito que libros.

Claro que lo mejor son las tertulias sobre el tema de la semana y como es de suponer, esta semana el tema era la bomba.

Como los asistentes son bien informados (además de formados, eso sí no existe ninguno uniformado) y como es un grupo tan selecto, me propuse (para evitar que los inicios del Alpiste me traicionara -una mezcla de Alzheimer con alpiste-), escribir las principales hipótesis que fueron surgiendo sobre quiénes fueron los autores de la bomba, que por lo demás se debatieron furiosa pero civilizadamente. Uno de los asistentes “que paraban oreja” al extremos del salón, al final me propuso que escribiera una novela, enredo en que no pienso meterme ni por los mil demonios, por lo menos mientras no quede definida la situación de la Coneja del DAS (qué tal me acusen de espiar a los honorables asistentes a Luvina!).

Después de esta extensa pero indispensable ubicación, he aquí las hipótesis barajadas. Escoja la que más le guste (creo que también es posible mezclar dos o tres). Usted verá:

Hp. 1

Fue una retaliación contra la policía que en días pasados dio de baja, en el barrio La Perseverancia, a un integrante de una banda de delincuentes dejando ,además, otro herido. Entiéndase bien: dio de “baja” a un delincuente pero a otro ya le dieron de “alta”.

Hp. 2

Fue una acción de la extrema derecha para aguar el proceso de la extrema izquierda (al fin y cabo es un barrio con muchos anti uribistas). Recuérdese el auto atentado a Uribe en Barranquilla o el carro bomba en la Escuela Superior de Guerra. Claro está que pudo haber sido la extrema izquierda para echarle la culpa a la extrema derecha.

Hp3

Fue una protesta de los Defensores de animales (Animalistas) contra la sentencia de la Corte Constitucional que obliga al alcalde a que se reanuden las corridas de toros. También hay que tener en cuenta a los Ecologistas radicales. Sin embargo, tampoco se puede descartar a los taurinos quienes estarían advirtiéndolo a los antitaurinos que si siguen jodiendo les hacen una “Manoletina” y hasta les cortan el rabo.

Hp4

Fue la mafia de micro tráfico de estupefacientes que opera en la Universidad Distrital a la que se le asestó un duro golpe (decomiso de droga...) al solicitarle recientemente a la policía el ingreso a sus instalaciones.

Téngase en cuenta que con 3.457 escalones, la mafia no se resigna a ubicarse en la parte alta de la universidad.

H5

Fueron las bandas de la parte de arriba de la Perse para echarle la culpa a las bandas de abajo.

H6

No existió tal bomba. Lo que estalló fueron los explosivos que montó la policía para tener una explosión controlada y así legitimar el control que está realizando contra las bandolas de La Perce. Control con control, se podría denominar dicha táctica.

H7

Fueron las bandas de la Perseverancia para enfrentar una supuesta limpieza social orquestada por algunos residentes de las Torres del Parque que no hacen sino organizar marchas de protesta no solo para ejercer sus derechos democráticos sino con la agenda oculta de bajar de peso, ya que casi todos son hipertensos.

H8

Fueron los enemigos del festival “de la Chicha” celebrado con enorme éxito en la Perse.

H9

Fue contra la muerte de unos ladrones de La Perse que en días pasado intentaron robar a un carro diplomático que accidentalmente trató de coger la Avenida Circunvalar por la calle 30 (la boca del lobo) y fueron rechazados a bala por los guardaespaldas. Lo anterior implica mejorar la educación impartida por sus centros educativos porque no hay excusa para que unos muchachos crean que una placa que dice CD, significa que posee CD y no Cuerpo Diplomático.

H10

Fue una fracción disidente de la Farc o el ELN para sabotear el proceso de paz aprovechando que sus dirigentes se encuentran de vacaciones en La Habana.

Hp11

Fue contra los dueños de los restaurantes de la zona que se han negado a pagar vacuna (sobre todo “El Patio” que a pesar de todo continúa con sus instalaciones en un patio)

Hp12

Fueron las reservas Gaitanistas (mayores de 75 años) de la Perse para anunciar el nacimiento de un movimiento llamado:” Jorge Elicer Gaitán vive, carajo”.

Como ven, el debate en Luvina, en lugar de arrojar claridad hizo mucho más confusa la situación.

Claro está que las hipótesis no se agotan ni mucho menos con el listado anterior. Hay todavía más, que aunque aparentemente insólitas habría que entrar seriamente a investigar.

La primera de ellas tiene que ver con el rollo de la Conservación. Como muchas de las casas del barrio son patrimonio arquitectónico, las tres casas del frente de donde estalló la bomba las dejaron convertir en ruinas para poderlas demoler, cuestión que finalmente lograron hace pocos meses. Allí terminó levantado un muro que no se escapó a la disputa de las firmas crípticas de decenas de grafiteros por lo cual la gente del barrio evita acercarse de noche pues entre las ratas que pupulan en el lote vacío y las siluetas de los grafitis, terminan dibujándose seres de ultratumba. Lo único benéfico de tal arrasamiento es que al no existir construcciones, la onda voló por encima del lote sin causar daños.

Pues bien, en la pura esquina, a pocos metros de la bomba (2?, 3?), existe otra casa que ciertamente fue la más afectada por la explosión pues parte de su techo se desprendió y la metralla perforó con gruesas esquirlas su fachada. Espero que de encontrarme equivocado como seguramente será, esta profunda consideración no termine suministrándole ideas a los dueños.

No se puede tampoco descartar la tensa lucha ideológica que como un “fantasma recorre el barrio” y que plasma en la pregunta: ¿qué tipo de cultura es la más culta? Esta se presenta entre los Estudiantes de la Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca (el cual se encuentra a pocos metros del lugar de la bomba) y los amigos del Museo Nacional. Será que los museólogos, después de 20 años de demandas jurídicas infructuosas resolvieron “tomar cartas en el asunto” para lograr que por fin el museo obtenga los predios de la universidad para ampliar sus instalaciones, infringiéndoles temor a los estudiantes que no se quieren trastiñar para el sur de la ciudad? No parece que tal reflexión tenga mayor asidero. Claro que tampoco habría por qué desestimar la hipótesis contraria, dado que los estudiantes podrían continuar tomándose el museo, lo que es una realidad parcial en este momento pues la cama de Bolívar se encuentra cercada por las canchas de basquetbol del colegio aledaño a la universidad.

Finalmente, un connotado economista asiduo asistente a Luvina que actualmente se encuentra en su año sabático fuera del país, apenas se enteró de la noticia nos escribió un e Mail diciendo: “creo firmemente que los autores del atentado se equivocaron de esquina. La bomba era para Luvina”.

Desde ese día la tesis nos tiene muy preocupados y ha sido objeto de extensas discusiones hasta bien entrada la noche. Pensamos, incluso, organizar un panel el primer jueves de Marzo. Obviamente habrá un asistente obligado: Sombra, el indigente que cuida los carros y que todas las noches aparece como una sombra en la puerta de entrada de Luvina. Esperamos que con su contribución, finalmente podamos aclarar tan profundo misterio

SUDANDO LA GOTA GORDA

Como vive relativamente cerca, todos los domingos sale a trotar por el Parque Nacional regresándose por la Perseverancia, que es un barrio de origen obrero. Se va caminando por la carrera quinta hasta encontrar la calle que se interna en la parte alta del parque, a la cual se accede subiendo por una cuesta inicialmente un poco inclinada, pero que gradualmente se va nivelando. Está pavimentada y además, tiene muy poco tráfico. A diferencia de la parte plana del parque, prácticamente no se ven grupos: ni karatecas entrenando artes marciales, ni boy scouts, ni señoras haciendo Pilates, ni grupos de oración fuerte al Espíritu Santo, lo cual genera un ambiente parecido a un mercado Persa. Es, entonces, un trayecto bastante solitario aunque nunca se ha sabido de atracos. Únicamente al final del trayecto aparecen los de la Defensa Civil, con sus espantosos uniformes naranjas, haciendo piruetas sobre uno de los puentes que existen, con la esperanza que algún día puedan demostrar su solidaridad.

Desde el principio se comienzan a ver unos eucaliptos centenarios que por tener sus raíces superficiales, ya se sabe que en cualquier momento se pueden caer. En el recorrido siempre se encuentran por lo menos media docena de personas que pasan trotando, unos subiendo y otros bajando. Casi al final de la vía se pasa sobre el Rio Arzobispo, que allí no es más que una quebrada inofensiva. De todos modos se alcanza a oír el rumor del agua, lo que sumado a la silueta de los árboles, crea el entorno de un modesto bosque. Lo más cercano al Central Park de Nueva York que existe en el centro de Bogotá. En éste entorno, respira aire puro y oye alguno que otro pájaro; despeja la mente y hace ejercicio, que es lo que más le preocupa porque durante toda la semana está sentado en un escritorio.

El regreso lo hace por la Perseverancia, que es un barrio construido para los obreros de la fábrica de cerveza Bavaria, de Leo Koop, a principios del siglo XX. El barrio originario lo conforman casas angostas pero de tres pisos, entre metidas por callejuelas estrechas en las que a duras penas cabe un carro. Pero en la parte de arriba, muy cerca de la Avenida Circunvalar, no se sabe bien por qué, la mayoría de las casas se han ido convirtiendo en inquilinatos.

Eran cerca de las diez (10) de la mañana y se animó a desviarse de la calle principal porque así acortaba camino y porque estaba llena de gente: familias, sobre todo niños que jugaban futbol en la calle. Estaban acompañados por sus madres que se asoleaban porque a sus cuartos, que es donde vive una familia dentro de un inquilinato, llega muy poco sol. Las mujeres hablaban entre sí creando un aire de algarabía y fiesta. También se veían jóvenes adolescentes de ambos sexos.

Iba en pantaloneta; lo único llamativo que llevaba era un reloj que le había regalado su hermano gemelo, con más valor sentimental que monetario. Caminaba a paso ligero, sin llegar a trotar, porque ya estaba cansado. Oyó que dos jóvenes como de 25 años se

acercaban hablando entre ellos en voz alta. Volteó la cabeza para observarlos pero no notó nada sospechoso. Y siguió su curso. De golpe los sintió encima: uno por delante y otro por detrás. El de atrás lo había agarrado por el cuello poniéndole un cuchillo de zapatero (cortísimo y afilado únicamente por un solo lado) justo en la yugular. El de adelante le puso un cuchillo de carnicero (largo y filudo por los dos bornes) en la boca del estómago. "Hijueputa, denos todo lo que tiene", le gritaron casi escupiéndolo a la cara. Se quitó, entonces, el reloj y pensando que el botín podría parecerles poco, ganándose una puñalada, sacó el billete de \$5.000 que llevaba entre las medias para comprar agua y se los entregó. ¿"Qué más tiene, malparido"? En ese momento se enmudeció y no pudo contestar nada. Entonces, el que estaba al frente le esculcó los bolsillos: "está limpio", le dijo a su compañero. "Quítese los zapatos", lo que le pareció humillante, entre otras cosas porque la calle estaba empedrada pero que obedeció inmediatamente. Ahí cayó en cuenta que los tenis estaban desgastados pero eran de marca. "Siga caminando despacito y sin mirar para atrás", le dijeron. Y así lo hizo por cerca de una cuadra cuando se animó a detenerse y respirar profundo. Tenía taquicardia, le sangraban las plantas de los pies y le temblaban las piernas; sintió que estaba a punto de desmayarse. Nunca se atrevió a mirar para atrás.

Cuando llegó a su apartamento lo único que pensó fue en conseguir un revólver, devolverse y darles plomo. Pero seguramente no los encontraría pues no eran novatos y se perderían por un rato. Entonces, el plomo iría para los observadores, que presenciaron la degradante hazaña de los que son sus parientes o sus amigos. Y continuó maquinando mentalmente múltiples venganzas: contratar un sicario, poner una bomba al barrio entero. Pero a medida que se iba calmando recordaba a Enrique, que le construyó un mueblecito para la cocina y le ayudó a conseguir a Eduardo, para que le tapizara el sofá; a Ángel, el cerrajero que una vez le abrió la puerta del apartamento a las 10 de la noche; a María, la modista que le coge los dobladillos a la ropa de su mujer y que cobra tan barato que siempre hay que decirle que cobre más; a Alfonso, que le había colocado las rejas a las ventanas, precisamente para evitar que se entren los ladrones; a Teresa, que le vende las flores para su florero de la esquina de la sala en la Plaza de Mercado de la Perseverancia; a Juan, que le pone la suelas a sus zapatos; a Ramón, que le arregla las goteras; a Raúl y Jorge, que cuidan los carros parqueados en las calles frente a su edificio.

Y todos ellos viven en diferentes lugares de la Perseverancia.

No podía evitar que sus imágenes se entremezclaran con la angustia del atraco.

LA PLAZA DEL BARRIO PERSEVERENCIA

Germán Mariño

Febrero del 2017

La plaza de mercado del barrio Perseverancia, construida según una placa que se observa en una de sus esquinas entre 1940 y 1944, siendo alcalde Germán Zea Hernández, queda justo en el límite con el barrio La Macarena. Lo llamativo del caso es que son dos barrios muy distintos: La Perse, como algunos lo llaman, es un barrio de origen obrero, fundado por el creador de Bavaria, el alemán Koop para que mediante un préstamos hipotecario, sus trabajadores tuvieran la posibilidad de adquirir casa; La Macarena, en cambio, es un barrio de clase media, repleta de galerías de arte y habitada básicamente por intelectuales. Le dicen el Soho Bogotano. Es importante esta ubicación, me explicaba Doña María, una vendedora de la plaza con la que inicié mi conversación el domingo 10 de Febrero del 2017 cuando fui a hacer unas compras. Al preguntarle la razón, me contestó que era porque la plaza se encontraba dividida a su vez en dos plazas. La primera, la plaza de la Perseverancia propiamente dicha, la cual se encuentra constituida por la zona de fruterías que dan a una especie de terraza sobre la carrera 5, y el área interior, donde se encuentran los restaurantes, cubierta por un gigantesco techo estructurado sobre vigas de madera y tejas de barro, que se alzan a 15 ó 20 metros de altura, dándole al recinto un aire solemne y magnificante. La segunda plaza, la constituyen los puestos que quedan por la entrada de la calle 30, todos por fuera del edificio, ubicados en estantes con tejas de eternit como a 3 metros de altura con pequeñas claraboyas, donde todo es más caro y que con un poco de sorna le da origen a lo que los habitantes de La Perseverancia llaman: la plaza de La Macarena.

Las fruterías atraen a transeúntes que circulan por la zona. Jugos de naranja, ensaladas de frutas...etc, son preparados "in so facto" en minúsculos locales (un par de ellos se encuentra en el espacio debajo de las escaleras). Estudiantes que van para sus clases, señoras de la Perse que salen a trabajar, son algunos de sus comensales. También están los deportistas de La Macarena que regresan de sus correrías en el Parque Nacional, a unas cuadras del barrio, o que han ido a caminar por la montaña.

Para jugos de naranja, por ejemplo, me comentaba Doña Inés, una jovencita que había heredado el negocio de su mamá que a su vez lo había hecho de su abuela, en un día corriente puede utilizar unos dos bultos de naranja y cada bulto trae entre 100 y 120. Se trabaja duro pero es un buen negocio.

Un jugo, cuesta la mitad de lo que vale en cualquier cafetería cercana. Claro, los jugos afrodisiacos, que son la especialidad de uno de los locales, no se consiguen en ningún otro lugar de la zona.

De otra parte, en el área interior están funcionando como 8 restaurantes existiendo otros tantos espacios vacíos. También el área interior aloja 4 abarroterías donde se vende granos y además, un par de carnicerías.

Los restaurantes son toda una vitrina gastronómica de la cultura tradicional: lechona, sobre barriga, mute, caldo de costilla. En sus ollas se conservan la historia de la cocina santafereña y en los platos de los clientes, los cuales observo caminando lentamente por entre las mesas, puedo olfatear los olores de las cocinas del pueblo donde nací. También existe un restaurante dedicado a la cocina del Pacífico y otro a de la cocina Vallecaucana. Los clientes de los restaurantes son muy diversos, me comenta en voz baja, Doña Teresa, la señora que me vende un ajiaco. Los domingos vienen las familias de La Perseverancia: niños, abuelos... hasta el perro, me dice; pero entre semana es muy variadito. La mayor cantidad, por ejemplo en este mes, son los obreros que están construyendo los edificios de los alrededores donde lentamente han venido tumbando las viejas casonas del barrio San Martín que queda pegado a la Perse pero hacia la carrera séptima, sustituyéndolas por edificios de 20 pisos para apartamentos de gente bien.

Un metro cuadrado puede estar costando 5 ó 6 millones de pesos.

Pero también vienen señorones y señoras muy bien trajeados del barrio La Macarena y de las oficinas de los alrededores, particularmente del barrio La Merced, ubicado al lado norte de la Perse. Vienen, decimos los de aquí, ha untarse pueblo. Eso no significa que no les guste la comida; devoran. Y nosotras contentas de vender tantos almuerzos.

De los comentarios escuchados es fácil deducir que la Perse se encuentra sitiada por dos barrios elegantes: La Merced, hacia el norte y La Macarena, hacia el sur; el único respiradero que le queda, el barrio San Martín, está siendo copado vorazmente por edificios de apartamentos carísimos. Es como si la estuvieran asfixiando.

No todo son bendiciones, me continúa comentando Doña Teresa. También hay muchos accidentes de trabajo. Uno de mis sobrinitos por travesiar, se quemó con una olla de sopa. Por fortuna le echamos harta agua fría inmediatamente y la quemadura no pasó a mayores. Quemados, cortados, y uno que otro ladrón. Por eso en todos los puestos siempre colocamos matas de sábila y además, tenemos la plaza entronizada a la Virgen del Perpetuo Socorro. Sin embargo, el año pasado, Doña Concepción estaba muy apurada y sin darse cuenta se quitó con el cuchillo un par de dedos de la mano. Lo que hicimos fue llevarla rapidito al centro de salud de La Perse, que queda a 4 cuadras. Allí la atendieron muy bien pero cuando llegó el cirujano lo primero que preguntó fue por el dedo: que dónde estaba, que se lo trajeran. Nosotras nos devolvimos corriendo a la plaza y rápidamente nos dimos cuenta que los dedos habían caído a una olla hirviendo y se los había terminado comiendo uno de los señores. Y según cuentan, parece que hasta le gustaron.

EL HOMBRE Y EL PERRO

Todos los días, a las 7 de la mañana, “llueva, truene o relampaguee”, el “Hombre”, así resolví llamarlo, paseaba su perro por el barrio La Macarena. Su recorrido matutino era siempre el mismo: pasaba frente al restaurante El Patio (al que acudía religiosamente Jaime Garzón hasta que lo asesinaron), y caminaba por la carrera 4A hasta internarse en el aristocrático barrio del Bosque Izquierdo, donde después de pasar por la casa del embajador de Bélgica y la casa de Vázquez Carrizosa, ese político conservador que los de su partido le decían traidor porque ya viejo resolvió convertirse en defensor de los derechos humanos, se dirigía a La Raqueta, calle cerrada, ya casi colindante con la Avenida Circunvalar, que tenía forma de una raqueta y que alberga casas hermosas, entre las cuales sobresale la casa de los azulejos. Al rato lo veía devolverse por la misma ruta, como quien recoge los pasos y en El Patio giraba hacia la montaña, dirigiéndose a algún lugar que nunca supe cuál era.

El Hombre es un hombre muy bien parecido; mide como 1.85. Al contrario de muchos hombres de su edad posee abundante pelo y todo es de un color blanco casi nieve; es flaco y desgarbado. Sus canas son prematuras porque en sus manos no se ve una mancha ni una peca. No es un anciano; apenas si bordea los 55 años. Viste informalmente e incluso alguna vez lo he visto en sudadera. No lleva barba pero casi nunca está recién afeitado, lo que hace que en su cara se dibuje una sombra tenue que acentúa su blancura. Parece un reloj; basta verlo para saber la hora. Camina al ritmo de su perro.

Su perro también es blanco de raza poodle. Dicen que en Francia fueron apetecidos por la nobleza. Tendrá unos 25 centímetros de altura y se encuentra lleno de bucles. Parece como si le hicieran rulos, pero no; son así. A diferencia de muchos de su ralea, a los que les peluquean algunas partes de las patas, este no parece haber pasado por los salones de belleza. Siempre está limpio aunque en época de lluvias se ensucia con el barro. El perro se ve diminuto al lado de su amo. Es difícil imaginar por qué alguien tan grande tiene un perro tan chiquito. Debería existir una mínima proporción entre ellos dos pues siempre de alguna manera el perro es la expresión de la personalidad de su amo y viceversa.

Ninguna vez he visto al Hombre acompañado. Siempre pasea a su perro solo. Ni siquiera deja que su perro se relacione con otros perros; no importa si son canchosos o perros más pequeños o machos o hembras e inclusive si son perros de su misma raza. Para evitar que acechen a su perro, el Hombre carga consigo una pequeña rama. Tampoco él se relaciona con nadie. Ni siquiera con los grupitos que ocasionalmente se conforman en el parque donde juegan los perros de otros tantos dueños de perros. Por lo menos durante el paseo por el barrio son una pareja solitaria.

En La Macarena son muchos los hombres y mujeres entrados en años, que se ven paseando sus perros. Todos lo hacen personalmente. Ninguno contrata el servicio de un

paseador profesional los cuales uno distingue porque llevan 4 ó 5 perros. Tampoco lo hacen empleadas del servicio porque no es un barrio con empleadas de servicio internas. Todas llegan tarde y se van temprano y no tienen tiempo para hacerse cargo de las mascotas.

El Hombre anda con una bolsita donde recoge los excrementos de su perro. Pero casi siempre quedan por fuera pedacitos de mierda con los que tarde o temprano algún transeúnte termina untado. Por eso es muy frecuente ver a alguien tratando de limpiar la suela de sus zapatos arrastrándolos sobre el sardinel del andén. También los orines cumplen su función. Como los perros orinan precisamente donde lo han hecho otros (para tratar de marcar el territorio borrando sus olores?), al árbol seleccionado lo pueden orinar cada día decenas de veces que sumadas, pueden ascender a no sé cuántos mililitros de ácido úrico.

Casi nunca modifica su ruta pero cuando está lloviendo lleva su perro al Parque de la Independencia que queda al lado de las Torres del Parque. Seguramente que lo hace porque en esas condiciones hay muy pocos perros y personas. De todos modos, la ruta básica no se altera; simplemente se le agrega un segmento, que por lo demás, se obtiene con sólo atravesar la carrera quinta.

En la tarde, ya casi a las 6, y a punto de irse la luz del día, nuevamente lo veo con el perro pero por un camino distinto: la carrera quinta. Sin saber a ciencia cierta de dónde parte inicialmente, a esta hora aparece en la esquina de la estación de policía, pasando al frente del taller del escultor Jonh Casttels. Recorre la calle 26 C donde se encuentra Ácimos, un café-restaurant y la Galería El Dorado, terminando en la Librería Luvina, la cual está exactamente en la esquina. Continúa por la quinta y frente a las Torres del Parque pasa por tres galerías de arte más: Alonso Garcés (que se encuentra en lo que fue la sede de la antigua iglesia de la Sociedad Teosófica), NC - arte y Valenzuela Klenner. Al terminar la cuadra “echa pa arriba”, por el edificio diseñado en los 80 por Garaol Carbonel en la cuadra empinadísima que Negret y Enrique Grau, llamaron “la calle de la deshonra” (donde se halla el restaurante “Vásquez y Cebollas”), y camina hasta la esquina. De allí parte nuevamente por la carrera 4 A hasta El Patio donde cruza a la izquierda y lo pierdo de vista.

Una mañana no vio al Hombre y su perro. Supuso que había cambiado la hora de salir y ya había pasado o lo haría más tarde. Era algo muy extraño porque había observado al Hombre y su perro por meses. Horas más tarde se corrió el rumor de que en los lotes aledaños a la Avenida Circunvalar, que lindan con la Universidad Distrital en la parte alta del barrio, había un perro muerto. Lo que sucedió fue que en los potreros había “papas” sin estallar. “Papas”, se les dice a unos explosivos caseros que los estudiantes arrojan durante sus protestas. Los perros paseadores que soltaban para que corrieran a sus anchas por

entre el pasto, hicieron estallar una “Papa”, que se comportó como las minas quiebra patas, matando uno.

El Hombre y su perro vivían por esa zona? El perro había sido víctima de la explosión? No salieron a pasear por precaución? Cambiaron la ruta de sus caminatas?

La situación empeoró porque a lo que había sido una especie de daño colateral, no premeditado, se le sumó algo deliberado. En el Parque de La Independencia, precisamente el mismo día de la explosión de las “Papas”, habían regado un veneno para ratas que resultó muy apetitoso para los perros. Y muchos de los perros que frecuentaban sus prados se estaban muriendo. El “atentado”, se rumoraba, se debía a que para algunos vecinos, el parque se había convertido en un cagadero de perros, haciéndolo prácticamente intransitable.

Esa semana no se vieron a los perros y rápidamente no solo se empapeló todo el barrio con la denuncia sino que se citó a una marcha de protesta con todo y perros incluidos. La cita fue en las Torres del Parque y recorrió buena parte de La Macarena. Cuando la marcha pasó frente a su apartamento buscó acuciosamente al Hombre y su perro. No lo pudo encontrar. Tampoco lo volvió a ver nunca más.

EN BUSCA DEL PARAÍSO PERDIDO

CHIGUA – CHIA

INTRODUCCIÓN

Germán me ha pedido que lo acompañe en sus recuerdos.

Así, he dejado volar mi imaginación hasta CHIGUA – CHÍA, y he podido escuchar la vitalidad que alberga la noche profunda, percibir los verdes que recrean el paisaje, recorrer los caminos, contener la respiración frente al aleteo frenético del colibrí, para luego aspirar con deleite el aire transparente, el aroma del borrachero, de los ocobos y llenar mis ojos con el destello de las buganvillas y los girasoles.

Así, en aquél aquel “pedacito del cielo” he abierto mi mente para comprender la sapiencia y las costumbres de los pobladores de CHIGUA–CHÍACHIGUA–CHIA, de gentes sencillas que saben leer los presagios cifrados del relámpago. He recreado en mis propios recuerdos el mercado poblado de rostros campesinos, blancos como la cuajada, rodeados del producto de la tierra en sus variados colores y formas, de las balanzas de antaño y de los mil cachivaches de un mundo que pareciera detenido en el tiempo. He recreado las ferias y fiestas patronales que convocan a campesinos, entre el estrépito de voladores y de mechas de tejo.

Así, he acompañado también a nuestro querido amigo en su recuerdo del quehacer minucioso para la realización de éste, su propio “pedacito”, bajo ese inmenso cielo. He cerrado los ojos para verlo enseñar a su pequeño hijo el cultivo del huerto, la observación de las constelaciones, el amor por sus mascotas Terremoto y Parche, la construcción de una casita en el árbol, vestir el Año Viejo. Lo he visto sentado en el pasto húmedo, soñando y con las esculturas que hoy, como un ejército de seres extraordinarios, rodean la casa y escoltan sus reflexiones y la redacción de éstos, sus escritos, que él llama el “arte de perder el tiempo”.

Gracias, Germán, por presentarnos tus ojos y tu sensibilidad para acercarnos a CHIGUA–CHÍACHIGUA – CHIA.

*Desde Luvina, siempre,
ÁNGELA PONCE DE LEÓN.*

PERCEPCIONES

PEDACITO DE CIELO

Por la carretera recogí una viejita que hablaba como una lora sobre todos los noticieros que oía por la radio. Me dijo que en Choachí no había huracanes, como en Estados Unidos; que no dejaban botados a los bebés en las puertas de las iglesias para que los recogieran,

como en Bogotá; que no había guerras, como en Irak... Lo mejor fue su demoledora conclusión: no hay duda, “en Choachí tenemos un pedacito de cielo”.

APRENDIZAJES

Sobre el campo la gente de la ciudad tiene que aprenderlo todo. Es como si viajara a otro planeta. De ahí que no conozca el nombre de los árboles ni los ciclos de las cosechas; que sea incapaz de establecer los presagios cifrados en los relámpagos, o reconocer la diferencia entre una mata de habichuelas y una de arvejas. Hasta debe comprobar la veracidad de aquél refrán que dice: “perro que ladra no muerde” y queda maravillada cuando se da cuenta que las gallinas duermen en los árboles.

NOCHE

En el campo los ruidos de la noche son muy distintos a los del día.

Unos parecen de ultratumba; recuerdan los cuentos de fantasmas y vampiros.

Otros dan un tono como para acompañar canciones de cuna.

Los ruidos de la noche son ambiguos, ambivalentes.

Los emite una fauna que va de las ranas hasta las chicharras, que nunca se ven pero están por todas partes.

Dicen que algunos “bichos” cantan hasta reventarse y que lo hacen por amor.

CHICHA

Muchos campesinos de la vereda toman chicha de caña. La muelen en el trapiche de Doña Ana, la misma que nos trae la leche todos los fines de semana, excepto en vacaciones, cuando llega una multitud de nietos a visitarla.

No la venden ni la compran; la preparan colectivamente en un ritual que los agrupa. Aquí no se cumple el verso inculpador: “amigo a beber se dijo, sin haber molido caña...”.

Con la chicha soportan las extenuantes jornadas agrícolas, quizá de una forma similar a los indígenas de los Andes, cuando mascaban la coca.

Pero no se emborrachan durante el trabajo. Se emborrachan en las fiestas del pueblo y los fines de semana. Allí uno termina por enterarse de que fulanito de tal se acostó con la mujer de menganito y si en algunas ocasiones la suerte no ayuda, la borrachera termina con un acuchillado.

PÁJAROS

Hoy vi un pájaro entrar en la “cuevita” que construyó en la vara de guadua. Me sentí en un documental de Discovery Channel. Oía y oía el picoteo. Pensé que era el viento moviendo la bandera Tibetana que monté. Pero qué va: era un pájaro carpintero. Tiene una parte de la cabeza de color rojo.

Llamé a mi hijo y le conté.

Los picaflores son un espectáculo insólito porque poseen destrezas de helicópteros. Se quedan suspendidos en el aire con el pico introducido en las flores varios centímetros chupando el néctar. Y una vez cogen confianza lo hacen a poquísima distancia de los intrusos –uno o dos metros–. De pura casualidad saqué una foto en el instante preciso. Vamos a ver que qué sale.

Al amanecer los pájaros cantan como si se les fuera a acabar el día.

Mi hijo de cuatro años dice que no dejan dormir.

Todos cantan con melodías cifradas: se llaman, se enamoran, pelean.

Por más aturridos que la ciudad nos haya vuelto. Los oídos, sus silbidos resaltan tanto en el silencio del campo que se escuchan e inconscientemente se intentan localizar con la mirada.

Y le entran a uno unas ganas locas de saber cómo son y cómo se llaman. ¿Corresponderá su forma a lo imaginado? ¿Son amarillos? ¿Tienen el pecho rojo?

No deja de ser desconcertante que el autor de un canto esperanzador sea un pajarraco negro, que más parece un ave de mal agüero.

Aunque realmente puedo reconocer tan sólo dos o tres cantos, el del turpial sobresale. Tiene un ritmo elemental que se pega, que dan deseos de imitar. Logra despertar la atención hasta el punto en que se terminan por olvidar los monótonos ruidos de los gallos, que únicamente se justifican al recordar la patraña según la cual eran precisamente sus cantos los que hacen hacían salir el sol.

Son como un regalo de la naturaleza; cantan como hasta las nueve de la mañana. Dicen que anidan en un eucalipto cercano pero que los persiguen mucho porque pagan hasta sesenta mil pesos por la pareja. La manera de cogerlos dizque es encerrar otro en una jaula y cuando los demás vienen a alimentarlo, los atrapan. Triste destino para la solidaridad.

FERIAS

A principios de Enero, por Reyes, son las Fiestas: Reinado, Exposición de ganado, Corrida de toros, Conjuntos musicales...

Los principales patrocinadores son las cervecerías; recogen sus inversiones multiplicadas por mil, porque la gente bebe como “agua pucha”.

Todo es como una imitación: el reinado, del Reinado de Cartagena; los toros, de la Feria de Cali. Se siente un sabor que oscila entre lo cursi y la tristeza. Se pretende ser lo que no se es y se terminan haciendo caricaturas.

Pero las Fiestas son la ocasión para muchas otras cosas: el concurso veredal a los mejores productos, donde compramos una cebolla tan grande como un balón de fútbol. La mezcla de la gente que vive en el pueblo y con los campesinos, donde como en todos los

carnavales del mundo por un instante parece como si se borrara las diferencias de clase. El conocimiento de los "dueños del pueblo": los ganaderos, los del Hotel, los del supermercado y uno que otro mafiososito engalanado con cadenas de oro.

También están los comerciantes itinerantes que venden sombreros y ruanas de tela con dibujos de toros y leyendas que dicen: "Choachí, contigo en Paz, para que más", aludiendo claramente a fantasmas inmencionables.

Se encienden centenares de voladores que a pesar de llenar de luz el cielo como estrellas fugaces, son un peligro; en estas fiestas estalló una caseta con pólvora quemando a no sé cuántos niños y volando en pedazos a un soldadito, que armado hasta los dientes con granadas y cinturones llenos de balas, era realmente un polvorín andante. Ni siquiera el cargar un escapulario de esos que regalan las abuelitas cuando a los mocetones se los llevan a prestar el servicio militar, le sirvió para impedir que se comportara como una mecha de tejo, que fue lo que muchos pensamos era el ruido que oímos un domingo hacia las ocho de la noche.

EL SEMINARIO

El edificio del antiguo seminario Monfortiano se encuentra enclavado en el centro de una gran finca, ubicada en la única tierra plana de Choachí. Austero, enorme y desolado.

Cuentan que en sus épocas gloriosas albergaba hasta 200 doscientos seminaristas, reclutados entre muchachos campesinos que motivados por "el olor a santidad" y porque era su única posibilidad de cursar gratis el bachillerato, colmaban el vetusto edificio en donde hoy viven como espantos 3 tres curitas, cuidando celosamente su espacio feudal de manera tan mezquina, que para impedir que ocasionalmente alguien la lo atravesase eludiendo ser arrollado por las busetas que pasan disparadas por la carretera, sueltan unos perros enormes tan desesperados y amargados –por estar todo el día amarrados– como sus dueños...

PAISAJES

Hoy pasé nuevamente por las matas de borrachero. Son blancas, como de primera comunión. Es cierto que su aroma es tan penetrante que emborracha; lo que prueba que para colocar poner nombres la sabiduría popular es sabia.

A su alrededor se escuchaba un zumbido monótono y peligroso: era todo un enjambre de abejas engolosinadas con sus aromas. Con mucho miedo me acerqué y corté un par de flores para poner en la mesa del comedor. Se murieron demasiado rápido. Hubiera sido mejor dejárselas a las abejas. ¡Ese afán por acabar con la naturalidad de la naturaleza sólo para lucir natural!

Todas esas montañas van dibujando sus siluetas, una tras otra contra el atardecer. Tres, cuatro..., hasta cinco, dependiendo del lugar desde donde se miren; Parecen los telones de una obra de marionetas.

En ocasiones son tenues y nubladas, como los cuadros de Gonzalo Ariza. Y son bellas, aunque al arte moderno les parezcan cursilerías folclóricas y costumbristas.

El aire es tan transparente que casi se pueden ver las cebollas sembradas en los cerros de en frente, a kilómetros de distancia; y entonces el paisaje se vuelve alucinante.

El paisaje es el único lugar donde las mesetas y los valles que estudiamos en geografía se pueden ver en la realidad. Una clase viva. Una lección que se aprende. Una tarea que se hace sin pereza.

Durante una semana, una semana cuando mucho, en el verano más crudo, los ocosos se transforman en árboles rosados como inmensos ramilletes de flores. Igual que los cerezos japoneses.

Después y durante todo el año, pasan a ser un árbol más donde se clavan los alambres de púas y se rasca una que otra de las pocas vacas que hay. Su belleza radica en esa ecuación que combina la exuberancia con la efímera duración.

Me recuerda el comentario erudito de un amigo biólogo que explicaba la floración de los cactus: sólo lo hacen cuando están resecos y se encuentran próximos a morir. Su mejor esfuerzo para la supervivencia de la especie.

Y de una amiga nicaragüense que en plena guerra buscaba tener un bebé: si muero dejo viva vida, me prolongo.

Al caminar por las montañas hacia las cinco de la tarde es imposible sustraerse de ver en ellas el perfil de un animal exótico. Todo parece configurarse para hacer volar la imaginación. Quizá el mismo nombre de la región –Chigua-Chía = La cama de la Luna–, no hace sino corroborar la invencible tentación de inventar historias a partir de sus imágenes. ¿Por qué será que cuesta gozar el paisaje sin tener que conceptualizarlo; sin tener que pronunciarlo con palabras?

¿Tan insensibles nos ha vuelto la razón? ¿Hemos perdido la sensibilidad a lo sensible?

¿Es que sólo gozamos la primera vez y después nos acostumbramos y lo vemos sin verlo?

Si nos alejamos de las montañas por unos días, si ya no podemos verlas, nos hace falta la placidez que producen. Nos sentimos como sin aire, asfixiados.

La frecuencia vuelve normal lo maravilloso, lo real maravilloso pasa a ser parte del menú.

CAMINOS

La casa está rodeada de caminos que conducen de todas partes a las diferentes veredas al pueblo, en un enigmático laberinto delicioso de descifrar.

Suben y bajan como rodaderos y por ellos sólo transitan campesinos siempre apurados. De cuando en cuando hay atajos “cariñosos” que evitan alguna escarpada cuesta.

El que va para la vereda de Bovadillas es un camino real; es una interminable escalera de piedras tan grandes como calabazas, colocada hace medio siglo a lomo de mula. Asciende prácticamente hasta el cielo en un tramo como de un kilómetro, y al recorrerlo hay que hacer por lo menos cuatro paradas para evitar que se estalle el corazón.

Entre más se sube, el paisaje se torna más soberbio: desde sus recodos se pueden ver simultáneamente Choachí y Fómeque. A lado y lado hay una mancha de árboles llenos de musgo y pencas parásitas que enmarcan los postes de la luz.

La electricidad hace sonar los equipos de sonido de las esporádicas casas con una amplificación que se asemeja a un eco embrujado, pues por pequeños que sean, logran retumbar por media cordillera. Es como si el sonido se esparciera por el aire silencioso con la consigna de no detenerse hasta encontrar quien lo escuche.

A Bovadillas también sube una carretera destapada. Ya casi al llegar está el árbol de piedras que descubrimos con mi esposa y mi hijo de cinco años en una de nuestras ansiosas exploraciones. Lo llamamos así porque envuelve con sus raíces una enorme piedra que como no quería dejarlo crecer, terminó envolviéndola hasta tragársela.

Caminando en absoluta soledad –no hay casas, ni sembrados, ni gente; sólo el ruido del viento y potreros con pasto–, súbitamente aparece una cadena de montañas que se pierden entre mezcladas con cinturones de niebla.

EL JARDÍN

Tener un jardín implica muchos verbos: sembrar, regar, desyerbar, podar, ubicar, fertilizar, fumigar, reproducir y a veces hasta eliminar. Todos estos cuidados se hacen con gusto porque tienen una recompensa maravillosa: las flores.

Descubrí tarde que los jardines permiten acceder a nuevas dimensiones de la vida.

Se originan en los alrededores de las abadías medievales y los templos griegos, como prolongación de lo sagrado. Moctezuma, el legendario guerrero de los aztecas, tenía dalias.

Con el tiempo he ido entendiendo que unas matas son de cosecha y otras perennes; que como cualquier bebé son tremendamente sensibles a la luz y la humedad; que muchas de las más vulgares producen fabulosas flores, como las silvestres maravillas que son una maravilla.

Me ha tocado aprender como a los ratones de Skinner: por el método de ensayo error. Los libros sobre jardinería son para los países del Primer Mundo donde tienen estaciones; en ellos no aparecen las gallinas de don José –mi vecino– que se la pasan escarbando la tierra como si fueran retroexcavadoras Caterpillar, ni el burro de don Misael, que más parece una jirafa –por su inmedible cuello–, y que termina devorando como postre todas las flores que pueda alcanzar por encima de la cerca.

Rasguñando algunas revistas en busca de sus orígenes, encontré que son la expresión de un hombre planetarizado: cualquier modesto jardín campesino posee ejemplares traídos de India, de China, de Italia, de México... ¡El pasto kikuyo es del África!

Las buganvillas que tengo enfrente de la puerta de entrada, en algunas épocas se hallan tan intensamente rojas y moradas que al mirarlas “de sopetón”: enceguecen.

Las margaritas producen tantas flores que no tiene sentido contarlas; los lirios parecen que no dejarán de florecer nunca.

Árboles como el simple guayabo o el caucho tienen raíces capaces de demoler un edificio.

Los nombres populares son soberbios; liberales y conservadores, por los colores rojos y violetas; el incienso, porque huele a iglesia; las gitanas, por sus ropajes verdes y rojos, o amarillos.

Si Humboldt hubiera conocido las nomenclaturas campesinas inspiradas en las analogías, hubiera desistido de incluir en sus extensos catálogos nombres con latinajos impronunciables.

Muchas dan origen a nombres de mujeres; ¿o es al revés?, ¿los nombres de mujer bautizan las flores?: rosa, hortensia, begonia... ¿Por qué no habrá una mujer que se llame anturia ?, son hermosas.

Algunas matas no tienen flores pero se regodean con hojas que se asemejan a la paleta de un pintor expresionista; otras se arrastran pero no para envilecerse sino para desplegar coquetamente su hermosura; y otras, como las susanitas ojos negros, poéticamente llamadas: “ojos de poeta”, se enredan para ascender si es posible hasta las nubes (sembré unas en un poste de la luz y me las vi “a gatas” para impedir que terminaran enroscadas en las cuerdas). Desafortunadamente son una plaga porque se “apercuellan” de sus anfitriones hasta asfixiarlos.

Mis girasoles, que giran siguiendo al sol como un enorme telescopio, son tan gigantescos que parecen perdidas remembranzas de la prehistoria. Cuando mueren, dejan centenares de semillas que vienen a comerse los pájaros, engrandeciéndolos póstumamente su majestuosidad.

Los jazmines huelen a perfume. Las azaleas –originarias de China–, moradas o blancas, dan unas flores que parecen pequeños pájaros, nunca tan majestuosas como el Ave del Paraíso –que demora ciento veinte días en germinar–, pero que igual, invitan a volar.

Las hiedras van decorando las piedras generando un contraste de exotismo y sobriedad.

No he logrado que mis matas de pensamientos me prendan. Termino comprándolas “hechas y derechas” en los viveros de Bogotá y añorando a mi hermana Carmenza a la que se le dan de manera incondicional en su terraza de Nueva York.

EL MERCADO

El mercado todavía huele a campo. Si no fuera por dos o tres soldados que hacen ronda, hasta se diría que es algo parecido a un óleo de finales del siglo XIX.

Se consiguen huevos de amor, que tienen un color amarillo intenso y no saben a pescado ni tienen fragmentos de concentrado en la yema. Hay balanzas romanas de hierro de verdad –no de hierro colado– para pesar la papa: obras de arte de artesanía; y venta de marranos que chillan como si adivinaran que los van “a pasar al papayo”.

Muchos de los vendedores de la plaza son tan blancos como la cuajada que venden, y su cara está esculpida por arrugas y pecas que recuerdan a los conquistadores españoles de los cuales seguramente descienden.

En la parte de arriba de la plaza se encuentran los cachivaches; o es como un mercado persa en miniatura: centenares de casetes extendidas en catres desarmables, eternamente a precios de feria con música de carrilera y rancheras y vallenatos. Botas de caucho, carritos de plástico, polleras, navajas, linternas, preciosas y enormemente fácil de desportillar vajillas de loza esmaltada, barajas de naipes, cucharas de palo, peinillas de Carey para peinarse y peinillas de metal para cortar la maleza y aparentar fiereza cuando se está borracho.

INTROSPECCIONES

LA CASA

La casa donde vivo la diseñé en compañía de Ramiro, el maestro constructor. Es un empírico que estudió –pero nunca terminó– Zootecnia; le hizo campaña al M-19, le enseñó albañilería a media docena de recios campesinos que no sabían sino de cebollas y sequías, curó las heridas de algunos caballos de mafiosos que les metían coca para pasarla de contrabando hasta el Ecuador, y construyó una escuela para el cura de Fómeque, un pedazo de una bomba de gasolina, los tanques de agua de un criadero de pollos y la casa de campo de Daniel Samper. Un exponente soberbio de la idiosincrasia del rebusque. Un filósofo de la vida que en lugar de escribirla, la vive, y que siempre se refiere a los de mi “pelambre” como “los intelectuales que decidieron convertirse en ermitaños”.

La diseñamos sentados en el pasto húmedo, una tarde sin prisa y sin saber a ciencia cierta de dónde terminaría de sacar la plata para construirla.

Resultó de dos pisos, con un ventanal sobrecogedor que permite disfrutarse cuatro montañas de una sola mirada.

Tiene una cerca en varas de guadua que según una amiga ilustradora es igual a la del cuento de “Los tres cerditos” donde incrusté unos buganvillas morados que hay que defender de las enormes, regordetas, repugnantes y devoradoras chizas, con un poco de “espichadas” y otro poco de químicos.

PERDEDERA DE TIEMPO

Hacía dos años que no escribía. Es que para hacerlo necesito tranquilidad. Y casi siempre que bajo (Choachí se encuentra a 1.950 metros contra 2.600 de Bogotá) lo hago para trabajar en algo: redactar un informe, estructurar una conferencia... Sólo logro escribir “pendejadas” cuando no voy a hacer nada; cuando voy a “perder el tiempo”. Ciertamente es cuando más lo disfruto.

Y es que eso de perder el tiempo es todo un arte. Para empezar, hay que eliminar la angustia de perder el tiempo, la angustia por la improductividad. Aunque hoy tengo cincuenta y siete años, el libro del filósofo italiano Norberto Boboy sobre la senectud me ha sido muy aleccionador. A nuestra generación ya no le alcanzó la vida para estar al día en los paradigmas, dice, porque estos no sólo proliferan desde todas las disciplinas sino que además son efímeros (pasan de moda cuando apenas uno está acabando de asimilarlos). Pobres los intelectuales jóvenes. Para nosotros los paradigmas eran pocos (el marxismo, el estructuralismo y cuando mucho el psicoanálisis) y permanecieron incólumes casi hasta la caída del muro de Berlín, donde se derrumban los socialismos reales y las certezas y universalismos de la modernidad.

Intento no olvidar la respuesta de Neruda cuando le preguntaron qué haría si pudiera volver a vivir: “Trataría de contemplar más atardeceres”.

MI HIJO

En estas vacaciones mi hijo aprendió a nadar y a leer. Y fue como un milagro. Se siente una alegría muy cercana al llanto.

Con seguridad el cuento, que todas las noches de manera religiosa le lee la mamá, jugó un papel fundamental en sus ganas de aprender a leer.

Pero el paso entre el no saber y el saber se dio de “la noche a la mañana”; prácticamente sin darnos cuenta.

Toda la psicología de Piaget que tanto me costó aprender, es rota permanentemente por las intervenciones de mi hijo. Y dízque Piaget investigó a sus hijos. ¿Serán bobos los niños de Ginebra?

Como Graciela anda por Israel duermo con Juanjo. Qué lío. Con la disculpa de que siente miedo, se me enrosca como una Boa constrictor. Entre el estar pendiente para que no se destape pero que tampoco me ahorque, amanezco desvelado. Dormir con un niño es un verdadero arte.

Hoy fui con Juan José a la cancha de básquet de la escuela vecina. Peloteó sesenta veces la bola e intentó montar en patines hasta que se le abrieron las piernas y quedó sentado en el piso. Un programa maravilloso que la rutina de la ciudad nunca invita a hacer.

Fuimos caminando a la laguna de Ubaque. Allí los indígenas le rendían culto a no sé qué dios. Y no es para menos: su paisaje es solemne. Un enorme cerro como de trescientos metros parece arrodillarse frente a ella.

Se encuentra sembrada de lotos. Siempre cojo tres o cuatro: los que están cerca de la orilla. Se cierran por la noche y se abren con el sol.

Al regreso, mi hijo me hizo repetirle por quinceava vez un cuento que me inventé alguna vez para evitar tener que cargarlo en los hombros. Se me vino a la cabeza al ver un rancho destruido que se encuentra a la orilla de la carretera. Es sobre una “vieja” que haciéndose pasar por bruja le sacaba comida a los campesinos, que terminaron quemándole la casa cuando ella acabó con todas sus gallinas (dicho en lenguaje directo: no se dejaron “boletiar”). No hace sino corregirme para evitar que me pierda de la versión original, de la que a mí ya se me olvidaron todos los detalles pero él atesora fielmente en su memoria de elefante.

Hoy llevamos a Terremoto en carro al pueblo. Yo le dije a mi hijo que es bueno que conozca otros potreros para que aprenda que las vacas no son perros con cuernos.

Olfatea todo para aprenderlo: dicen que los perros tienen un olfato cien veces mayor que el de los humanos.

Lo trató de envenenar –quizá con razón–, una vecina porque le asustaba a su único capital: un par de terneros. No lo salvó el veterinario empírico del pueblo que siempre me da la misma inyección independientemente del síntoma; ¿será que quiere deshacerse de ellas?. Lo hizo el cuidandero con remedios caseros. Qué paradoja, con remedios caseros se murió Parche –un dálmata como los de Las noches de las narices frías– y con remedios caseros se salvó a “Terremoto”. Ambigua sabiduría.

Mi hijo quiere ponerle un apellido a “Terremoto”: Huracán. Terremoto Huracán. Y de verdad que jode tanto que bien merecería tan estruendosa manera de llamarse.

Anoche estuvimos mirando el cielo. En la ciudad no se ven sino las antenas de televisión.

Con Juanjo creímos localizar meteoros que se estrellarían en algún lugar de la Tierra produciendo enormes cataclismos; observamos también cometas con largas colas donde leímos toda clase de presagios.

Vimos insinuados: osos, leones, escorpiones, cabras..., en fin, todos los signos del zodiaco, a pesar de que mis conocimientos en astronomía son tan sólo un deseo, y mis cartas estelares las compré en Estados Unidos donde la posición de las estrellas es diferente. Por fortuna, Juanjo es un especialista en los Caballeros del Zodiaco.

En un libro de volcanes vimos que las aguas termales de la piscina del pueblo son parte de un río subterráneo, probablemente calentado por un volcán distante miles de kilómetros.

Está aprendiendo a nadar. Ya atraviesa la piscina termal de Choachí a lo ancho, ayudado de aletas y de una tabla de plástico. No sé si con todo este aparataje parece un hombre rana o una rana.

Juanjo armó esta mañana, ante mis ojos atónitos, un lego de carro de astronauta; tenía como treinta piezas. Iba siguiendo las instrucciones casi sin pestañear. Y yo que se lo compré para que viéndomelo hacer fuera aprendiendo. Mi problema es que con frecuencia no me tomo el tiempo suficiente para acompañarlo a crecer.

Construí para Juanjo él una cabañita sobre unos troncos. La cubrí con una carpa de camión donde un enormemente gordo artesano de Choachí que arregla zapatos, repara electrodomésticos y hace avisos publicitarios, le pintó una casa con tejas y flores, tablas y una ventana. Me costó un “jurgo” de plata pero no he logrado que ni la mire. En cambio, María Eve, nuestra vecina, armó con unas sábanas viejas y unas cañas que estaban por ahí botadas una súper tienda que él añora. Su encanto radica en que intervino en su diseño y elaboración. Un secreto simple y profundo que no he terminado de poner en práctica.

Quizá la cabañita no era para él sino para mí.

Juan José está disfrutando al máximo la canasta de básquet. Antes ni la miraba, pero ahora, como está en el equipo de SALUDCOOP, tiene fiebre. Puede pasar horas jugando solo. Dice que los de la NBC hacen todos los días hasta dos mil lanzamientos.

Ha crecido mucho. Le dijo que es una jirafa con patas de mamut (calza cuarenta y tres). La semana pasada le ganó a Graciolina dos –de tres– juegos de damas chinas, donde ella es un as. Yo sólo los veo porque nunca gano.

Mi hijo “me toma el pelo con las matas”, sobre todo cuando terminan rascándole las orejas al tener que compartir con ellas el asiento de atrás del carro al regresar del vivero del pueblo. Me comentó que no quería saber nada más de matas porque se le iban a olvidar los animales.

Anoche pude ver las Tres Marías. Ya se me olvidó a qué constelación pertenecen. Lo que más me gusta es que mi hijo, después del curso de astronomía que tomamos en Maloka, cada vez que estamos fuera de Bogotá me dice que observemos el cielo. Casi nunca vemos nada..., pero alzamos la mirada.

ESCULTURAS

A lo largo de estos años he podido sacar tiempo –y dinero– para diseñar algunas esculturas “gigantes” que se incrustan sobre recovecos del jardín en los alrededores de la casita; son únicamente 1.300 metros cuadrados. La idea me vino a la cabeza después de ver un parque en Santiago de Chile, llamado precisamente, el Parque de las Esculturas, al lado del río Mapocho.

Algunas son construidas en varilla de acero; las hay de dos y de tres dimensiones. Creo que realmente terminan siendo estilizaciones de árboles y de plantas; por fortuna no estoy preocupado por entenderlas. Las dibujaba para que las fueran soldando en el taller de ornamentación del pueblo, rompiendo de cuando en cuando con el proyecto inicial, al darme cuenta que en la realidad era absurdo porque pesaba demasiado o se

desperdiciaba mucho material. No dejaba de recordar el comentario de García Márquez sobre la creación de El general en su laberinto: “quería escribir un libro sobre el río Magdalena que en el último capítulo apareciera el general y terminé escribiendo un libro sobre el general, donde en el último capítulo aparece el río Magdalena”.

Diseñé también una escultura de piedra, inspirada en unas de Carbonell. Siempre pensé que era ineludible usar la piedra en un terreno donde crecen como las papas. Pedro, el hijo de mi vecino campesino, trajo a la espalda desde la quebrada casi medio centenar de piedras tan grandes como patillas; y poco a poco, improvisando, fue surgiendo un hombre que mira al cielo (eso creo). La ubiqué muy cerca de un pequeño mirador para que me hiciera compañía cada vez que me siento a observar las montañas de Chingaza.

Además hay esculturas de ferretería. Siempre quedo deslumbrado con lo que venden en esos exóticos mercados surrealistas; claros está, para cosas muy distintas de hacer esculturas. Pero qué va, refuncionalizadas surgen como racimos de “art brut”. Hice una escultura con pequeños tubos que enlazándolos con “codos” y “tes”, me sirvieron para generar las ramas de un árbol, todas con un ángulo de noventa grados. También monté un par de esterillas metálicas llenas de diminutos huequitos que titilan con el sol y la lluvia, que bien pueden parecer un tejido de Olga de Amaral. Y una tarde armé una instalación con PVC, las tuberías de plástico: es un cubo de cincuenta centímetros de lado, lleno de laberintos, que me recuerda las escaleras sin salida –y sin entrada– de Escher. Como si fuera poco, como me encantaba y no podía tenerla, diseñé una réplica de Rita a la 5 y 30 pm, la prostituta de Grau que está en el Parque Nacional y que se construye con dos siluetas idénticas ensambladas. Mi obra tiene una pequeña diferencia: mide cincuenta centímetros de altura y la de Grau cinco metros.

Colgué 10 diez espejos –del tamaño de una mano–, del arrayán del “patio” trasero. Realmente, más que alejar las “malas energías” como dirían los esotéricos, constituyen una escultura lumínico- cinética que cuando hace viento y sol, proyecta luces en todas las direcciones. Son un verdadero espectáculo.

No hay duda de que las horas que he pasado como escultor de cosas inútiles me han sido muy útiles en el adiestramiento del arte de aprender a perder el tiempo.

AÑO VIEJO

Nunca en mi vida había hecho un Año Viejo. Los conocí hace como 20 veinte años cuando terminé pasando un 31 de diciembre en San Agustín.

Este año lo armé con mi camisa más vieja, que resolví rasgar para que no quedara más nueva que la ropa que usan los campesinos, y lo rellené con aserrín que conseguí donde un carpintero del pueblo.

Juanjo le pintó la cara sobre un tarro. Al momento de quemarlo le quitó la cachucha; era su cachucha. Viejita pero “su cachucha”. Y se quemó llevándose todo lo malo del año que había pasado.

Lo único que faltó en este acto simbólico de iniciación a la añeja piromanía cultural fue la presencia de Graciela, mi esposa, que pasó el Año Nuevo en París.

Al terminar de quemarse Juanjo me dijo: papá, ahora hagamos un Año Nuevo.

LA GUERRA

Hace años que no escribía en Choachí.

Vine muy poco, poquísimo, durante casi un año. Me asusté. Entre la delincuencia común y los secuestros de la guerrilla, tenía razones más que suficientes.

Secuestraron a Angulo, un periodista aficionado a las orquídeas y “amigo” de Mariela, la ilustradora de uno de mis últimos trabajos colectivos (GTZ). Es dueño de la casona inmensa de Abadía Méndez, antiguo Presidente de la República que tenía Alzheimer y se bañaba empeloto en el río Blanco –que pasa por el frente de su casa– con la banda presidencial puesta.

Secuestraron a “La Chiva” Cortés. Otro periodista, muy cercano a Carmen Bravo, la directora del CERLALC. La información oficial habla de que el Ejército lo rescató; María Eve lo entrevistó y aparece una guerrillera desertora como elemento central de la “fuga”.

Ambos son importantes y tienen sus fincas en La Unión que realmente queda como a veinte minutos en carro de Choachí. Pero ya todos pasamos a ser posibles botines de guerra.

Sin embargo, lo que más me intimidó fue saber que habían detenido a una muchacha guerrillera en una vereda cerca de Fómeque. Participó en un “retén” y alguien la reconoció.

Estaba embarazada. Campesina, adoctrinada, convencida. Y cualquiera de los muchachos de las veredas puede ser un magnífico candidato. Sin poder estudiar el bachillerato porque no tienen plata para comprar los zapatos para ir hasta el colegio del pueblo; sin poder trabajar porque nadie da trabajo. “Sin futuro”, como dice la película de Víctor Gaviria.

Las cosas se calmaron y volví. Ciertamente es una calma chicha, pero calma.

Por períodos –en ocasiones hasta dos veces en el año–, los helicópteros del Ejército sobrevuelan las montañas y aparece uno que otro retén, recordando que en la zona existe una columna de la guerrilla que ha disparado y a veces incendiado los cuarteles de Policía de algunas poblaciones vecinas. El indudable tinte melodramático de esta realidad se lo quitaron los niños cuando una tarde al ver pasar los soldados, nuestro hijo de cinco años les preguntó que para dónde iban y el hijo de un amigo gritó a voz en cuello: ¡papá, papá, vienen los policías de tránsito y tienes el carro mal parqueado!

Son las 8 ocho de la noche y lejos muy lejos –a cinco o seis horas caminando–, se oyen detonaciones; en el campo todos los ruidos se escuchan como si fueran “a la vuelta de la esquina”. No es posible confundirlos con esos voladores caseros, peligrosos de echar pero hermosos cuando al estallar se parten formando un racimo de luces y sonidos que atestan el cielo en todas las fiestas campesinas. Son disparos.

A alguien afanado porque no vinieran muchos ciudadanos a comprar parcelas, le respondió tajante una vecina: “... olvídense, por aquí nadie quiere comprar; que la guerrilla, que los asaltos; sólo locos como ustedes lo hacen y de esos no hay muchos”.

A los pocos minutos ya no se oyen más disparos. Han vuelto los voladores. El cielo volvió a ser cielo.

Un amigo comentaba al oír que asaltaron a no sé quién en la carretera, que los ratos que ha pasado aquí son tan especiales que bien valen alguno que otro problema: “... que me roben, –dice–; eso qué importa. Yo estoy dispuesto a pagar ese “impuesto”. ¡Me han asaltado tres veces en Bogotá sin ninguna compensación!”.

También hemos escuchado balaceras diurnas y nocturnas que nos dejan “psicosiados”. Pero procuramos no olvidar que Bogotá es también una de las ciudades más violentas del planeta, y sin embargo todos los días tenemos que salir a trabajar.

Cada barrio de Bogotá tiene sus mendigos y en todas las esquinas piden limosna; ¿impuesto al desplazamiento por la ciudad?, “¿Boleteo?”. Porque la solicitud viene acompañada casi siempre con una amenaza implícita. Y hay que cuidarse de que no lo asalten a uno en la calle pero también que tampoco se le metan a la casa.

Qué le vamos hacer; cómo decía Roque Dalton: “... este es el país y el tiempo que nos tocó vivir”.

Algunos dicen que las tomas guerrilleras y los retenes nos recuerdan que vivimos en Colombia y hasta hablan de los “muchachos”.

Nosotros no tenemos tan idealizadas las viejas épocas y tan sólo nos repetimos que cuando la situación se complique, simplemente nos alejaremos por un tiempo de la zona. Mientras tanto, trataremos de disfrutarla todo lo posible. Quizá terminemos siendo postmodernos y vivamos cada día como si fuera el último. Nos asemejaríamos, entonces, a alguna amiga que con dicha actitud parecía un verdadero “himno a la vida”.

DIMENSIÓN EDUCATIVA

DIMENSION EDUCATIVA: 40 AÑOS

Fueron 40 años en Dimensión Educativa; ayudándola a construir me fui construyendo y lo hice a través de una estrategia: interpelar la realidad desde la utopía. ¿Cómo diablos acercar la realidad a los sueños? ¿Cómo hacer para que la búsqueda no se convirtiera en una aventura desmedida, cómo lograr algo asible, pertinente, posible? La respuesta, vista retrospectivamente, fue sencilla: se trataba simplemente de ser lo que decía ser: un educador. Por algo habíamos bautizado a Dimensión Educativa, educativa.

El apelativo de educador no lo busqué; me encontré con él, de sopetón; quizá “sin querer queriendo”. Surge inercialmente del trabajo que por fuerza de las circunstancias terminé haciendo.

No es para nada gratuito que después de mi expulsión de la universidad como resultado de mi participación en el movimiento estudiantil de finales del 60, donde estudiaba ingeniería, pasara un año de maestro en una zona rural. O que, retomando mi asistencia al primer seminario sobre Freire que se dictó en Colombia, diseñara la cartilla de lectura para los gamines del programa de Nicolo, donde la “b” se enseñaba con la palabra “bobo” que significa reloj, porque es muy fácil de robar. O que graduara dos promociones de bachilleres en un colegio experimental donde tan importante como aprender era aprender a convivir.

Ciertamente mi estadía en la Nicaragua Sandinista, cuando todavía la tierra olía a sangre, fue crucial. Me encontré con lo difícil que es construir un “hombre nuevo” a partir de hombres de carne y hueso. Aprendí que el hombre nuevo no se hace por decreto, que además de configurar condiciones objetivas es indispensable elaborar todo un proyecto educativo que minimice la mezquindad de los viejos y la prepotencia de los jóvenes; que impida el revanchismo y el vanguardismo, que sea capaz de aprender de las experiencia de los otros pero que simultáneamente, como dijo Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar: “o inventamos o erramos”. Por desgracia, la Nicaragua actual me da cada vez más la razón. Y ahora que lo pienso, creo que a eso fue lo que me dediqué en Dimensión Educativa. Traté de ser un educador que contribuyera a poner los pies sobre la tierra a la utopía de crear un hombre nuevo.

Desde Dimensión Educativa tuve la fortuna de trabajar con todas las subpoblaciones expoliadas: mujeres trabajadoras cabezas de familia; obreros que se tomaron las fábricas para defender sus acreencias laborales; campesinos que no tenían tierra ni en las uñas y que me brindaron sus hamacas donde aprendí a dormir encaramado en su joroba para esquivar los bichos de la noche y campesinos desterrados y aterrados; habitantes de los barrios populares; indígenas Sikuani, supuestamente analfabetas donde en los dibujos de sus caras pude leer mil escrituras cifradas; desmovilizados por la guerra y desmovilizados de la guerra; niños trabajadores; analfabetos y alfabetizadores, estudiantes universitarios

buscando saber qué buscar, maestros con maestría y maestros sin maestría pero graduados en la universidad de la vida...Tuve, en fin, la posibilidad de conocer la otra cara de Colombia.

Tratando de encontrar la varita mágica que me permitiera visualizar el hombre nuevo, lo vi sutilmente incrustado en el hombre viejo. Pero pude ver lo que no se ve, a través de la etnografía, reconociendo los saberes matemáticos de los adultos analfabetas que operan de maneras audaces y simples, tendiendo entonces puentes entre los saberes empíricos y los saberes hegemónicos; con la etnografía comprendí los intrincados funcionamientos de las plazas de mercado; también aprendí que “no todos los niños pobres trabajan, ni todos los niños que trabajan son pobres” y que las motivaciones para trabajar no siempre se encuentran ancladas a las necesidades económicas pues muchas están atravesadas por los patrones culturales y hasta por exigencias consumistas.

Logré conocer mentalidades e imaginarios. Aprendí que uno cree en sus creencias. Y que las creencias siempre acompañan la vida, la regulan, la validan pero que además, casi nunca se encuentran explícitas, que parecen estar dormidas pero están despiertas.

De la mano de la investigación acción participativa, pude ayudar a habitantes de pequeñas poblaciones a descubrir el arrojo y creatividad de sus paros cívicos e inventé de juegos de simulación para recuperar la memoria y socializarla. Buscando siempre evitar el populismo y el mesianismo, acompañé a otros sin dejar de ser yo mismo.

Con la sistematización trabajé para que siempre que existieran las condiciones, los protagonistas se lanzaran a sistematizar sus experiencias tomando en serio su protagonismo y lo hice a partir plantearles el cómo se conoce; explicitando la meta cognición; descodificando los procesos de categorización. Ayudé a ayudarse.

A partir de la iconografía intenté leer los mensajes ocultos que iban dejando las huellas de la época. Cómo cada periodo histórico poseían una impronta que sólo era posible comprender la después de haberla vivido y cómo era necesario sacar sus necesarias lecciones históricas.

Como resultado de tales búsquedas descubrí lo obvio: que solo el diálogo cultural cualifica la vida, la hace crecer, la enriquece. Pero que dialogar es enormemente difícil porque en cierta medida es una instancia “contra natura”; todos luchamos para permanecer estáticos, para que nadie nos cuestione, para que nos aplaudan, para que nos imiten. Nos aterra porque desestabiliza, porque evidencia que los otros también existen, porque desbarata nuestro narcisismo. Y para permanecer inmóviles utilizamos el poder del saber y justificamos los egos.

Dimensión Educativa me permitió aterrizar. Había que meterle el diente a los problemas. Y descubrí que si el paradigma emancipador es el diálogo, debemos empezar por explicitarlo haciendo una especie de psicoanálisis que ausculte el mundo afectivo y lo amarre a los miedos y a las esperanzas. En 40 años algo hemos avanzado; así quisiera creerlo.

Obviamente las tareas que me impuse sólo están cumplidas a medias. Mi juicio autocrítico puede ser probablemente injusto porque iniciarse en el diálogo de verdad es por lo menos la tarea de una generación y además, nunca termina.

En este momento el dialogar se concreta en ganar el plebiscito por la paz. Tenemos que demostrar que dialogar con la abstención y con el no, es posible. Apliquemos lo aprendido y empecemos hacerlo.

TACUEYO

Me echaron de la Universidad Javeriana disque por agitador profesional, decían que decían los informes del DAS, acusación que obviamente me produjo terror. Ni siquiera me gustaban las películas de Alfred Hitchcock. Obviamente se trataba de la alucinación paranoica del cura rector, o del decano o de algún sujeto experto en montajes estrafalarios. Lo que habíamos hecho era participar en una huelga estudiantil que la única bomba que estalló fue la suspensión por un par de días de las actividades académicas. En la Universidad Javeriana nunca había existido una huelga lo que por eso mismo, probablemente causó terror.

Unas noches después de la expulsión, Ramiro nos animó a que hiciéramos unas pintas alrededor de la universidad. Éramos como seis (6), todos expulsados, que con brocha en mano, comenzamos a embadurnar las mejores paredes con la consigna: "los verdaderos terroristas son los que crean el terror". Llevábamos como tres pintas cuando apareció una patrulla de policía. Para empezar, llamó refuerzos. Cuando menos nos dimos cuenta estábamos rodeados y las luces rojas de los techos de los carros nos alumbraban intermitentemente la cara. ¿Qué carajos están haciendo?, preguntó a gritos un teniente. Yo sentí un vacío en el estómago y me puse pálido. Nos arrinconaron contra la pared y comenzaron a requisarnos. Cuando llegaron a Ramiro, este se volteó lentamente con las manos arriba y les dijo: "con todo respeto mi teniente; estamos haciendo la propaganda para una obra de teatro. Es de terror y mañana la estrenamos. Estos son algunos de los actores y yo soy el director", agregó inmediatamente.

El teniente lo único que atinó a decir fue: ¿les encontraron algo raro? Nada, respondió el que parecía ser el segundo al mando ¿Ni un cachito de marihuana? No mi teniente, le respondió. Con las ganas que tenía de meterme un bareto, comentó socarronamente. Váyanse a dormir, no sigan tirándose las paredes, agregó con voz de abuelo bonachón.

Quedé sorprendido con el ingenio de Ramiro ¿Cómo diablos hace uno para desarrollar semejante destreza? Alcancé a comentarle la hazaña a un par de compañeros. Es que tiene sangre fría, dijo uno. ¿Será que en verdad es un director de teatro?, preguntó otro.

Ingresé como exiliado universitario a la Universidad Nacional y allí me vinculé con un grupo pero no de terroristas sino de alfabetizadores. Íbamos al barrio San Carlos, al sur oriente de Bogotá. Como estudiaba ingeniería, me pidieron que enseñara matemática.

Bien pronto descubrí algo que a posteriori resulta obvio: los adultos analfabetas sabían matemáticas; si no lo hieran perecerían socialmente pues lo engañarían al comprar y al vender. Lo que pasaba era que realizaban las operaciones en la cabeza pues no sabían escribir. Se rompía la idea que había que enseñarles a sumar, por ejemplo, puesto que ya lo hacían con alta velocidad y precisión. Me propuse, entonces, descifrar las estrategias que utilizaban. Era una tarea apasionante. Con tal descubrimiento comencé a crear una

escritura que diera cuenta de la forma como hacían sus cuentas. Realicé, entonces, mi pequeña revolución terrorista. Y sin darme cuenta me comenzaron a llamar de muchos lugares donde estaban alfabetizando.

Muchos años más tarde, trabajando ya en Dimensión Educativa, en alguna ocasión un grupo del CRIC (Consejo Regional Indígena del Cauca) me invitó a Tacueyó, Cauca, donde dicté un taller como para 15 alfabetizadores. Como el trabajo fue como hasta las 6 de la tarde pernocté una noche en una escuela bastante lejos del pueblito. Dormí profundamente en una hamaca. Estaba muy cansado. Al día siguiente madrugué. Nadie se había todavía levantado. No noté nada raro aunque observé un helicóptero sobrevolando la zona. No me inquietó porque iba muy alto. ¿Quién sabe para dónde irá? Me comenté a mí mismo. Después supe que el M19 había atacado el cuartel de policía de Tacueyó, generándose una balacera donde quedaron muertos de lado y lado.

Me monté en una flota Magdalena que pasaba por el frente de la escuela y partí para Popayán donde tomaría un avión rumbo a Bogotá. Sin embargo, antes de llegar, un comando del ejército desvió el bus hacia una zona despoblada. Bajaron a todos lo que íbamos en la flota y nos metieron en un colegio de bachillerato agropecuario que estaba vacío porque era época de vacaciones. Interrogaban pasajero por pasajero y a todos los iban trasladando posteriormente a una casona cercana ubicada como a medio kilómetro. De la casona no se venía sino su techo de tejas de barro pero de ella surgían claramente gritos espeluznantes. Cualquiera podía deducir que estaban torturando a los pasajeros. Pronto llegaría mi turno. Y obviamente, nadie me creería que me encontraba dictando un taller de matemáticas.

Para organizarnos, habían formado grupos pequeños. Nosotros éramos 4 pasajeros y nos habían ubicado en el corredor de entrada. Nos vigilaba un soldado que por un instante se alejó pudorosamente del grupo porque, según nos dijo: tengo que orinar. Y lo hizo en el preciso momento que llegó un Capitán el cual, colocando su mano en la cartuchera del revólver que llevaba en la cintura nos preguntó: ¿Y ustedes, qué putas hacen ahí? Por unos segundos quedé en blanco. Sin embargo, instantes después no sé cómo recordé la sagacidad de Ramiro en la noche de las pintas y me atreví a contestarle en voz baja: estamos averiguando por un pariente que venía en el bus. Déjense de huevonadas, nos increpó alevosamente el Capitán. Lárguense antes de que los detenga, dijo señalando la salida con el brazo estirado.

Y sin cruzar palabra, nos largamos.

METIÉNDOSE EN ZONA "ROJA"

LOS DESPLAZADOS INMÓVILES

En Puerto Asís entrevistó a unas víctimas que queriendo desplazarse por la situación de orden público, no pueden hacerlo. Los llaman los "confinados" porque se encuentran encarcelados dentro de su propia comunidad. Los paramilitares no les permiten moverse. Los utilizan como escudos humanos. Quizá mejor deberían llamarlos los "desplazados inmóviles".

Para muchos colombianos los desplazados son sólo una cuestión de la televisión y los semáforos. De ellos sólo tienen ideas confusas. Por eso no es de extrañar que sobre el desplazamiento se halla generalizado la tesis de que sus causantes son únicamente los paramilitares y la guerrilla.

La pequeña travesía le demostraría que la situación era mucho más compleja. No es que fueran falsas las aseveraciones pues ciertamente los grupos armados originan la enorme masa de desplazados. Pero es que hay casos (seguramente un porcentaje muy reducido) que se salen de la regla o la matizan, lo que demuestra lo complejo de la situación.

Unos minutos antes de aterrizar en Puerto Asís, vio por la ventanilla del avión, que a esa inmensa colcha verde que parece ser la selva, la han venido talando, dejando decenas de cicatrices de color café del tamaño de un estadio. ¿Será a eso lo que llaman colonización?

El recorrido que realizó durante la segunda semana de agosto del 2015 partió de Puerto Asís, pasó por La Hormiga y culminó en Mocoa. Todo por tierra. Entre los dos primeros hay cerca 3 horas de viaje, y desde La Hormiga a Mocoa, 4.

En Puerto Asís lo esperaba Diana Quintero de la Corporación Infancia y Desarrollo (CID), una funcionaria del proyecto que iba a evaluar. Ya tenía organizadas una serie de reuniones con desplazados. En ellas preguntó sobre las estrategias de atención, sobre el tipo de ayudas que se entregaban, sobre los talleres de formación, sobre las características de las víctimas, sobre la asesoría legal; en fin, sobre todos los aspectos requeridos para darse cuenta del impacto del trabajo.

No tardó mucho en conocer casos que corroboraban la tesis clásica del desplazamiento.

Conversó con víctimas desplazadas porque los "paras" o la guerrilla habían asesinado un miembro de la familia, porque los amenazaron, porque incendiaron las casas de los vecinos, por la realización de una masacre... etc. Todas eran historias desgarradoras. Por fortuna uno de los componentes del proyecto era precisamente el ayudar a las víctimas en la recuperación emocional. Esa clase de desplazados, obviamente, fue la mayor parte de las personas que entrevistó.

LOS CITADINOS

En Puerto Asís también entrevistó a Juan Manuel Tovar quien empezó vendiendo gallinas, trabajo en el que duró muy poco porque la gente le preguntaba "entre chiste y chanza ", dónde se las había robado; cuando experimentó con productos de belleza para mujeres, como ya es un hombre con " canas", resolvió pintarse el pelo para tratar de mejorar su "pinta", estrategia que también abandonó porque la tintura es muy costosa y difícil de cuidar. Ahora vende cerveza y parece que le va muy bien.

"Yo ya le perdí el miedo a la gente" , decía como tratando de sintetizar su conversación.

¿De dónde viene?

"De Cali".

Pero supuestamente la ruta de los desplazados va siempre del campo a la ciudad. Y Cali es una "señora" ciudad.

"Es que yo vivía en un barrio que construyó el alcalde Ospina para los reinsertados, al que le cayeron las pandillas juveniles. Tenía un puesto de pinchos y arepas, y al principio sólo me pedían comida; después dijeron que les prestara plata; y por último, me boletearon: que les pagara una cuota semanal. Como les dije que me pedían mucho dinero, que no tenía con qué, me rompieron los vidrios de la casita y al día siguiente me amenazaron: si no paga, aténgase a las consecuencias. Y las consecuencias las pude observar en un vecino que no quiso pagar; le dieron una paliza y le rompieron varias costillas.

Entonces me vine para acá".

¿Por qué a Puerto Asís?

"Pues porque había estado por aquí cuando joven".

Por curiosidad: ¿qué pasó con la casa?

"Dejé un señor cuidándola y se largó del puro susto. Ahora está abandonada".

O sea, ¿usted es un desplazado pero de las pandillas juveniles urbanas?

"Si; así es".

Aunque muy probablemente detrás de las pandillas estaban los grupos armados ilegales, no se atrevió a preguntar pues la situación ya le parecía difícil de manejar. Tampoco preguntó de cuál grupo era reinsertado.

Otro caso "enredado" se lo contó Diana Quintero. En el Valle del Guamuez una mina "quiebra patas" le había explotado a un niño; por fortuna le pudieron salvar el pie al trasladarlo a Puerto Asís, pero su recuperación duró varios meses y para acompañarlo, sus padres debían hacer largos viajes desde el campo, cuestión nada fácil debido a esta guerra que llaman "de baja intensidad". Con el tiempo decidieron quedarse con él. Se convirtieron, entonces, en unos desplazados.

Al terminar su trabajo en Puerto Asís, donde estuvo tan ocupado que no pudo conocer ni el puerto ni el río, partió por tierra para La Hormiga, la cuna del famoso David Murcia Guzmán, el de la pirámide.

ENTRE VOLADURAS DEL OLEODUCTO Y LA PIRÁMIDE DEL NARCOTRÁFICO

La carretera era impresionante: muy nueva, ancha y de cemento. Claro que sólo habían terminado como el 70 por ciento. El resto era sólo un polvo. La había inaugurado el vice presidente (Vargas Lleras) . Había varias vallas que decían: "carreteras para la paz".

Por el camino a La Hormiga pudo contar 9 voladuras del oleoducto, el cual es mucho menos grueso de lo que se imaginaba (posee un diámetro similar al de un balón de fútbol). Lo que se veía a lo largo de unos 20 metros del tubo era una mancha negra, pero no de petróleo crudo sino de vegetación quemada. En uno de sus tramos había incluso un rancho incinerado. Le oyó decir a alguien que las voladuras eran para marcar territorio.

Como iban para La Hormiga retomó el tema de la pirámide y le preguntó al chofer:

¿Conoce a alguien que hubiera invertido dinero en DMG?

"Yo mismo, contestó sin titubear. Inicialmente metí medio millón y al mes me dieron dos. Entonces me animé, vendí mi moto y ahí sí me tumbaron. En La Hormiga casi todo el mundo salió trasquilado".

En La Hormiga algo que le sorprendió fue descubrir en una de las entrevistas que realizó, cuántos años eran indispensables para ser considerado un desplazado.

Una señora le dijo: "con la ayuda que me proporcionaron compré un lavadero (para lavar la ropa sin tener que agacharme)".

Cómo así. ¿Un lavadero?

"Mire: a mí me dieron varios kits: uno con elementos de aseo, otro con elementos de cocina..."

Como yo ya los tenía, los vendí y me compré el lavadero".

¿Ya los tenía? ¿Se lo había suministrado otra organización?

"No, es que yo fui desplazada pero hace 15 años".

En ese momento intervino Piero Herrera, un funcionario del CID en La Hormiga; explicó que había un decreto para la reparación de todos los desplazados que determinaba retroceder 20 años.

Su caso mostraba que el desplazamiento estaba asociado a 50 años de guerra y que por largos periodos, por ejemplo, en los 8 años de los gobiernos de Uribe, los desplazados fueron catalogados como simples migrantes internos.

LOS DESPLAZADOS DE LOS "BUENOS"

El hotel de La Hormiga se encontraba colmado de funcionarios de organizaciones nacionales e internacionales. La Cruz Roja, ACNUR, Defensoría del Pueblo.... Todos con sus computadores personales y algunos hasta con teléfonos satelitales. En el parqueadero (muy cerca de las habitaciones) se podían observar algunas camionetas doble cabina con

sus respectivas banderas ubicadas en astas del guardabarros delantero. El hotel en realidad parecía lo que era: el cuartel general de una región devastada por la guerra.

En La Hormiga las entrevistas eran en la terraza de las instalaciones de la Unad, (Universidad abierta y a distancia). Soplaban, entonces, una brisa refrescante.

Sandro Romero, una de las personas que entrevistó en La Hormiga, le contó que a muchos los había desplazado el Ejército.

¿Y eso cómo sucede?

"Llegan a las casas y le dicen a la gente que en la zona seguramente va a haber fuego cruzado (con la guerrilla); que lo mejor es que no estén por ahí. Y claro: todos entienden de qué se trata".

El Ejército como causante de desplazamiento; eso no se escucha decir por la radio y la televisión.

A veces hizo entrevistas grupales con algunos desplazados. En una de ellas se encontraba un joven como de 25 años (Hugo) que tenía unas manchas blancas en las manos y usaba una camisa de manga larga, lo que no es nada común en tierra caliente. Aunque ciertamente quedó un poco intrigado por el hecho, no se atrevió a preguntar nada porque le parecía que podría ser irrespetuoso.

Un rato después, les pidió a los asistentes que le contaran en qué trabajaban. Cuando le tocó el turno a Hugo, respondió:

"Hago un poco de todo; inclusive en una época trabajé como moto taxista".

¿Cuánto se puede ganar al día ? Preguntó para terminar de "romper el hielo"

"Como \$50.000 pesos, si uno le da con juicio" , contestó.

Pero La Hormiga más que estar llena de hormigas se encuentra llena de motos taxis; hay centenares; casi no se ven carros; ¿ eso no daña un poco el negocio?

"Es cierto; lo que pasa es que muchos no son los dueños de la moto; sólo la alquilan".

A continuación, de manera inesperada, Sol Montañés, funcionaria del CID en La Hormiga, intervino: "Hugo, cuénteles lo que le sucedió".

Entonces Hugo se remangó la camisa y mostrando sus brazos comentó: "fue el glifosato; en mi vereda fumigaron; por eso se me puso así la piel. Ya estoy casi curado pero sufrí como tres años. No pude seguir viviendo en la finquita de mi padre porque el viento había esparcido el veneno a varios kilómetros y todo estaba impregnado. Cuando la gente me veía, inmediatamente se ubicaba lo más lejos posible de mí; como si tuviera lepra. Les tenía que decir que no era contagioso. Me sanó un médico en Quito; aquí no me atendieron porque supuestamente no estaba comprobado que el glifosato produjera daños a la salud".

"Pero la Corte Constitucional obligó al Ministerio de Salud a aceptar los daños del glifosato".

"Sí, pero fue solo hasta este año. Como en marzo; creo".

Entonces usted es un desplazado pero de la aspersión. La aspersión es una imposición de los Estados Unidos en su programa de lucha contra las drogas, se dijo en voz baja.

CUENTOS RE FORZADOS.

Al día siguiente partió para Mocoa. Era el único pasajero y se fue conversando con el chofer.

Hablaron de lo cerca que estaba el Ecuador, de sus buenas carreteras; le explicó que no había buses, como la flota Magdalena, porque muy pocas personas viajaban desde La Hormiga; que su mujer pertenecía a una iglesia evangélica pero que a él la religión no le interesaba; le contó que hace años, cuando la moneda del Ecuador no estaba dolarizada había ido a pasar vacaciones con su familia y le había salido muy barato.

Cuando el hombre le preguntó qué hacía por esas tierras, le dijo que estaba evaluando un programa que trabajaba con desplazados y obviamente aprovechó la oportunidad para preguntarle si conocía algún caso, a lo que rápidamente el conductor contestó: "al lado de mi casa vive uno muy vivo".

¿Muy vivo, cómo así?

"Es un desplazado de la guerrilla, dijo. Pero óigame el cuento. Al hombre le gusta mucho el trago y cada vez que se emborracha le da unas muendas terribles a su mujer. Un día la guerrilla la vio con la cara llena de moretones y le preguntó qué pasaba". "Como por allá no hay gobierno, la guerrilla lo sancionó mandándolo a hacer el aseo de unas zanjas.

El tipo, sin embargo, continuó pegándole a la señora. La guerrilla cada vez se inventaba una sanción distinta pero, un día, una de las hijas adolescentes intentó defender a la mamá y también la golpeó. De un puñetazo le tumbó dos dientes. Entonces la guerrilla lo expulsó de la comunidad. El hombre se fue para La Hormiga y lo inscribieron como desplazado.

Lo que no dijo era por qué lo habían desplazado".

Desde luego es un desplazado de la guerrilla; pero desplazado por una razón muy particular; no como usualmente se cree.

En Mocoa continuó su trabajo. Mocoa es la capital del Putumayo y es una pequeña ciudad, obviamente también con muchas motos, lo que cada vez le pareció más explicable: su precio es mucho menor que el de un automóvil (claro que algunas son carísimas), los trayectos a recorrer son relativamente cortos...y cuando son una inmensa mayoría frente a los carros, estos no se atreven a botárseles encima. Las respetan.

Al frente del hotel donde se alojó hay un mural de la memoria del conflicto. Es como una valla enorme de 3 por 5 metros. Tiene impresas con pintura las palmas de las manos de muchos de los familiares de los desaparecidos y es tan intimidante que aunque la

población se encuentra llena de afiches de los diferentes candidatos a la alcaldía, nadie se ha atrevido a "profanar".

Los desaparecidos no pueden ser olvidados; sólo así es posible hablar de "no repetición".

En Mocoa, las entrevistas se realizaron en la sede del CID, la cual se encuentra ubicada en un pequeño edificio de 3 pisos. Sus instalaciones son en el segundo y sus funcionarios están un poco apretados. Se encuentra al frente del parque del mango, seña confusa porque el tal parque es tan sólo un gigantesco árbol de mango donde existe un puesto de "luladas y champú" caleños. Por fortuna todos los taxistas lo ubican fácilmente.

Cuando le preguntó a una de las víctimas por qué se había venido del campo, contestó en forma seca y cortada:

"Por cosas de la vida".

Ante la respuesta se puso pálido. La señora tenía todo el derecho de no contarle su vida. Él la estaba revictimizándola, palabrita extraña pero de moda que por fin terminó de comprender.

Para su tranquilidad, durante el descanso, la entrevistada se le acercó y muy pasito, casi al oído, le comentó: "mi hijo está en la guerrilla. Mi marido dice que fue por la fuerza pero no es cierto. Al muchacho le encantan las armas y los uniformes. Allá no había nada que hacer; no existía bachillerato ni trabajo. Nunca lo obligaron a que ingresara. La verdad es que el chino se fue una noche a incorporarse, pero la guerrilla nos lo devolvió unos días después".

"Está muy sardino, nos dijeron"; "si se quiere ir, que espere a cumplir un par de años más". "Pero al pelado no le valió ninguna razón; volvió a largarse. Se fue porque quiso".

"Al principio le dieron unos pesitos que me los mandó para que comprara marranos pero después lo trasladaron monte adentro y no volví a saber nada de él. Nos vinimos porque tenemos dos hijos más: una niña y un varón, que ya están crecidos. La guerra embruja a los muchachos".

"El reclutamiento forzado no siempre es tan forzado, ¿verdad?"

"Es cierto; mire el caso de mi hijo".

¿Sería una equivocación hacer comentarios? En últimas se suponía que un observador externo era imparcial. ¿aquello de la objetividad y la neutralidad tenía realmente sentido? ¿Era posible oír todo lo que oyó y no opinar?

"Esa no es ninguna desplazada; cuando el marido se dio cuenta de que tenía un amante, le tocó salir corriendo de la casa y vino a parar a Mocoa. Es una desplazada pero no de los grupos armados ilegales, sino del marido", vociferaba a gritos una de las representantes de la mesa de víctimas.

Eso fue lo último que oyó antes de dejar Mocoa.

CARROS TANQUES Y MEDIO AMBIENTE

El viernes a las 2 de la tarde salió para el aeropuerto de Mocoa. Esperó como 3 horas porque la pista estaba nublada. Aunque siempre guardó la esperanza de poder viajar su deseo no se cumplió; finalmente cancelaron el vuelo. Lo peor era que el próximo avión disponible no salía sino dentro de tres días. Satena, la única aerolínea que llega a Mocoa, no vuela los domingos y el sábado y el lunes ya estaba todo vendido; y nadie le garantizaba que el martes no se volviera a cerrar el aeropuerto. La única opción era irse por tierra. ¡12 horas!

El trabajo había sido agotador: 27 entrevistas; también tenía un cuaderno lleno de apuntes.

Quería regresar a Bogotá lo más pronto posible, entre otras razones para comenzar a procesar la información.

Cogió el bus a las 6 de la tarde. Hacia las 10 de la noche, de manera intempestiva, el bus paró en seco. "Está bloqueada la carretera", gritó el ayudante del chofer. "Mierda", se dijo entre dientes; lo único que faltaba: un retén de la guerrilla. Pero rápidamente recordó que recientemente las FARC habían declarado un cese al fuego unilateral. Sin embargo, continuó susurrándose: ¿qué tal que lo hubiera roto? ¿otra pesca milagrosa? Unos minutos más tarde el ayudante gritó nuevamente: "bájense todos que esto va pa' largo". Se había volteado un carro tanque que transportaba petróleo crudo.

Los pasajeros aprovecharon que muy cerca había un restaurante y aunque no tenía hambre, resolvió comer algo para "matar el tiempo".

Estuvieron esperando como dos horas y al final lograron pasar. La situación no fue más larga porque, según explicaba uno de los pasajeros, las compañías petroleras tenían unos puestos móviles con equipos especiales para limpiar las carreteras. Estaban instalados como cada 15 kilómetros, de manera que no era necesario esperar a que las grúas vinieran desde Mocoa. Por la vía circulan cerca de 300 carro tanques y el volcamiento es tan frecuente que tuvieron que crear esas brigadas de emergencia.

El pavimento estaba seco; no había posibilidad de que los vehículos "patinaran". Lo poco que pudo ver por la ventanilla del bus, alumbrado por las luces de los carros que venían detrás, fue una gigantesca mancha espesa y negra que se vertía en una quebrada. "De ese daño ecológico nunca había oído decir nada", le comentó a su compañero de asiento.

Le fue imposible dejar de comparar lo sucedido esa noche con la voladura de los oleoductos que había visto en su viaje a La Hormiga, lo que quizá, por una asociación inconsciente, le causó una especie de "hormigueo" en el estómago.

MÁS TRABAJOS

ME SALVE POR UN PELO

En 1989 firmé un contrato con la sede nacional del SENA, para realizar, junto con Hernando Martínez, una serie de jornadas pedagógicas de una mañana, espaciadas durante el primer semestre, con los funcionarios de Educación a Distancia.

Para la última semana de Mayo la fecha acordada fue el martes 30, a las 8:30 am.

Ese día decidí irme caminando hasta el SENA desde mi apartamento del barrio La Macarena. Empleaba casi una hora. Salí como a las 7:30. Mi ruta preferida era tomar la carrera séptima y continuar directo hasta la calle 57. El SENA quedaba en la 57 a una cuadra abajo de la séptima.

Cuando llegué a la séptima con calle 53 deberían ser las 8:15 de la mañana. Noté que no circulaban carros por la séptima de norte a sur. Me pareció que se podía tratar de algún accidente automovilístico o simplemente de un semáforo dañado. No era la primera vez que sucedía. En cualquier momento se arreglará, pensé.

Como estaba con el tiempo medido aceleré un poco el paso. Ya en la calle 54 noté los vidrios de un par de edificios rotos. Incluso pisé algunos pedacitos que se encontraban desperdigados sobre el andén, haciendo crujir suavemente mis zapatos. ¿Estallaría algún tanque de gas? Continué caminando.

Unos metros adelante de la 54 vi un charco con un líquido de color rojo que se encontraba lamiendo un perro. Parecía como si a alguien se le hubiera derramado una gaseosa; pensaba en la Kola Román. En la séptima hay muchos paraderos de buses escolares y a los niños les puede suceder cualquier cosas con sus onces.

Ya en la calle 55 estuve a punto de pisar un pedazo de algo parecido a la carne de pollo. Tenía el tamaño de una arepa. Era raro porque se le notaban una especie de pelos. La suma de pequeñas señales hizo que en ese momento la situación se tornara extraña. Comencé a sentir que un frío circulaba por mi cuerpo.

Caminé lentamente hacia la calle 56 y encontré no sólo vidrios rotos sino pedazos de tela y blue jeans. También muchos trozos de carne y charcos rojos. Mierda, me dije, la carne puede ser carne humana y el líquido rojo, puede ser sangre. Me detuve. Le pregunté entonces a una persona que pasaba como huyendo del sitio: qué sucede? Una bomba, contestó, sin parar su desbocada carrera.

Estático, inspeccioné en cámara lenta la calle 57: de lo que parecía un auto quemado salía humo y había un remolino de carros y personas. No vi bomberos ni ambulancias.

Con paso rápido, casi trotando, me devolví por la misma séptima buscando una cafetería; sabía que por la radio estarían dando la noticia. Entré a la primera que encontré y evidentemente hablaban del tema: se trataba de un atentado al General Maza Márquez. Se había realizado en la carrera séptima con la calle 57, la ruta que yo seguía para ir al SENA. El atentado había sido a las 7:20

6 muertos y 70 heridos. Varios de los heridos perdieron manos o piernas. A una niña que bajaba con su papá a coger el bus del colegio la descelebraron 4 tornillos que se incrustaron a su cabeza. Un Renault 18 recibió el impacto del carro bomba destinado al General, pulverizando la pareja que lo conducía. Fallaron por segundos. Al carro del General solo se derritieron los neumáticos

En Noviembre del mismo año ponen una bomba en un avión de AVIANCA. Mueren todos los pasajeros. En diciembre, estalla un carro bomba en el DAS, deja 70 muertos.

El General Maza Márquez es inicialmente visto como un héroe que lucha contra el narcotráfico y el paramilitarismo. Le conceden la Cruz de Boyacá en 1991 y se lanza como candidato presidencial en 1993.

En el 2009 lo capturan por complicidad con el Cartel de Medellín, en el asesinato de Luis Carlos Galán y el exterminio de la Unión Patriótica. Ernesto Baez, uno de los capos presos, explica la alianza del General con el narco terrorismo como una estrategia para luchar contra el comunismo.

SU PLAZO ACABA MAÑANA

A Juan no le interesaba la política y por eso jamás en su vida había votado. Pero lo tocó vivir un episodio familiar que modificó su opinión. Eduardo, su hermano mayor, fue suspendido de su empleo como conductor en la empresa donde llevaba trabajando cerca de 15 años por aquello de la crisis de los precios del petróleo; con el dinero de la liquidación y los ahorros, compró un taxi. No le iba nada mal pues muchos pasajeros preferían su carro último modelo con aire acondicionado, a las “chatarras” que todavía circulaban por montones.

Un día, sin embargo, se le subieron al taxi dos tipos mal encarados. Ambos llevaban pistolas con las cuales disimuladamente le apuntaron. Tranquilo, le dijo el más joven: “si se porta bien, no le va a pasar nada”. Lo guiaron hasta un lugar donde recogieron una maleta cargada de cosas raras que lo obligaron a subir al baúl. Aunque Eduardo no quería saber nada de nada, se dio cuenta que se trataba de armas largas, no sólo porque era una maleta muy pesada sino porque sobre el forro se alcanzaba a dibujar tenuemente la silueta de un fusil, los cuales había visto en las películas y también a un primo teniente del ejército. Como 20 minutos después, en un galpón medio abandonado, le hicieron descargar la maleta y hasta le dieron las gracias por el mandado.

Pero el impasse no paró ahí. Un par de semanas más tarde lo abordaron los mismos sujetos y esta vez le hicieron recoger una persona toda ensangrentada. “No haga preguntas”: le murmuró al oído nuevamente el más joven. Él pensó que lo llevaría al hospital pero lo hicieron salir de la ciudad y lo tiraron en un potrero. Los recorridos especiales se regularizaron ocurriendo una y hasta dos veces por mes. Al indagar sobre lo ocurrido con unos taxistas amigos, le contaron que se trataba de los paras y que lo mejor era hacer los favorcitos y quedarse callado.

Eduardo le contó a Juan lo que estaba sucediendo y Juan le aconsejó que vendiera el taxi pero cuando lo intentó hacer, le dijeron que si continuaba con la idea le quemarían el carro.

Para las elecciones del 2012 sólo había un candidato a la alcaldía de la ciudad pues lo paramilitares amenazaron al resto de aspirantes. Lo del candidato único ya era relativamente frecuente en la zona pero nunca había sucedido en la capital del departamento. Y era en serio: entre los demócratas que les daban “arrebatos heroicos” y aquellos que “decidían no pararles bolas al asunto”, para la fecha, las cuentas ascendían a cuatro asesinatos. Únicamente existía una manera de invalidar ese tipo de elecciones: votar en blanco pero además, que el voto en blanco obtuviera más del 40%.

Juan es un ingeniero y el único profesional de la familia. Pudo estudiar porque pasó los exámenes de admisión en una universidad pública. Trabaja con un organismo europeo que financia un proyecto para mejorar el acueducto de la ciudad. Juan es flaco y alto; lee y

hace poesía. Se aprende de memoria los trozos que más lo “atrapan” algunos de los cuales recita de vez en cuando, siempre después de haberse tomado una copa demás y cuando los amigos se le ruegan socarronamente, en una súplica que mezcla el cariño con la “mamadera de gallo”.

Como Juan no tiene que marcar tarjeta, maneja un horario flexible. Por eso puede salir todos los días a las 7 de la mañana a dejar a sus dos pequeñas hijas al paradero del bus del colegio, donde asisten los hijos de la “flor y nata” de la sociedad. Siempre los acompaña “mechudo”, un perro cocker spaniel cuyas hermosas orejas despeinadas le servían de juguete a las niñas. Juan no es de una familia de alcurnia, como su esposa, pero compensa su extracción con un postgrado producto de una beca que le condujo a los Estados Unidos, país que venera de forma incondicional.

En el paradero se encuentra con varios padres de familias, fundamentalmente mamás, y algunas pocas empleadas del servicio. La cantidad de padres ha aumentado recientemente debido a que a uno de los niños una motocicleta le había quebrado una pierna, por haberse puesto a correr en la calle haciendo caso omiso de las advertencias de la empleada. El paradero está ubicado a la mitad de una avenida donde autos, motos y buses circulan como balas. Como nunca se sabe a ciencia cierta a qué hora pasará el bus, diariamente todos deben esperar entre 15 y 20 minutos, tiempo que a Juan se le hace eterno porque con frecuencia se establecen conversaciones informales entre varios de ellos. El tema casi siempre gira alrededor de los acontecimientos recientes: la inauguración de un nuevo restaurante, la firma del contrato para arreglar las pistas del aeropuerto.... El último tema fue sobre la limpieza social que recientemente se había iniciado en la ciudad. Casi todos los días aparecían tirados en la calle 3 ó 4 muertos. Los paras hacían correr la voz que eran ladrones o expendedores de droga. Los padres participantes aplaudían la limpieza con argumentos como: ya era hora de que alguien pusiera orden.

Juan nunca intervenía porque en general tenía opiniones muy diferentes; esta actitud la asumía con todos los desconocidos. Si en el paradero le tocaba hablar, se las arreglaba para amablemente desviar la conversación a otro tema, por ejemplo, el futbol o el beisbol, en el caso de que su interlocutor fuese un padre y del clima o el contenido de la lonchera para la merienda de los niños, si se trataba de una madre. Así evitaba roces y discusiones. La única persona del paradero que a propósito de la “limpieza social” estuvo en desacuerdo fue Carlota, una joven mamá que además era la esposa del recientemente nombrado Director Nacional del DAS (Departamento Administrativo de Seguridad), el principal organismo de inteligencia del Estado. Discrepó serenamente, sin alzar la voz. Planteó argumentos religiosos y civilistas: “los mandamientos nos dicen que hay que amar al prójimo” y “nadie es culpable hasta que se demuestre lo contrario”.

La limpieza social también fue un tema que se analizó en el trabajo de Juan. La más enfática en rechazarlo fue su jefe, María, una colombiana extrovertida y autosuficiente que había realizado sus estudios de postgrado en Francia y que pertenecía al staff de la agencia de financiación. “No podemos hacer justicia por fuera de la ley”; “en Colombia no existe la pena de muerte”, decía de manera taxativa.

Lo paradójico del caso es que cuando se tocó el tema de qué hacer si llegaba a ganar la alcaldía el candidato único, ella sostuvo la tesis de que no importaba que fuera paraco porque el fortalecimiento del Estado era el objetivo del proyecto sin importar quién lo estuviera representando.

Juan había visto a su jefe almorzar un par de veces con el Director del DAS y además sabía que ella lo había invitado a dictar conferencias en varios sitios del país, por lo que se animó a preguntarle cuál creía que era su posición política, a lo que ella respondió: “estoy segura que es una persona recta; por él, yo pondría hasta la manos en el fuego”.

Como los apartamentos de Juan y Carlota quedaban en la misma dirección, todas las mañanas se regresaban del paradero caminando juntos dos largas cuadras. Con la opinión de su jefa sobre poner hasta las manos en el fuego sobre la rectitud del esposo de Carlota y lo que le había oído decir a ella misma respecto a la limpieza social, un día Juan se animó a contarle que él iba a votar en blanco. Carlota, sin hacer ningún comentario, simplemente lo miró, dibujando con sus labios una pequeña sonrisa.

Unos días después Juan y Olga, su esposa, recibieron un sufragio diciéndoles que toda la familia debía desalojar la ciudad a más tardar el primero del siguiente mes. El sufragio se encontraba dentro de un sobre morado de forma rectangular y tenía impreso una corona mortuoria que la circundaba un texto en latín: réquiem in pace, que traducido significa: descanse en paz. Cuando la leyeron, los ojos de Juan se abrieron como si se fueran a salir de sus órbitas. Era una situación sobrecogedora porque ya se sabía lo que les pasaba a los que no los tenían en cuenta.

Cambiar de ciudad era un verdadero cataclismo. Pero después de darle muchas vueltas al asunto resolvieron pedirles ayuda a los padres de Olga, que vivían en una ciudad relativamente cercana. De ellos recibieron una ayuda esperanzadora: podrían alojarse temporalmente en su casa mientras Olga buscaba empleo en alguna cadena hotelera similar a donde trabajaba. Juan, desafortunadamente, no podría seguir trabajando con la cooperación europea porque allí no tenían proyectos; como si fuera poco, en la nueva ciudad tampoco conocía a nadie; no tenía ningún contacto. Pero había que desaparecerse. Permanecer en la ciudad era un suicidio. A la última familia amenazada habían empezado por secuestrarle el hijo de 8 años.

Aunque el voto en blanco obtuvo el porcentaje más alto que jamás se había logrado en la ciudad e incluso en el país, no fue suficiente para evitar que el candidato único subiera a la alcaldía.

Organizaron entonces todo para marcharse un día antes del ultimátum. Tenían las cosas empacadas y como es usual en estos casos, habían desechados muchos objetos, cada uno con recuerdos de un pedacito de vida. Cuando se alistaban para empezar el trasteo se dieron cuenta que mechudo, el perro que adoraban las niñas, estaba destripado en el piso de la cocina; le habían clavado varias puñaladas. Con su sangre se encontraba escrito en el suelo una frase macabra: "no se les olvide que su plazo se acaba mañana". Por fortuna habían mandado las niñas anticipadamente donde los abuelos.

Los dos quedaron lívidos y entonces les pidieron a los obreros de la empresa de trasteos que se apuraran a subir las cosas al camión. Primero fueron los muebles de la sala; después los del comedor; a continuación, la nevera y la lavadora; siguieron con los colchones de las camas y las camas...

Cuando estaban a punto de acabar, Olga, que tenía la costumbre de oír las noticias en las mañanas y que continuó con su rutina hasta en ese tremendo momento, con su pequeño radio de pilas a todo volumen salió corriendo hacia donde se encontraba Juan. Estaban comentando que el director nacional del DAS había sido detenido por la Fiscalía por entregarle el organismo de inteligencia a los paramilitares. Ansiosamente buscaron otras emisoras para ampliar la información. Alcanzaron a escuchar una parte de los comentarios del presidente de la república que decía: "lo único que yo sé, es que es un buen muchacho. Por él, yo hasta pondría las manos en el fuego".

LAS PIEDRAS DEL TUNJO

En este país del Sagrado Corazón, al igual que cuando tomamos "onces" no lo hacemos a las once de la mañana sino a las cuatro de la tarde, las Piedras de Tunja no quedan en Tunja sino en Facatativá. Unos dicen que deberían llamarse del "Tunjo", nombre de pequeñas figuras de oro que se encontraron en gran cantidad tanto en Tunja como en Facatativá; otros, que allí acamparon tropas españolas que iban para Tunja y como si faltara hipótesis, complementando las eruditas elucubraciones de los historiadores, vecinos del lugar, sostienen que al mismo diablo, el cual llevaba las piedras desde Tunja hacia el Ecuador, se le cayeron porque eran demasiado pesadas.

Son piedras gigantescas, que como esculturas de arte ecológico labra decenas de sugestivas siluetas contra el cielo. Monumentos, que contrastados con el pasto y los árboles alcanzan a crear un ambiente con toques de fastuosidad ceremonial, que por momentos hacen olvidar las características del contexto, las cuales se encargan de recordarnos (con sus marranos y sus perros), uno que otro tugurio escondido y soportado por las piedras que bordean el parque.

Las piedras, para las que nuevamente la fantasía popular plantea que "las pusieron chiquitas y poco a poco fueron creciendo", son en realidad el resultado de miles de años de sedimentación en el seno de ese gran lago que alguna vez fue la Sabana de Bogotá. Corrientes subterráneas y oleaje fueron puliendo las rocas y configurando las mesetas que actualmente observamos, generando un espacio tan "deliberado", que de no tener a mano las explicaciones geológica, estaríamos tentados a pensar que fueron diseñadas por dioses y hasta por extraterrestres. Y sobre esas piedras aparecen centenares de dibujos (pictogramas), realizados hace siglos por los "pintores" indígenas.

Son rojos, como la sangre. Si nos atenemos a la hipótesis de que el parque fue un templo ceremonial y los pictogramas un registro nemotécnico de las fórmulas para oficiar las "misas" y recordamos que entre los Muisca existían los sacrificios humanos, no suena descabellado pensar que evidentemente estos "rojos" pudieron haber sido dibujados con sangre. Pero no, los análisis químicos nos hablan de óxidos de hierro extractados de tierras; por eso, a pesar de estar a la intemperie han perdurado tanto y alcanzan a penetrar en la roca varios centímetros.

Los pictogramas, en algunos de los cuales se logran "reconocer" figuras de la fauna y flora del medio (ranas estilizadas, serpientes, hojas, etc...), no han podido hasta la fecha ser descifrados: Que fueron escritos por Bochica para que su pueblo no olvidara los diseños de los tejidos; que son "mapas" para consignar los saberes geográficos o al igual que las

señales de las carreteras actuales, indicadores para los viajeros y emigrantes; que allí se alcanza a plantear un alfabeto que espera el descubrimiento de una nueva "Piedra Roseta" para poder ser leído; son hipótesis, que sumadas a la del templo centro ceremonial, siguen aportando nuevos interrogantes.

Pero independientemente de su significado, significan. Testimonian la existencia de un pueblo y su desarrollo cultural.

Ciertamente la identidad nacional no es solo algo del pasado; se nutre de los muertos pero también de los que están vivos. Sin embargo, al igual que una persona sin apellidos, no tiene nada, pues no posee historia ni herencia cultural, un pueblo que no tiene memoria es un pueblo sin raíces. Y la identidad no puede construirse en el aire. Solo afianzada en lo que hemos sido se puede mantener erguida y crecer. Solo recuperando los vestigios de nuestros antepasados, podemos ir construyendo nuestra verdadera personalidad.

Las Piedras de Tunja: uno de esos testimonios del pasado que bien pueden ayudarnos a encontrar nuestros apellidos, están ubicados en el parque arqueológico que lleva su nombre y desde hace unos años son administradas por la CAR; poco antes lo hacía el municipio después de que los terrenos fueron "cedidos" por el "propietario" de la finca.

Actualmente comparten su habidad con un lago artificial construido para los "turistas", con un campamento del ejército el cual obtuvo, quién sabe cómo, una parte considerable de su área y con los restos de una vieja pista de baile (trazado en cemento justamente en el centro de su centro) que algunos años atrás (como lo hace el lago), era la encargada de "atraer" a la gente ante la paradójica incapacidad de lograrlo por sí sola, con sus impactantes moles de piedra y sus mágicos mensajes cifrados.

Las Piedras sirven para todo: los niños juegan a las escondidas entre las cuevas que como catacumbas prehispánicas desafían sus miedos a la oscuridad y el eco; los enamorados se esparcen sobre sus paisajes y a punta de besos perecieran querer convertir parque en un nuevo templo al amor; los karateca y los Boy Scouts practican sus rituales; los corredores las recorren sin mirarlas; las familias se resguardan del viento debajo de sussalientes para hacer los piquetes domingueros; y como si todo el conjunto anterior no fuera suficiente para generar una heterogénea sinfonía, aparece el lago, donde centenares de personas intentan aprender a remar consiguiendo apenas pegarse una empapada, cuando no terminan bañándose al voltearse las lanchas.

Con tan multifacéticas funciones, el Parque Arqueológico es cada vez más reducido simplemente a un parque. Con el agravante de que los pictogramas dibujados sobre las Piedras se deterioran aceleradamente.

Las causas de tales deterioros son variadas. Unas son producidas por la naturaleza: el viento y la lluvia, los hongos y líquenes, las sales que forman una película blanquecina dificultando la lectura, los ácidos que manchan la superficie, las golondrinas que con sus

excrementos ensucian persistentemente algunos pictogramas... Otras son producidas por el hombre: las más graves son las inscripciones.

El Parque se encuentra atestado de inscripciones: desde un corazón con los nombres de Pedro y María, pasando por Familia González/Agosto del 85, Grupo CAFAM/Enero 78, Batallón Baralla/Marzo 82, hasta Testigos de Jehová/Julio 84, inmensos retratos de presidentes de la República, una que otra silueta del "Che", y alguna calcomanía con propaganda del sombrero o restaurantes.

Las inscripciones están por todas partes: en las casetas que bordean el lago, en las pencas, en los árboles, en las puertas de los baños, sobre las escuálidas y destartaladas cercas de madera que protegen varias piedras con pictogramas, en las piedras, alrededor de los pictogramas y en no pocas veces, hasta sobre los pictogramas mismos.

Ciertamente inscripciones encontramos en todos los sitios y lugares de paseo o peregrinación. Los hay en el Parque de los Novios y en la Iglesia de Monserrate; en Guatavita y en la Lajas pero en las Piedras de Tunja se rompen todos los record.

Es como si subyaciera en el ambiente una invitación a repetir los actos de los calígrafos primitivos. La gente las hace con lo que puede: un lápiz, una tiza. La mayoría de estas no tocan los pictogramas y la lluvia, el tiempo y las esporádicas limpiezas se encargan de borrarlas.

Pero también hay quienes las hacen con navaja, con marcadores de tinta indeleble, con lajas de piedra, con vidrios, con pintura, con cuchillos.

Y lo peor es que casi todos estos rasgos directamente los pictogramas, degradándolos con un sadismo quizás comparable al dicho de "porque te quiero te aporrio", pues precisamente por la certeza de la trascendencia de sus actos los vándalos se las arreglan para sobreponer sus huellas de tan brutal forma que desfiguran los mensajes indignas.

Pero hablar de vandalismo o de pueblo ignorante para referirse a todos aquellos que realizan inscripciones, es por lo menos simplista. Ciertamente, como lo señalábamos en el párrafo anterior, existe vandalismo y debía a nuestro parecer, ser severa y legalmente sancionada. Sin embargo, la mayoría de los "seudo graffiteros" están muy lejos de poseer intenciones destructivas. Quizás sus autores sienten el cautivante deseo de permanecer en la memoria de otras generaciones como lo han hecho hasta ahora los pictogramas, derivándose de ser cierto, la poca ortodoxa conclusión de que son precisamente aquellos que realizan las inscripciones, los que se encuentran más cerca de descodificarlos; o quizás desean romper el anonimato en que los sumerge la sociedad masificada, o por qué no, enfrentarse a ella transgrediendo por unos segundos las normas existentes.

Del anterior intento por comprender las motivaciones de los "pintores de mensajes hoy", no se pueden concluir que nos congraciamos con ellos. De ninguna manera. Ni con los realmente vándalos, ni con los "ingenuos" porque estos últimos, terminan "sin querer queriendo" trabajando para fines parecidos.

Pero entonces ¿qué hacer? La respuesta es compleja y no pretendemos poseerla. Debería incluir variados frentes y planes a corto y largo plazo.

Tendrían que estar presentes desde instituciones como la CAR, el Instituto Colombiano de Antropología, la Corporación Nacional de Turismo, el Centro y la Escuela de Conservación y restauración de COLCULTURA y obviamente el concejo de Facatativá hasta entes como el Banco de la República, y el Ministerio de Educación.

Aunando esfuerzos técnicos y financieros se podrían implementar trabajos como la conservación y restauración de piedras y pictogramas, la elaboración de vallas con dibujos y textos explicativos frente a cada uno de ellos. Igualmente se podría hacer videos, audiovisuales y folletos para los visitantes y para la divulgación a través de los medios de comunicación; capacitación cultural a la decenas de bachilleres de los Colegios de Facatativá que bien podrían colaborar (en su servicio social obligatorio), con la conservación y vigilancia y hacerse cargo de visitas guiadas para turistas y colegios; hasta un bus de la cultura para zonas arqueológicas.

En fin, habría que pensar también en recuperar el área apropiada por el ejército y diseñar estrategias para que el lago y los piquetes, sean un complemento "sano" del parque arqueológico y no uno de sus principales problemas.

Los indígenas de esta zona al preguntarles los españoles quiénes eran, Contestaron: Muixas, que significa: "somos gente". Pero los prepotentes conquistadores que no se esforzaban por comprender la lengua comenzaron a llamarlos "moscas". Los llamaron moscas y como a moscas aplastaron gran parte de su cultura. Nos toca a los hombres de hoy probar que los pictogramas de la Piedras de Tunja, no fueron hechas por "moscas" si no por "gente".

INFORME DE EVALUACIÓN DE ALGUNOS PROYECTOS DEL CINEP

(Centro de Investigación y Educación Popular) Bogotá

Octubre de 1992

Introducción

Haber tenido la oportunidad de pertenecer a un equipo que coadyuvara a la evaluación del CINEP, es un privilegio que con seguridad me enriqueció mucho más que los eventuales aportes que pueda entregarle a la institución.

De antemano pido disculpas por los vacíos que presenta el trabajo, pues a pesar de conocer de tiempo atrás al CINEP y a algunos de los proyectos que evalué, sería demasiado pretencioso pensar que logré profundizarlo como hubiera querido y no solo por razones de tiempo, sino por ser un mundo variado y complejo.

Obviamente mi mirada se encuentra llena de subjetividad; no es posible –ni deseable, creo- que fuese de otra manera. Por ende, no es más que otra voz en el concierto de insumos que deben alimentar la evaluación total.

Agradezco a todos los miembros del CINEP, tanto los pertenecientes a los proyectos en cuestión como a otros proyectos, porque pacientemente me regalaron parte de su tiempo para contarme sus percepciones. Su amplitud y sinceridad son la raíz fundamental de lo mejor que pueda encontrarse en este informe.

En igual sentido debo dar las gracias a las personas de fuera del CINEP que entrevisté por estar participando en algunos de sus proyectos.

VIVIENDO EN UN PERIODO DE TRANSICIÓN.

Crisis del paradigma

En las décadas pasadas los grupos alternativos tenían más o menos claras sus metas. Se luchaba por construir una nueva sociedad, donde gradualmente se fuera consiguiendo plasmar las utopías de justicia y desarrollo.

Para ello también estaban dibujadas unas formas de proceder, que aunque diversas, compartían la importancia del protagonismo del pueblo y la confrontación con el Estado.

Pero en el escenario internacional y nacional, se fueron gestando una serie de acontecimientos como la pérdida por parte de los Sandinistas de las elecciones, el derrumbe de los socialismo reales con la consiguiente eliminación de la bipolaridad mundial, la reinserción de grupos guerrilleros... etc., que modifican sustancialmente la situación.

Ciertamente la pobreza y la marginación permanecen, aún en mayor grado en muchos lugares. Pero el panorama sobre el cómo y el para dónde pierde nitidez.

Al mirar la estructura del CINEP de hace varios años, es evidente su coherencia con la época. Básicamente existe una sola área, la de acompañamiento, que busca precisamente acompañar a los sectores obreros, campesinos, urbanos y a las comunidades cristianas, en la construcción de ese mundo mejor.

El CINEP, pues, logró organizarse en consonancia con los que eran los desafíos del momento.

Respondiendo a las nuevas circunstancias.

Pero los tiempos habían cambiado y se hacía indispensable comprenderlos y enfrentarlos. Para ello se comienza a hacer una serie de reestructuraciones internas.

Simultáneamente el CINEP cumplía ya 20 años, poseía una trayectoria que le daba reconocimiento tanto a nivel nacional como internacional.

Se introduce, entonces, un área nueva: análisis, la cual es motivada, entre otras razones, para comenzar a adelantar lecturas macro que alimenten y doten de horizontes generales a los trabajos del área de acompañamiento y que además, permita al CINEP convertirse en interlocutor del Estado.

Se veía que era posible y necesario llegar a la Opinión Pública y estar presentes en los centros de decisión, precisamente para coadyuvar los trabajos del área de acompañamiento.

En ese contexto proyectos como 100 días y Viva la Ciudadanía se encuentran íntimamente sintonizados.

Se deseaba, entonces, responder a las nuevas circunstancias, sin olvidarse que el área del acompañamiento es el corazón del CINEP.

Pero no se sabía bien cómo hacerlo. Y aunque existen grandes aciertos no dejan de cometerse serios errores.

Un acierto, por ejemplo, fue el lograr que Viva la Ciudadanía replantea su propuesta presupuestal, la cual se concentraba en acciones sobre los medios masivos (80%), dejando solo un 20% para trabajo zonal.

Un error en 100 días consiste, por ejemplo en las diferencias salariales. Se paga mucho por un producto de una calidad en varios casos discutible y sobre todo, que no se compadece con los ingresos devengados, con mucha mayor dedicación en tiempo, por el área de acompañamiento.

El problema de los salarios comienza a expresar de manera descarnada, diferentes valoraciones sobre el personal. Ya desde 1987, cuando se crea la comisión de salarios, se le da demasiado peso a los títulos académicos y se elimina, por ejemplo, la variable antigüedad.

Ciertamente, los episodios del 100 días, son tremendamente complejos de analizar, pues al ya malestar generado por los salarios, debe sumarse el hecho que en algunas temáticas

existían en el CINEP una serie de especialistas, que no dejan de chocar con los recién ingresados, por motivos no siempre de orden conceptual, inmiscuyéndose negativamente factores emotivos.

De todos modos, aunque debe valorarse las reestructuraciones iniciadas en la perspectiva de ir respondiendo a la nueva realidad, las tensiones se van agudizando cada vez más, pues en últimas, lo que se está discutiendo son concepciones sobre las características del paradigma que habrá de guiar al CINEP en las próximas décadas.

Explicitación de discrepancias.

En tales circunstancias, la inclusión del área de análisis termina por evidenciar al máximo las diversas discrepancias existentes.

Actualmente estas se encuentran diseminadas en bloques no siempre muy definidos, y por ende difíciles de esquematizar pero que de manera un poco caricaturesca, plantean tesis encontradas como las siguientes:

Frente al Estado:

El Estado no es monolítico y por ende el paradigma de la confrontación no se debe aplicar.

/El Estado posee un discurso muy diferente a la práctica.

El Estado debe fortalecerse. /El Estado debe criticarse.

Frente a los actores sociales:

El movimiento popular no tiene fuerza; las organizaciones populares no ha podido surgir y las pocas que lo han logrado gradualmente vienen siendo coaptadas. Existen nuevos actores sociales. Hay que interlocutar con los gremios económicos, con los partidos, con el Congreso. El CINEP debe convertirse ante la opinión pública y los centros de decisión, en la voz de los que no tienen voz. Debe plantearse el punto de vista de los sectores populares, de otra manera o no son tenidos en cuenta o son "aniquilados".

Debe realizarse un trabajo de amplia cobertura con los medios de comunicación. / El CINEP puede correr el riesgo de sustituir a los sectores populares y cobrar un protagonismo (aún sin proponérselo) que margina al pueblo. El pueblo no puede dejar de ser un sujeto histórico.

Frente a la investigación:

En el área de acompañamiento existe mucho activismo y populismo. La poca investigación que se hace no sirve porque básicamente tiene una mirada micro. La investigación es algo diferentes al vivir con los pobres.

Debe buscar la rigurosidad y la excelencia académica en la investigación./ Es cierto que en el área de acompañamiento existió activismo y populismo, pero hace tiempo se viene realizando la autocrítica. La investigación no se puede realizar al margen de la intervención comprometida. El CINEP no se puede convertir en un FEDESARROLLO de izquierda. No solo importan los productos sino los procesos. Las energías de los miembros del CINEP no pueden invertirse en acciones para darle nombre a la institución, deben servir básicamente para apoyar un proyecto histórico.

Es necesario insistir en que las anteriores posiciones no siempre se encuentran "puras", existiendo variados matices en ellas que las acercan más de lo que muchos de los propios actores creen.

Recuperar, crear o RE-CREAR?

De todos modos, tales tensiones se presentan, a punto tal que algunos pocos llegan a hablar inclusive de la existencia de dos CINEP: el de acompañamiento y el de análisis.

Siguiendo con la imagen numérica, hasta podría hablarse de una tercera posición, que intenta conciliar las dos anteriores con planteamientos como que es factible convertirse en vocero de los marginados sin pretender sustituirlos, tesis que los mismos autores no dejan de considerar con una cierta dosis de escepticismo.

De todos modos, el problema fundamental no radica en la existencia de contradicciones sino en el hecho de que si no se manejan adecuadamente, con el paso de los meses se pueden ir polarizando, llegando a ubicarse en dos extremos opuestos: el primero abogaría por la necesidad de recuperar el antiguo espíritu y el segundo, por crear uno nuevo, sin llegarse a encontrar en el posibilidad de una negación dialéctica, que haciendo la autocrítica del paradigma anterior, fuese capaz de enriquecerse con los elementos valiosos de ella y que con este bagaje, emprendiera la recreación del nuevo paradigma. Es decir, que evitaría el quedarse en extremos como recuperar o crear, trabajando en la perspectiva del re-crear.

SOBRE LA ESTRUCTURA PARA LA TOMA DE DECISIONES

La estructura para la toma de decisiones es otro de los aspectos que suscitan controversia y que obviamente afectan todos los proyectos.

Ciertamente la estructura heredada por los diferentes directores es una estructura que dista mucho de ser democrática.

En ella existen únicamente comités consultivos, con voz pero sin voto, lo que se traduce en poderes excesivos para el director, cualquiera que sea.

No deja de ser paradójico que una institución que trabaja por una sociedad democrática, posea tal concentración en la toma de decisiones.

A pesar de ser una estructura heredada, se han adelantado algunas acciones de desconcentración, tal como por ejemplo, la comisión de salarios, lo que muestra que es posible ir gestando modificaciones.

Frente al ejercicio del poder en los últimos años, existen opiniones encontradas.

Para algunos, el error ha consistido en no ejercerlo radicalmente, en casos como la suspensión del contrato de algunas personas. Para otros, por el contrario, se han tomado decisiones, inclusive por encima de los directores de proyectos, lo que causa gran malestar. Donde sí existe un relativo consenso es en afirmar que en el CINEP es posible discrepar sin que esto conlleve represión.

De todos modos la herencia requiere una serie de modificaciones sustanciales, a riesgo de ir creando la idea de que los directores de turno son unos monarcas más o menos bondadosos... pero monarcas.

La eventual reestructuración de los mecanismos del poder interno tendría que llegar a contemplar muy variados ángulos. Uno de ellos sería, por ejemplo, el de la búsqueda de recursos financieros con la consiguiente autonomía relativa para su manejo.

Al respecto debe recordarse que los proyectos del área de acompañamiento son financiados como un paquete, lo que simultáneamente conlleva ventajas y problemas.

Ventajas, pues se entra a conservar independencia de la agencias y el personal no debe invertir una gran parte de su tiempo en la consecución de recursos, pero problemas, porque esto se puede prestar no solo a que algunas personas "se duerman sobre los laureles" sino que se llegue a perder el control sobre el manejo del proyecto, el cual, con frecuencia se ve obligado a irse replanteando parcialmente sobre la marcha. Como ejemplo de esta eventual autonomía relativa, se podría citar el proyecto de servicios públicos.

Lógicamente no se trataría de que solo vivan los proyectos que consigan financiación, pues de esta manera se quedaría por completo a la visión, muchas veces polémica, de las financiadoras.

Tampoco significaría que todo proyecto que llegue "con el pan debajo del brazo" tanga cabida.

Pero independientemente de las formas operativas, lo cierto es que todo apunta a urgir un serio replanteamiento de los mecanismos de toma de decisiones al interior de la institución.

OPERACIONALIZANDO LA TRANSICIÓN

Destruir las falsas imágenes.

Un paso indispensable para ir volviendo una realidad la transición, es eliminar las falsas imágenes que algunos tienen de otros y que no pocas veces son realmente estereotipos muy alejados de la realidad actual, que hacen caso omiso de la evolución y desarrollo histórico de las personas.

Tales imágenes están cargadas de emotividad y simpleza: populistas, academicista...en la gran mayoría de los casos no existen. Al acercarse desprevenidamente se va viendo que muchas investigaciones del área de análisis, se han hecho con trabajo de campo, por ejemplo, y que muchos acompañamientos se realizan con amplia sistematizaciones y en permanente articulación con marcos teóricos.

Algo similar se podría decir respecto a las concepciones políticas: más que extremos unilaterales lo que se presentan son complejas conceptualizaciones con elementos de muy diversas posiciones, que lejos de ser colchas de retazos más bien son expresiones de búsqueda en un periodo de transición.

Los perfiles del personal.

De todos modos existen discrepancias y pocos se ganaría en la resolución de ellas si por el camino, se van integrado al CINEP personas que no cumplan un mínimo de condiciones.

Quizá en la única que en principio existe consenso es que no debe ser funcionarios; es decir, personas equivalentes a cualquier miembro de la burocracia estatal o privada.

¿Debería además cumplir otras características?

Algunos podrían plantear que el ideal sería personas que estuviesen en capacidad de realizar una triple función: la educación, la investigación y la intervención.

Ciertamente hay dentro de la institución varias personas que poseen este perfil pero sería un requisito de excelencia, que aunque se constituye en un ideal, difícilmente se podría conseguir (por lo menos de entrada; otra cosa es considerarlo como una meta de formación).

Un nuevo aspecto a tener en cuenta son las percepciones políticas; la estipulación de este criterio se torna muy compleja por el debate ya mencionado.

Sin embargo, conservando una posición pluralista, deberían adelantarse discusiones para ir definiendo este criterio. El pluralismo debería ser el telón de fondo sin llegar a caer en polo como: puede ingresar cualquier persona (independientemente de sus concepciones políticas) -pluralismo indefinido- o solo pueden hacerlo aquellos que se muestran afines a tal o cual posición-pluralismo restringido-. Se trataría, entonces, de un pluralismo, que a falta de mejor nombre, quizás se podría denominar: pluralismo amplio.

Sobre remuneraciones.

Íntimamente ligado al perfil se encuentra el pago asignado al personal (antiguo y nuevo). La "fórmula" podría resumirse en equidad. Sin embargo no es nada fácil de operacionalizar. Probablemente algunas personas del área de análisis no estén dispuestas a integrarse de tiempo completo puesto esto le podría parecer restrictivo, e inclusive, preferirían la estabilidad lograda, por ejemplo en una universidad, a la "inestabilidad" de los cambios de dirección en la institución. Eso haría que el conflicto honorarios - salarios continuara vigente. Pero si la integración total no es fácil de llevar a la práctica, tampoco resulta positivo el que se contrataran personas con honorarios excesivamente desproporcionados con respecto a los que reciben salario.

La desproporción habría que medirla no solo en monto, pues este puede ser engañoso. Tendría que tenerse en cuenta disponibilidad de tiempo, por ejemplo.

De otra parte, frente al malestar que existe por el hecho de que algunas personas del área de acompañamiento realicen esporádicamente actividades extras, dentro del tiempo CINEP (y que es legitimada entrando a comparar la relación ingresos/tiempo de dedicación de algunas personas del área de análisis), quizás se podría regular con estipulaciones similares a las existentes en la Escuela Superior de Administración Pública (ESAP), donde el personal posee la prerrogativa de dictar algunas hora a la semana clase en la universidad.

Sobre la utopía.

El ideal sería que se lograra una articulación tal, que todos los proyectos resonaran con todos. ¿Es eso posible a corto plazo?

La organización óptima en este periodo de transición está por construirse; pero hay algunas experiencias que pueden convertirse en puntos de referencia: el trabajo por regiones (en la Costa Atlántica) es un caso donde se enfrenta la dispersión de proyectos y se obligan a articularse investigación y acompañamiento. La nueva estructuración de 100 Días, con todo lo polémica que pueda resultar, también es un indicativo de la tan anhelada integración.

Más aún, existen algunos proyectos "clásicos" donde hay equipos con división (relativa) del trabajo y funciona bien la integración investigación-acompañamiento.

Hay, pues, algunos hechos que están abriendo camino aunque seguramente tendrán que irse puliendo y hasta reformulando. De todos modos, lo que no se podría perder de vista es que la reestructuración no es un problema que se resuelva a punta de organigramas dibujados en el papel.

La reestructuración es con y sobre personas de carne y hueso; personas con amores y odios, con concepciones sobre la vida y la política, con necesidad económicas.

De ahí que esta no pueda hacerse en abstracto; es necesario construirla sobre medidas (como cuando se le manda hacer un vestido a un sastre) para que no quede ni grande ni pequeña.

ALGO MÁS

LAS AYUDITAS DE LOS MUERTOS

Me faltaban seis millones para comprar mi casita y Don Leo Koop (el muerto) me ayudó, me contaba Ángel Granados en el Cementerio Central de Bogotá.

Fui realmente afortunado al encontrarme circunstancialmente con Ángel pues estaba sin saber por qué ángulo me iba a meter a escribir una crónica sobre ese monstruo de 1.000 cabezas.

Entonces dejé de lado mis notas de las palomas que se defecaban sobre la cabeza de la Piedad, la primera estatua que se ve al entrar por la puerta principal, espectáculo que recuerda lo prosaica que es la muerte y le resta una buena dosis de solemnidad a toda la arquitectura funeraria. También deseché mi embrionaria clasificación de las tumbas que definían las estirpes de la sociedad colombiana. Desde simples y minúsculos osarios, pasando por lápidas, hasta panteones familiares los cuales diferían en tamaño y grande elocuencia.

Finalmente archivé mis anotaciones sobre lo paradójico que resulta el hecho que la tumba de Raquel Mercado, secuestrado y "ajusticiado" por el M19, estuviera ubicada enfrente de la de Carlos Pizarro (como a 30 metros de distancia).

SUEÑOS DE ANGEL

Ángel Granados había soñado con comprar una casita cuya cuota inicial eran 17 millones pero sólo tenía en su cuenta 11. Siempre había trabajado en la construcción y como no se emborrachaba, a lo largo de 20 años había logrado unos ahorritos importantes. Como su trabajo era inestable (la "rusa" siempre lo es), nadie le prestaba plata.

Ángel era un trabajador independiente y le halaba a todo menos a la electricidad.

¿Y por qué no se mete con la electricidad? Le pregunté:

Una vez mi "cucha" me puso a lavar el piso y como yo quería terminar rápido para salir a jugar fútbol lo estaba haciendo muy regular. Entonces mi madre me pegó un grito y me dijo: hágalo bien, carajo. Yo me turbé un poco y para no perder el equilibrio me cogí de un benjamín (donde se colocaban los bombillos); como tenía los pies mojados casi me electrocutó. Desde ese momento la electricidad me atortola.

Al contarle sus penas a una vecina (María), le sugirió que fuera a la tumba de Don Leo Koop y le pidiera al oído la ayudita. Tan obstinada era Doña María que unos días después lo acompañó hasta el cementerio. Era lunes y al frente de la tumba había una larga cola. La gente le llevaba flores o le ponía veladoras, cuestión que no sólo llenaba de hollín negro

toda la piedra sobre la cual estaba montada la estatua sino que las flores muertas creaban un ambiente ruinoso.

La estatua es de bronce, está sentada y tiene el torso desnudo; además, apoya la cabeza sobre uno de los brazos, en una pose realmente como de escucha. Parece el famoso pensador de Rondín.

Ángel cuenta que le dijo en voz baja a Doña María: todos están locos. Disque hablarle a un "hierro quieto". Para empezar, esa estatua tiene la cara de Bolívar, el libertador. Y tenía toda la razón: unos días antes de ir, Ángel me contaba que había buscado en internet y allí mostraban a Leo Koop como un viejito gordo, calvo y con barba. Y para peor de cosas era medio sordo: para que oyera tenían que hablarle al oído. Lo único que le impactó es que según la leyenda, Don Leo le había regalado casitas a sus empleados de Bavaria, las cuales dieron origen al barrio de La Perseverancia. Era muy caritativo, dijo Ángel.

Aunque yo sabía, por la tesis de grado de un amigo arquitecto, que no les regaló las casas a los obreros, que entre otras cosas por esa época trabajaban 12 horas diarias, no le comenté nada. También sabía que los lotes los había comprado a los hermanos Vega y que el barrio, por ejemplo, no tuvo agua sino hasta años después de estar habitado. Don Leo lo que hizo fue descontarles del salario a los trabajadores una cuota mensual, es decir, financiar el crédito, lo que efectivamente era el tipo de ayudita que Ángel necesitaba.

Ángel continuó hablando: Pero a su vez decían que había contribuido a alcoholizar los obreros porque todos los días les regalaba una botella de cerveza en la mañana y una en la tarde, con la condición que se la tomaran en las horas de trabajo para evitar que al sacarlas, terminaran vendiéndolas a un costo menor que el comercial.

También le impresionó mucho que las personas que le pedían cosas a Don Leo eran de todos los pelambres: algunos eran gente muy pobre, comentaba Ángel pero en Internet había visto una foto de Angelino, el que fue vice presidente, musitándole una plegaria.

Después de un rato, medio conmovido por la seguridad de la gente y medio intrigado, resolvió hacer la petición; pero se impuso a sí mismo una compensación: Si le resultaba su casita, el resto de la vida vendría a hacerle aseo a la tumba una vez a la semana. Era un trueque.

Tres meses más tarde lo llamaron del Banco de Colombia para informarle que a pesar de no reunir todo el dinero de la cuota inicial, le habían aprobado la solicitud: tenía su casita.

TOME Y DAME

Lo encontré lavando la tumba con una manguera.

Así sí es muy fácil el aseo, le dije.

Qué va; hoy estuve de buenas porque me prestaron una manguera los señores que están trabajando en el acueducto. Casi siempre me toca cargarme el agua de un parqueadero que queda como a seis cuadras. A veces he tenido que traerla desde la casa, que está en la entradita de Ciudad Bolívar.

Y no es demasiado trabajo?

Es que: el que da, recibe. Claro que se necesita fe, me decía, al mismo tiempo que mostraba un papelito con la oración a Don Leo Koop, que miré de reojo porque no quería perder la "conexión" con Ángel.

*¿Y cuánto tiempo lleva haciendo el aseo? Pregunté
Como un año, respondió Ángel.*

*¿Y por cuánto más va a seguir?
Promesa es promesa, contestó.*

En ese momento apareció una muchacha como de 30 años con un ramillete de florecitas que colocó a los pies de la estatua. A continuación, con la mano, limpió la oreja de Don Leo y le murmuró algo al oído.

Inmediatamente cambié mi foco de atención. Dejó de ser Ángel y se trasladó a la inesperada devota.

¿Hace mucho tiempo viene? pregunté:

Como un año, respondió la muchacha.

Y cómo fue que llegó a la tumba de Don Leo?

Por mi abuelita. Ella siempre visita la tumba.

A veces, cuando tengo platica porque es quincena, le mando hacer una misa individual. Vale 25 mil pesos. Aparte hay que contratar los músicos que cobran cada uno 5.000. Si la misa es colectiva sale más barata.

Y qué le pidió, me atreví a preguntar a riesgo que me mandara pal carajo.

Al principio le pedía trabajo.

Como conseguí trabajo, comencé a pedirle salud y trabajo.

Y, ahora, como tengo trabajo y salud, estoy pidiéndole un novio.

¿Un novio? ¿Será que Don Leo sí concede esas cosas?

Pues tuvo dos esposas, contestó la muchacha.

Entonces me acerqué a la tumba, me agaché un poco y miré detenidamente las lápidas que acompañaban la estatua: doña Ana Uribe de Koop (1903) y Mary Costello de Koop(1933).

Germán Mariño

Taller de crónica dirigido por Sergio Ocampo

Fondo de Cultura Económica

Septiembre del 2015

Bogotá

MOMPOX: UNA CIUDAD DONDE TODAVÍA ALQUILAN BICICLETAS

Ahora entiendo por qué dicen que Mompox quedó suspendida en el siglo pasado. Eso de: "se le fue el río", es en serio. En verano, el cause por donde transitan las chalupas queda convertido en un hilo, contrastando con el Brazo de Loba, el río de verdad, por el cual se deslizan silenciosamente, como por sobre alfombras de hielo, planchones dinosáuricos movidos por pequeños remolcadores, que de no ser por la enorme ola que levantan se diría que son inofensivos.

Sus casonas con rejas tejidas en filigranas de hierro, están ahí, igual que en las tarjetas postales y los afiches turísticos, denunciando la rimbombante pomposidad de la Colonia. Si no fuera por sus gentes y los murciélagos, hasta podría aparentar ser solo un enorme museo.

Aunque uno sea analfabeta en arquitectura queda deslumbrado ante la iglesia de Santa Bárbara, con esa torre octogonal que se le plantó al lado (con balcón Cartagenero, leones y adornos iconoclastas) y que más que un campanario parece un faro desde donde se diera la bienvenida a los viajeros; con esa puerta inmensa surgiendo de entre sus muros; con esas palmas "esculpidas" en alto relieve. Todas forman un conjunto tan apabullante que no pierde su solemnidad aun cuando los burros se rasquen contra la sombra de sus paredes.

Sus casas, levantadas para marqueses y condes y que paradójicamente parecen construidas en serie, tienen unos techos altísimos que evacuan el aire reverberante, aliviando el bochorno proverbial de los puertos ubicados sobre el Magdalena; y esas cerraduras milenarias que todavía funcionan y que de cuando en vez conviven con los candados y chapas y YALE.

Pero Mompox no es todo lo que cuentan los libros sobre Mompox; actualmente tiene mucha más fama por sus mecedoras que por sus joyas.

Hoy los orfebres se pueden contar con los dedos de las manos y hasta parte del oro dizque lo tienen que traer de contrabando.

Sus calles curvas permiten ver grandes pedazos de su silueta que de todos modos, por femenina que sea, no alcanza a disimular el sesgo discriminatorio de su trazado: La Calle Real del Medio (real como su nombre), La Calle del Muro, donde se alojaban los grandes comerciantes con sus bodegas y la Calle de Atrás (para los de atrás).

Muchas de sus casas señoriales han sido divididas y subdivididas para lograr la sobrevivencia de sus dueños y hoy funcionan cualquier cantidad de cafeterías, de esas que abren el negocio con media docena de gaseosas y una cajetilla de cigarrillos. Sí hasta la mansión de los hermanos Ribón, que según las malas lenguas permanecieron solteros porque no encontraron con quién mezclar su sangre azul, la convirtieron en hotel.

Y a lado y lado de la ciudad "histórica", a lo largo de casi 3 kilómetros paralelos al río, aparece la otra, ciudad. Con sus techos hirviendo de Eternit, sus rejas sin repisas ni anagramas, con sus pisos de tierra, con su falta de agua y con sus rifas en la plaza del Tamarindo (que los historiadores de la Academia se obstinan en seguir llamando de Bolívar, ese Bolívar que dijera: "Si a Caracas debo la vida, a Mompox debo la gloria").

Pero hoy no existen herederos de los héroes que declararon la independencia en el siglo pasado y que combatieron contra las tropas imperiales. Solo quedan los zancudos (que sueltan a las seis de la tarde), la publicidad de los politiqueros pegada en las paredes, el sudor...; Hasta los presagios, que antes eran señalados por las águilas que seposaban encima de los tejados, hoy son imposibles pues las únicas aves que sobrevuelan la ciudad son los chulos.

No hay que engañarse frente a Mompox. La Villa, tras su maquillaje esplendoroso de barroco popular que parece ubicarla en la época remota de sus iglesias, realmente se encuentra en la Colombia del siglo XX.

En sus dramas y desafíos.

Sus enormes rejas fueron insuficientes para retener el honor y la gloria. Claro que posee una gran ventaja a su favor: todavía alquilan bicicletas.

SEMANA SANTA EN LA LAGUNA DE TOTA

Lunes 25 de marzo

Salimos para la Laguna de Tota el lunes 25 de marzo. Íbamos Graciela, mi esposa, Diana (una amiga de los dos) y yo. No lo hicimos el domingo 24 porque en la noche teníamos boletas para una obra del festival iberoamericano de teatro: La violación de Lucrecia. Un monólogo de Shakespeare que resultó estremecedor; culmina con el suicidio de la violada después de haber denunciado ante su marido al agresor. Un drama sobre la miseria humana. Una obra ambientada en el Imperio Romano que bien hubiera podido ser una tragedia griega. Pensé que un monólogo con escenografía minimalista iba a terminar siendo un martirio; pero la actriz (Nuria Espert), una Española como de 70 años, resultó maravillosa.

La Laguna de Tota era un destino añorado por más de 30 años. Desde cuando recién casado por segunda vez, con nuestro Renault 4, paseamos por la zona y nos topamos con un pequeño hotel a la orilla de la laguna; era todo en madera y lo habían edificado unos suizos. Tenía una enorme chimenea en la recepción. Excesivamente costoso para nuestros ingresos.

Partimos para Tota pero no al hotel soñado sino a una pequeña cabaña que, también a la orilla de la laguna, había alquilado Diana.

Exceptuando el paso por Gachancipá la carretera por fin es de 4 carriles, lo que permite andar demasiado rápido para mis nervios. Manejaba Diana a un poco más de 100 kilómetros por hora.

Desayunamos en el Carajo (al lado de Sesquilé), un restaurante de carretera que en verdad es del carajo. Un poco más tarde ya cerca de Tunja, en el Puente de Boyacá, entramos a un pequeño Parador donde nos comimos un delicioso queso en capas y entramos al baño, el verdadero motivo de nuestra parada.

El lunes era feriado (estábamos en Semana Santa) y al pasar por Sogamoso todo estaba cerrado. De pura casualidad conseguimos una licorera abierta donde complementamos nuestras reservas de vino y aguardiente.

En Sogamoso fue imposible no recordar el asesinato de Nacho Torres. Ambos habíamos estudiado en la Universidad Javeriana (él teología y yo Ingeniería Electrónica). Nunca se hizo cura y terminó estudiando sociología en Francia. A su regreso, casado con una francécita, se dedicó a crear una cooperativa campesina donde yo, que tampoco terminé ingeniería (me expulsaron a punto de terminar por haber participado en la primera y última huelga estudiantil), le estuve dictando algunos cursos de formación. Se lanzó a la alcaldía y como tenía opción de ganar, lo asesinaron. Echaron a rodar la “bola” de que pertenecía al ELN (Ejército de Liberación Nacional).

Posteriormente fuimos a almorzar a la Hacienda Suescún, un poco adelante de Sogamoso. El almuerzo fue en los jardines de la Hacienda, al lado de una vieja torre que alberga un campanario. Por todos lados hay eucaliptos gigantescos donde cuelgan una largas “barbas” (líquenes), lo que genera un ambiente apacible y aristocrático. En sus potreros aledaños se ven caballos con su correspondiente pista de obstáculos y ganado Holstain. Sus cercas no son de alambre de púas sino de madera.

Después de 7 horas de viaje, llegamos a la cabaña. Esta forma parte de una finca con una casa grande; demasiado grande. Se encuentra abajo, lejos del pequeño palacete (como a 200 metros) e Ismael, el cuidandero, nos ayudó a llevar el mercado. Según entendí surge de la remodelación de una casa campesina. Le hicieron una salita con un enorme ventanal donde se divisa la Laguna, la cual, a ciertas horas del día es de color verde y a otras, de color medio azulado. Alucinante. En una de sus esquinas hay una pequeña chimenea; una especie de cilindro como de 40 centímetros de diámetro con un fuerte “tiro”, lo que hace que todo el humo sea succionado por el buitrón sin sofocar para nada el ambiente interno. Adentro hay una pieza con dos camas y un peligrosísimo altillo, donde dormimos Graciela y yo. Bajar de él resulta toda una Odisea: su angostísima escalera tiene una pendiente como de 70 grados y “adentro” hay que circular en cuatro patas. En el primer piso también tiene un baño y una cocina muy particular pues existe una estufa de leña, hermosa pero dispendiosa de prender y una especie de reverbero eléctrico de dos puestos, donde calentar el agua para hacer una café puede durar 20 minutos, convirtiendo el cocinar en un drama. La remodelación sobrepuso la estética y rusticidad a la funcionalidad. Afuera hay un hermoso comedor (mesa con troncos de acacia y sillas de hierro) que permite comer teniendo como fondo el paisaje; como en una película. Sola falta agregar, para ser realista, que al paisaje hay que sumarle el viento helado que sopla por ratos y que si uno se descuida puede convertir el mantel en una cometa.

Al mirar la Laguna, una de las cosas que más me llamó la atención fueron los molinos de viento los cuales, con el movimiento de sus hélices, hacen funcionar la bomba que sube el agua de la laguna hasta los tanques que surten las casas (40? 50? metros). También se nota todo el trabajo de reforestación, cuestión que dura años (lo sé por mi finquita de Choachí), y que ha sido realizado con especies nativas, en contravía con los pinos que rodean la mayor parte de las laderas de la laguna.

Diana prendió la chimenea y aunque estábamos cansados, nos quedamos conversando hasta tarde. Nos tomamos una sopa de zanahoria hecha por Diana en Bogotá que tenía ajo y una hierba de la cual ya no me acuerdo su nombre.

Martes 26 de marzo

Hoy, martes 26 de marzo nos fuimos a caminar. Lo hicimos por una carretera destapada y en compañía de uno de los perros de la finca que no fue posible obligarlo a devolverse. Era grande, fornido, peludo y amigable. Con cierto parecido a Yeti, mi perro preferido. No

queríamos trastearlo con nosotros porque, pensábamos, en la primera casa que encontráramos terminaría agarrado con los susodichos perros. Pero, no. En los cerca de 3 kilómetros que anduvimos, no encontramos ninguna casa. Solo pasamos por un “pueblito” que ese día se encontraba desolado, construido como para turistas, lleno de banderas de Colombia con casitas donde funcionaban el cine, la tienda, la escuela...etc., ubicados en el marco de una placita a cuyos costados habían construido una iglesia para liliputs y colocado un tractor y una bomba de gasolina, estos últimos sí de verdad. También había una locomotora y un carro antiguo. Un poquito kitsch, aunque algunos de sus objetos eran realmente atractivos (el carro, por ejemplo, era igual al de mi tío Luis). Nacionalismo de provincia de algún terrateniente ricachón?

Al finalizar nuestra corta travesía llegamos a una colina desde donde se podía divisar un amplio valle, este sí sembrado de minifundios (y de casas) rodeados a su vez de pasto verde, lo que contrastaba con la tierra seca de color café, casi cobrizo, de los alrededores. Según nos dijo Ismael, llevaban ya casi 4 meses sin lluvia. A lo lejos se podían ver la silueta de varios montes de mediana altura que dibujaban el paisaje típico de los departamentos de la cordillera cundiboyacense. Nos devolvimos relativamente rápido porque el sol picaba. Menos mal el regreso era en bajada, lo que lo hacía más rápido y descansado.

Almorzamos “picada” (carne, morcilla, papas....). El lomito estaba exquisito. Yo no como morcillas porque es maravillosa hasta que uno se entera cómo la hacen.

Lavé la loza, lo que en casa ajena resulta todo un problema porque no se sabe dónde están los utensilios para hacerlo y porque Graciela me revisa la tarea y vuelve a lavar un porcentaje de las cosas.

En la noche Diana prendió nuevamente la chimenea; es una verdadera experta. Y yo con vino y queso y Diana con aguardiente, continuamos la conversación. Graciela no toma trago; fuma. Se integra a “palo seco”. Hablamos un poco de muchos temas pero fundamentalmente de la familia. Yo de mi hermano gemelo y mi hermano mayor. Ella de ella y de hermanos y sobrinas. Afloraron secretos, sorpresas, compasiones, admiraciones; toda esa vida que es necesario narrar para ir teniendo cada vez más paz interior. Y después dicen que el beber no hace sino estragos! Qué enorme mentira. Graciela, que ya había oído nuestras historias por separado, no comentó casi nada.

Miércoles 27 de marzo

El miércoles 27 de marzo me desperté con una llamada de Lola, mi compañera de trabajo. Había muerto Javier de Nicolás. Con el curita Salesiano que trabajaba con gamines (muchachos que vivían en la calle) ambos habíamos estado varios años hacía ya bastantes años. Recordé, entonces, anécdotas vividas como aquella que pregonaba: “si uno quiere conocer una obra educativa lo que hay que hacer es mirar sus baños”. Y tenía razón: sin unos baños dignos (aseados, funcionales...) toda filosofía es “paja”. También rememoraba

las noches en que lo esperaba en una de las casas del Programa (La Florida) para servirle de soporte en la escritura de un segundo libro sobre la experiencia. Yo le hacía preguntas y él las contestaba (no siempre). La grabación era posteriormente transcrita y yo la editaba. Se la mostraba, la leía y.....hasta ahí llegaba la cosa pues en la intimidad de la noche hacía observaciones que a la luz del día parecería más prudente no decirlas y menos publicarlas. La burocracia estatal obviamente no lograría comprenderlas.

Graciela y Diana prepararon unas enormes truchas que nos había conseguido en la laguna la hija de Ismael. Cuatro (4) costaron \$20.000. Al plato se le sumó papa y arroz (que demoraron una eternidad cocinándose por aquello del reverbero) y aguacate. Y obviamente cerveza, también comprada a última hora en la milagrosamente abierta licorera de Sogamoso. Delicioso.

Yo eché una siesta. Ellas leyeron. Graciela devoraba una novela de María Dueñas: El tiempo entre costuras, que se desarrolla mitad en África y mitad en Madrid, durante la guerra civil Española. A veces logro que me las cuente.

En la noche nuevamente chimenea y trago pero sin confesiones embarazosas. Había sido suficiente con la noche anterior.

Jueves 28 de marzo

Nos regresamos temprano porque nuevamente teníamos boletas para una obra de teatro. Salimos a las 7 de la mañana. Esta vez fuimos a desayunar a la Hacienda Suescún. A la altura de Sesquilé nos atascamos en un trancón. Pensamos que había habido algún accidente pero no: Graciela se adelantó a pie y averiguo que la vía hacia Bogotá estaba cerrada hasta dentro de 2 horas, para facilitar la pasada de una ola inmensa de carros que se internaba en el departamento de Boyacá. Realmente había cierta razón porque por 10 carros que iban para Bogotá, fácilmente 100 venían para Boyacá. Nosotros, como en toda la vida, siempre hemos andado al revés. Por fortuna alguien nos sugirió devolvernos un pequeño tramo y desviar por una carretera alterna. Así lo hicimos. Era una carretera ya no de 4 carriles sino de 2 que conduce a Guasca.

Resultó muy bien porque parece que muy pocos de los trancados se habían dado cuenta (quizá tampoco podían maniobrar para lograrlo) y la carreterita estaba bastante desocupada. En Guasca habíamos estado en una hacienda hotel por la época de navidad, y resultó agradable volver a recorrer sus parajes.

Cerca de La Calera pasamos por unas urbanizaciones lujosísimas donde cada casa bien podría valer mil millones de pesos. Lo único que me suscitaba una especie de alegría compensatoria era que entre semana, según lo había escrito Molano en varios artículos del periódico El Espectador, el ingreso a Bogotá en horas pico podía llegar a ser hasta de 2 horas. Vivir allí solo tenía sentido si uno no tenía que ir a trabajar todos los días a Bogotá y menos con horario de oficina. Más aún, sería mejor, como seguramente sucedía en muchos casos, si no tuviera que trabajar.

Pasamos también por Cementos Samper, fábrica ahora abandonada que me recordó el escrito de un compañero del taller de crónica, donde comentaba cómo algunos obreros se montaban a escondidas en las vagonetas que transportaban el cemento para bajar más rápido la montaña.

Y llegamos a Bogotá con tiempo suficiente para asistir a la otra obra de teatro que teníamos reservada: Novecento.

Otro monólogo, comentó nuestro hijo (ya habíamos asistido a la Violación de Lucrecia). Será porque escasean los actores, comenté tratando de hacer un chiste flojo. El actor era Darío Grandinetti, Argentino, quien también ha actuado en varias películas, entre ellas Relatos Salvajes, la del “ingeniero bombita”. Se trata de un niño hijo de inmigrantes pobres que nace en un barco y es abandonado sobre un piano, el cual aprende a tocar con una destreza angelical. Y durante su vida (37 años?) nunca baja del buque. Inicialmente parece un stand up (comedia fácil y salpicada de chistes verdes) y al final se pone trascendental, con reflexiones sobre la vida absolutamente crípticas. De todos modos, mientras se dedica a la narración, que es por fortuna la mayoría del tiempo, resulta bastante grata.

Al salir de la obra nos fuimos a acostar. El descanso de Semana Santa nos había dejado rendidos.

Taller de escritura

Profesora: Pilar Quintana

Mayo del 2016

Librería Luvina

Bogotá

ESMAD

Eduardo trabajaba en el ESMAD y le tocó salir esa mañana a reprimir una manifestación estudiantil que protestaba contra el supuesto asesinato de un estudiante por parte del ESMAD durante el paro camionero que no terminaba de concluir. Aunque estaba seguro que se encontraría con su hermano Julio, que estudiaba en la Universidad de Tunja, cuando se encontraron la manifestación no lo vio, quizá porque siempre se tapaba la cara con un pañuelo y además, porque nunca iba en primera fila. La primera fila “es pa los machos” decía siempre” y yo soy medio gallina”.

Estando los dos grupos a pocos metros, comenzaron a volar ladrillos. Iban y venían porque el ESMAD devolvía los ladrillos que los estudiantes les mandaban. En algunos momentos era tal cantidad, que parecía una lluvia de meteoritos. Aunque Eduardo llevaba puesta su máscara de Rambo, si le llegase a caer un ladrillazo, fácilmente le rompería la máscara y seguramente también la cabeza. Julio estaba más expuesto, porque su pañuelo apenas si protegía el rostro de las fotografías de los periodistas y de los “tiras”.

De repente sucedió algo insólito. Una señora como de 50 años vestida con un sueter de lana y unos bluyines, se interpuso entre el ESMAD y los estudiantes. Fuera de una cartera que le colgaba del cuello no llevaba nada. Sus manos estaban vacías. Lo único que hizo fue levantar los brazos, colocándolos en forma de cruz. Ciertamente gritaba a todo pulmón pero entre las consignas de VIVA EL PARO y las sirenas y pitos del ESMAD no se le entendía nada. Eduardo pensó que se trataba de una loca pues en un par de ocasiones los locos se habían integrado a los bochinchos de los paros; Julio creyó que era una religiosa alucinada, de esas que andan dando bendiciones en nombre de Jesucristo en todas las marchas.

De un momento para otro, sin que nadie se lo propusiera, a la señora le comenzaron a caer ladrillos, tumbándola al suelo. Mientras la batalla campal continuaba tanto Julio como Eduardo no dejaban de pensar en ella y ambos como pudieron, se dieron maña de acercarse con el fin de ayudarla. Pensaban que si no se apuraban terminarían lapidándola. Su gran sorpresa fue que en un momento se encontraron frente a frente, como lo habían estado en la mesa del comedor esa mañana a la hora del desayuno. Quedaron entre desconcertados y estupefactos porque se dieron cuenta que en últimas no eran tan diferentes pues en ambos había brotado un sentimiento de solidaridad. Las circunstancias de la vida los había separado pero las circunstancias los volvieron a unir. Eduardo se casó y tuvo que meterse a trabajar en el ESMAD y Julio, había logrado pasar en la universidad.

No tuvieron demasiado segundos para celebrar su inesperado descubrimiento porque un instante después, la misteriosa señora, la señora entrometida, la aparecida de como de la nada, metió una mano dentro de la cartera e hizo detonar una bomba. Murieron Eduardo, Julio y 10 personas más.

TALLER DE ESCRITURA

IDARTES

Profesor: Rodolfo Ramírez

Agosto 2016

Bogotá